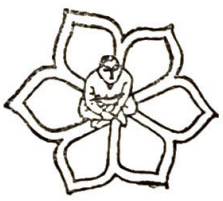
NI POR MAR NI POR TIERRA

MIGUEL SERRANO

NI POR MAR NI POR TIERRA

HISTORIA DE LA BUSQUEDA EN UNA GENERACION

Segunda edición



EDITORIAL KIER, S. A.
Av. SANTA FE 1260
1059 BUENOS AIRES

INTRODUCCION

A menudo se afirma que los sudamericanos, en especial los chilenos, pertenecen a la cultura y civilización occidentales.

A mí me parece que no. Unicamente en la concepción del amor personalizado, individualizado, somos herederos del Mito fundamental de esa cultura.

El error de creernos occidentales nace de una visión racionalista de la vida, que insiste en la igualdad del hombre sobre el planeta. Sin embargo, el hombre es diferente en todas partes. Y lo es, especialmente, en esos ciclos cerrados de las culturas y civilizaciones, que se suceden en el tiempo histórico.

La Tierra es un ser vivo y nosotros somos sus frutos. No da lo mismo nacer y vivir en el sur del mundo, que en el norte, o en el centro. El ser se condiciona distinto en sus esencias.

Además, está la cuestión del pensamiento. No todos los hombres "piensan" con el mismo órgano. He contado en otro lugar una conversación con el profesor C. G. Jung. El doctor me relataba su visita a un jefe de los indios Pueblos. El cacique le exponía su creencia de que los hombres blancos estaban locos porque aseguraban pensar con la cabeza. Sólo los locos pensaban de esta manera, según el jefe indio. El pensaba con el corazón, como los antiguos griegos. Los japoneses piensan con el plexo solar (donde se hacen el harakiri, para dejar la puerta libre al "pensamiento"); los hindúes lo harán con algo que les queda fuera del cuerpo, porque los pensamientos "les suceden", por así decirlo. Los españoles piensan con el centro de la palabra, que está en la garganta, con el "chakra vishuddha", como diría un filósofo hinduista.

Ahora bien, ¿cómo pensamos los sudamericanos, los chilenos?

Desde muy joven me preocupó este fundamental tema de nuestra identidad circunscrita. Descubrirla significaría, creía yo, lograr la identificación con nuestro paisaje, con esa zona viva del cuerpo de la tierra a la que pertenecemos y poder llegar a transfigurarla, alcanzando esa parcela del Espíritu que, por derecho, nos pertenece. Es decir, crear nuestra propia civilización.

Por aquellos años escribí un libro, al que titulé "La Nueva Tierra". Luego lo quemé. E hice bien. Los viajes, o peregrinaciones, a todo lo largo y ancho de la tierra, en busca de nuestra identidad, han confirmado mi creencia de que somos diferentes. *El acento de nuestra personalidad está cargado sobre otra instancia del ser humano. La historia de la humanidad consiste en el cambio de acento sobre las "instancias", en la imposición de un hombre diferente en una determinada zona de la tierra y en la estructuración y transfiguración del mundo de manera equivalente.*

Así, el mundo cambia o se destruye. Sobre la superficie actual de la historia, ya ha aparecido un hombre distinto, regido por otra instancia, por otro centro de conciencia, por otro "chakra". Y la destrucción total de la civilización del "hombre que piensa con la cabeza" es sólo cuestión de tiempo. Un hombre de tipo "mágico" ha aparecido. El hombre racionalista está en retirada. Es la verdadera revolución. El cambio. Las nuevas generaciones piensan con otro centro de conciencia y se entienden entre ellas "sin palabras".

En este volumen, que es algo así como una Epopeya Mística de la Búsqueda y de la Transfiguración, se trata de hundirse en el fondo del Sur para resucitar sus mitos y sus dioses, o el alma de la tierra. Hay mucho de simbólico en este peregrinaje, en su intento de compenetración entre el alma de un individuo y la de su paisaje. Aunque se va por fuera, es como si se caminara por dentro. Y la búsqueda de un Oasis entre los hielos, de una Ciudad mítica en los Andes, o de un Monasterio secreto al otro lado del mundo, es, en verdad, la búsqueda del centro del silencio y de la paz dentro del propio corazón. Es decir, trátase también de pasar más allá de una sola instancia de pensamiento, para realizar al hombre total, con todas sus instancias en función, con todos los centros pensantes en actividad. El Hombre-Total, la Raza de Titanes, la gran posibilidad que soñáramos para este país de los Andes. Y la transfiguración del paisaje, de la tierra, ayudando a este Ser Vivo a mutarse, en el vértice crítico de

su involución. Sólo por nosotros la tierra podrá salvarse, espiritualizarse, transfigurarse. De lo contrario, sobrevendrá la catástrofe.

La necesidad de encontrar la raíz de los mitos y leyendas (instrumentos de que disponemos en el intento de compenetración con el paisaje), dispersos en el sur del mundo, me llevó a intentar un día el cruce del Océano Pacífico. Sus corrientes subterráneas me dejaron en la India. Allí viví casi diez años, en la búsqueda incesante. Es el tema de una Trilogía. De la India debí retornar un día convencido que tampoco éramos orientales. Estamos en algún punto intermedio, entre Oriente y Occidente, en otra zona. Sin embargo, el alma del chileno, por tantos siglos vuelta del lado de Occidente, podría tornarse ahora hacia Oriente, como un medio de encontrar el equilibrio, llegando a hacer más fácil el encuentro con su propia identidad.

Después de todos estos años de búsqueda y esfuerzo, he llegado a comprender que no importa donde me encuentre ya, necesitando más bien de la distancia, que no comprometa muy a fondo el sentimiento, para poder mirar *y* ver *con claridad. El trabajo dramático con mi propio paisaje fue intentado. Ahora el viaje es interior. Y no importa tampoco cuán solo se esté, ni cuán apartado y distante, porque, "si se cumple con el recto trabajo, amigos desconocidos vendrán en tu ayuda", como decía el alquimista. "Si piensas los rectos pensamientos, aunque estés solo, sentado en tu cuarto, serás escuchado a mil leguas de distancia", afirmaba la sabiduría china en la antigüedad.*

Si te enfrentas al Angel en forma certera, esto tendrá validez universal. Si has descubierto el refugio milenario de los Arquetipos del Sur del mundo y de tu propia tierra, ya no necesitas estar aquí. El descubrimiento servirá para los que después de ti vengan, porque les habrás ayudado de modo irreparable.

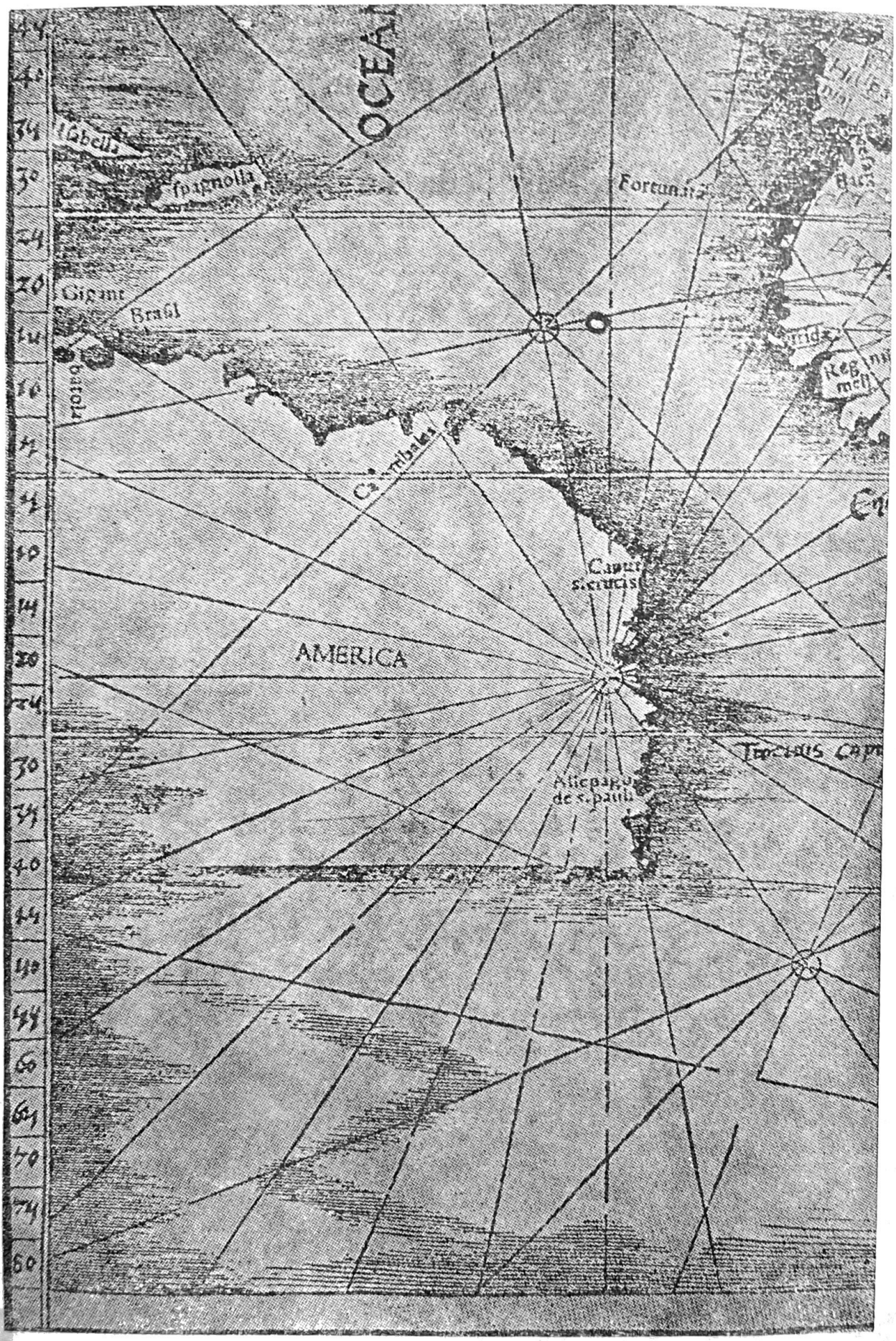
Entonces, esta obra es para aquellos que un día volverán a buscar el Oasis que existe entre los hielos del Polo Sur, la Ciudad de los Césares en los sagrados Andes; para aquellos que, cruzando las aguas del gran Océano, vuelvan a buscar la Ciudad Eterna en los Himalayas, encontrándose, quizás, al fondo de las aguas, con las secretas huellas que enlazan los mundos.

MIGUEL SERRANO

Santiago de Chile, mayo de 1974.

NI POR MAR NI POR TIERRA

Historia de la Búsqueda en una Generación



El Mapa de Stevens (1505). — La primera vez que se empleó el nombre de América en un mapa impreso. América era conocida como "Albania" en la antigüedad. "Tierra de los Dioses Blancos".

"Ni por mar, ni por tierra,
encontrarás el camino que
lleva a la región de los
hiperbóreos."

PINDARO

A los Aventureros del Sur.

PROLOGO A LA EDICION ARGENTINA DE 1979

Han pasado casi treinta años de la primera edición chilena de este libro. Aquí comenzó la búsqueda por el camino "sincronístico" de la transfiguración interna y externa, simultánea, como en los tiempos antiguos de las peregrinaciones mágicas a determinados puntos "sensibles" de la tierra. La inicié en mi patria, por el gran sur del mundo, en su vecindad polar. La búsqueda se continuó en los años, extendiéndose en el espacio exterior como en el interior. Es esta una peregrinación que se terminará sólo con la muerte. Y quién sabe.

Al abrir estas páginas, que son una historia autobiográfica y de mi generación en Chile, como se afirma en el subtítulo del libro, veo que nada ha cambiado en la base de sustentación de lo que en el tiempo he ido desarrollando. Por ejemplo, el epígrafe, que es donde se origina el nombre del libro: "Ni por mar, ni por tierra, encontrarás el camino que lleva a la región de los hiperbóreos", sintetiza todo el tema. Y esto fue así sin que yo mismo supiera hasta que extremo, porque en esos años desconocía que el camino era hacia los hiperbóreos. Lo desconocía en mi conciencia, habiendo transcrito en la primera edición un verso de Píndaro que aparece en una obra mal traducida de Nietzsche ("El Anticristo"): "Ni por mar, ni por tierra, encontrarás el camino que lleva a la región de los eternos hielos". En verdad era "a los hiperbóreos". Hoy lo sé también con mi conciencia.

Hace casi treinta años, entonces, me hallaba en el mismo sendero del que no me he salido más, buscando el Continente Hiperbóreo desaparecido, la entrada a la Ciudad de los Césares, el Oasis en los extremos polares de la tierra y el retorno a los orígenes legendarios de América, que fuera llamada Albania, hace

miles de años, la Blanca, la de los Dioses Blancos, el Hogar primigenio, la Estrella de los comienzos.

Creo ser el único escritor en América que ha tratado este tema desde siempre: América, Continente de los Dioses Blancos. Mis años en India fueron sólo una continuación de la búsqueda en profundidad y en extensión. Arriba, abajo, adentro, en el horizonte dilatado. Los Dioses Blancos son los hiperbóreos. Hiperbóreo quiere decir más allá del dios Borea, del frío y de las tormentas, los divinos inmortales que vivieron en un mundo ya desaparecido, en la Edad de Oro y a los que todos los signos y las leyendas se refieren como habitantes primeros de esta América nuestra. Kontiki, Virakocha, Quetzaltcoatl, descendían de esos Dioses Blancos. Su verdadera presencia corresponde a la Ante-Historia de nuestro mundo, a un Prólogo a la Historia. Ellos son los primeros moradores de estas regiones extrañas, donde aún se presiente el gran aliento de los divinos ocultos en la roca de los Andes. Ellos son los gigantes a que hago referencia en esta obra.

Es sólo imaginándolos y en la búsqueda sin reposo de su Morada, en la seguridad de su resurrección, donde aparece la Puerta de salida al drama americano y la transfiguración del paisaje del sur del mundo.

Sé que para mí no ha existido otra América sino la de los Dioses Blancos, la de los gigantes milenarios. Lo otro, el pasado y presente inmediatos, es la tragedia de las razas moribundas, digeridas, destrozadas por el paisaje que no les pertenece, que no pueden alcanzar en su grandeza. Es la vida desconectada del paisaje y de los Guías divinos de otros tiempos, los Dioses Blancos, a los que se alcanza en la "transmutación de todos los valores", en la mutación y transfiguración de una alquimia biológica y del alma. La historia actual de América es la de la mezcolanza de los esclavos de la Atlántida (o de la Lemuria) librados a un arbitrio imposible, sin los Guías de antaño. La Transfiguración del Paisaje y la mutación de algunos se hará posible en el reencuentro de esos dioses y gigantes hiperbóreos, que aún residen en las cumbres sagradas, en el hallazgo de su Ciudad, de los Oasis antárticos.

Este libro se continuó en "Quién llama en los hielos", mi búsqueda de ese Oasis polar de los Dioses Blancos y en "La serpiente del Paraíso", mi búsqueda extendida a los Himalayas (de los Andes a los Himalayas). Es la búsqueda en el mundo exte-

rior. "Las Visitas de la Reina de Saba", "La Flor Inexistente" y "Elella", son la búsqueda en el mundo interior, su resonancia mítico-simbólica en el alma.

Ningún otro escritor ha desarrollado, creo, en su obra y en su propia vida, el tema de esta búsqueda esperanzada, real y a la vez simbólica. Lo digo sin pretenciones, porque nada de esto me pertenece, habiendo sido como dirigido, o como si en un Eterno Retorno, hubiera estado siempre en esta gloria y en este drama.

MIGUEL SERRANO

Montagnola (Suiza), diciembre de 1977.

PROLOGO A LA EDICION CHILENA DE 1950

El viaje aquí comenzado debió terminar en los hielos de la Antártida, en busca del misterioso oasis primordial. De allí debimos retornar con el alma quemada por el frío, pensando que todo fue inútil, porque el camino verdadero se encuentra adentro. El final de la obra sería el relato del Viaje Interior, en donde la travesía por el sur del mundo se repite en forma simbólica, dentro del propio ser. Pero he aquí que no he sido capaz de terminar esta obra, porque aún no he estado preparado para ello. El viaje se detiene en Chiloé.

Mis intenciones son continuarla en un segundo volumen, retomando el viaje en el punto en que aquí fue interrumpido. Todo el plan y los esquemas están trazados desde el principio, y a menudo paso mis días y mis noches inclinado sobre las cartas marinas, revisando los caminos del sur. Me preparo también para dar el gran salto hacia los hielos.

Sin embargo, dudo que llegue a terminar esta obra. Los tiempos son contrarios. Y el viajero es requerido por las aventuras de la travesía, que le absorben, obligándole a poner toda su atención en el camino, donde el buen éxito de la empresa depende de su pericia y de su concentración. Será consumido por su propio sueño y por el viento del sur.

Los mejores viajeros nunca han tenido tiempo de llevar un diario de sus viajes. Por eso han sido desconocidos.

Por haber transgredido en parte esta norma, pido perdón a los aventureros del sur.

Santiago de Chile, 1950

PRIMERA PARTE

LAS RAZONES DEL ALMA

ALGUNOS ANTECEDENTES DEL VIAJE

Las siguientes páginas que, hasta cierto punto, son autobiográficas, pudieron tener un antecedente para su mejor comprensión. En el pasado debí escribir un libro que fuera el relato de la vida de mi generación y de mi propia vida. Ahí debí explicar algunas cosas que habrían hecho más comprensibles estas páginas de hoy. Así, este libro debió comenzar donde otro terminara.

Pero el drama de mi vida se planteó en la siguiente forma —o tal vez yo mismo lo planteé—: La literatura, el arte, es un bastón que ayuda a subir el cerro; una vez que se ha llegado a la cumbre, ya no se necesita y hay que dejarlo.

Los problemas que el arte suscita, no encuentran solución en el arte mismo, sino en la vida. Se precisa el acto difícil de una renunciación.

Hace algunos años, junté todos los libros escritos hasta esa fecha y los quemé. Era un gesto inútil. Después, llegó el instante de la prueba: En el vértice de mis años, irresistiblemente quise asomarme al pasado; deseé, si fuera posible, retornar y mezclarme de nuevo con los camaradas de antaño. Vi cómo danzaban aún, ya casi sin fuerzas. También empecé a danzar y dejé que las lágrimas corrieran al reconocer las viejas mansiones y los muros derruidos. Volví a amar y a sufrir. Algunas manos se extendieron, porque yo era el resucitado, que hablaba de algo ya muerto.

Me esforzaré porque este libro sea un mensaje para los que después vengan. Porque este es el camino por el que otros pasaron antes que yo. En los senderos de las cumbres he encontrado sus huellas.

EL VIAJE SE PREPARA DESDE DENTRO

El libro que debí escribir con anterioridad, habría tratado de los primeros tiempos de nuestra generación, de mi adolescencia. Fue en aquellos años cuando se exteriorizaron los impulsos y se conformaron los hechos que condicionarían el futuro. Debí hablar largo de esos años en que nos sentíamos envueltos en una atmósfera especial. ¿Qué será aquello que da el tono a una generación? Hay ciertas inhibiciones comunes, ciertos dolores. Todo esto a causa de una infancia difícil y de un país en disgregación.

Nuestra generación viene a la existencia en un tiempo invertebrado, cuando en Chile se han roto los nexos del acontecer histórico, en un momento en que el hombre va siendo hondamente disuelto por el paisaje.

Mi vida se ha desenvuelto casi tanto en mis sueños como en los acontecimientos externos. Hay momentos en que me es difícil distinguir entre el recuerdo de la imagen de un sueño y un acontecimiento vivido en la realidad exterior. Días he pasado abstraído por las impresiones de un suceso soñado. Es así como podría ser que algún gran viaje, o una aventura emprendida en mi vida, fuera impulsada por un sueño que se ha adueñado mágicamente de mi imaginación.

He vivido envuelto en la fantasía, y el motivo de alguna lejana música del alma, emergida de esas aguas profundas, se ha posesionado de mi existencia como el eco fantasmal de las campanas de la Catedral sumergida.

Y hay sueños raros, que ya no son sueños, sino vida acaecida en una realidad más intensa que la vigilia. El sueño desaparece y se alcanza "otra realidad". El que así vive, ha "despertado", ya no "duerme" en la noche, sino que su "conciencia es continua".

Hace muchos años, siendo un muchacho, tuve uno de estos sueños. Vi la montaña que se yergue frente a nuestra ciudad, oscura aún en el amanecer. Dentro de la masa de roca había dos figuras gigantescas. Una de ellas, la del lado derecho, levantaba los brazos al cielo, implorando y la otra se inclinaba hacia la base, como vencida. Los bordes de estas figuras estaban ribeteados por trozos de metal dorado.

Años después, cuando inicié una peregrinación por las montañas de mi patria, creo que iba al encuentro de esos gigantes.

Con una mochila a la espalda caminé por las más lejanas cordilleras. La presencia de la soledad en la montaña tiene formas y es un ser que nos observa; a veces se detiene a nuestro lado y hace rodar una piedra para informarnos de su existencia.

Por esos altos lugares me he encontrado con exploradores, aldeanos y vagabundos. A todos ellos les he preguntado por el camino y he mirado al fondo de sus ojos, para descubrir si conocían el angosto paso que lleva al valle secreto.

Llegó el día en que me encontré con la montaña de mi sueño. En el atardecer alcancé su cumbre. Avancé hasta tocar la cima donde recordaba haber visto extender los brazos al gigante. Me tendí de bruces, quedando en una semiinconsciencia, interrumpida sólo por la idea de estar absorbiendo la energía de esa forma con todo el ser.

LA LLAMADA

Me senté sobre una roca y me quedé inmóvil. Se hizo la noche. Una lenta pesadumbre me invadió. De improsivo, en algún momento de esas horas, apareció un rostro grande, inmóvil, con un gorro de cuero. Sobre el torso, llevaba una piel de puma, o quizá de guanaco. Me miraba fijamente. Abrió la boca y me dijo: "Tú vendrás aquí".

LAS TRES NOCHES DE HIELO

Vi en sueño un monte blanco, envuelto en una luz radiante. El cielo era de un azul transparente. Este monte representaba en sus cumbres rostros de gigantes, con la vista fija en la luminosa profundidad. ¿Dónde estaba ese monte? ¿En qué lugar del mundo?

Vi un cielo oscuro, envuelto en nubes pesadas. Y en la línea del horizonte, una franja roja, como de sangre o de incendio.

¿De dónde era este cielo?

Por tercera vez, volví a soñar. Apareció un paisaje gris y una tierra rocosa, salpicada de nieve. Sobre las piedras se posaban unos pájaros también grises. Uno de ellos tenía en torno al cuello un anillo de color rojo.

¿Y estas aves, de qué lugar del mundo eran?

EL MAESTRO ME HABLA DEL POLO SUR

De nuevo estoy aquí, después de tanto tiempo. Este lugar me es familiar, lo he recordado a través de los años, con sus cuadros en los muros viejos, pintados por la mano del Maestro y sus figuras sobre las mesas. Hay un gran libro de madera, con una letra grabada al fuego. En su única página, también está mi nombre.

Me esfuerzo por mirar al Maestro fijamente. Y le veo rodeado de una paz que se hace presente casi como una emanación. Sus manos son armoniosas y su voz llena de fuerza. Pero el Maestro es un ser que avanza apartando las sombras con una espada. Su voluntad es indomable. Su convicción desconoce matices. Es un ser infalible cuando la voz del más allá habla por su boca. Pero sólo entonces.

Ahora me dice:

—Hace tiempo que lo sabía. Irás hasta el extremo sur del mundo, hasta el borde de los hielos antárticos...

Callo y sigo mirando todo lo que me rodea. El Maestro continúa:

—¿Sabes lo que es el Polo Sur? Es el sexo de la tierra. Una región tenebrosa de por sí; pero de importancia fundamental; el sexo es el mayor misterio del universo. Transmutando su fuerza se alcanza el Reino de Dios. El sexo es Satán, en lucha con él se llega a Dios. Es Satán y es Dios. El tratará de impedirte el descubrimiento del Oasis que existe entre los hielos.

Cruza sus piernas, reposando las manos en las rodillas, mientras continúa:

—No te imagines que la tierra es un ser muerto, cubierto por una corteza dura. La tierra es un ser vivo, palpitante y nosotros somos sus células esforzándonos por interpretarlo y hasta por li-

berarnos de él. La tierra tiene un alma y si su cuerpo es redondo —forma que un día debemos alcanzar— su alma conserva la forma humana, que es también la forma del cielo. He visto el alma de la tierra, de medio cuerpo hacia arriba, emergiendo blanca del mar; su rostro tiene una grave y sombría expresión. Mira los horizontes y vigila, llevando la cuenta de los seres que se liberan, a pesar suyo, en lucha con su otra mitad negra, que se sumerge en las profundidades heladas. El Espíritu de la tierra no permite que los hombres se liberen antes de tiempo. En este mundo de contradicciones, sólo la paradoja es capaz de darnos una visión justa. Por extraño que parezca, son aquellas "células" rebeldes, en lucha con el Espíritu de la tierra, las que mejor trabajan por la liberación de este mismo Espíritu, que también se alegra cuando ha sido vencido y las ve partir, ascendiendo por sobre la dilatada vastedad del mar. ¡Cuán pocas son! Una en miles de años...

La región hacia la que vas, es la Mansión de Satán, antípoda del Espíritu Blanco, que emerge del hielo del Polo Norte, cerebro de la tierra, que ya ha dado al mundo las razas destinadas a desarrollar el intelecto. Satán, sexo de la tierra, es la Naturaleza que multiplica y crea. Su forma es ilusoria. Es la suma de nuestras sombras. Algo así como el archivo de los pesares y la noche de la Humanidad. El Demonio somos nosotros mismos, es una parte áspera y pesada de nuestra alma. ¿Acaso no somos también Dios?

Calló un momento, mientras entornaba los ojos. Prosiguió:

—He visto a ese Ser en su recinto del Polo Sur. Es una inmensa cavidad oscura donde reside. ¿Cómo describírtela? Espacios sin límites, que se extienden por el interior psíquico de la tierra, debajo del casquete de los hielos eternos. Y ahí se mueve el Angel Sombrío. Asciende, o desciende, hasta el extremo de esa cavidad. Se arroja en demanda de su otro extremo, de su final inalcanzable. Toda una eternidad lo ha pasado en este esfuerzo, tratando de alcanzar el lugar antipódico del que ha sido proscrito en el comienzo mismo de la creación. El Norte es su anhelo profundo y su mayor sufrimiento... Cerrando los ojos, todo esto es posible de percibir y escuchar. Sabiendo cerrar los ojos, mirando dentro de uno mismo...

Se detuvo otra vez. Hizo una reflexión como para sí:

—En el principio, todas las tierras estaban agrupadas en el Polo Sur, donde también se hallaba la Colina del Paraíso. Y

cuando, desde el centro de los cielos, fue expulsado Satanás, cayendo de cabeza sobre este Polo, a la velocidad de una luna desprendida del firmamento, fue a dar al noveno estrato, entre los hielos. Las tierras se dividieron alejándose del Polo, distribuyéndose por el planeta, para formar los actuales continentes. Es por ese extremo de la tierra por donde deberá ir en el futuro la humanidad liberada, para reencontrar el Oasis Primordial. En algún secreto lugar del Polo Sur se encontrará incluso la Colina del Paraíso... Tú sabes que estas alegorías tienen un valor simbólico, indicando realidades psíquicas. La tierra misma es un símbolo. Debemos cruzar a través de Satanás, ese fuego que nos sacó del Paraíso y que será también el que nos restituya. Los habitantes de esta zona austral del mundo somos los adelantados del Destino. Vivimos casi sobre el fuego de Satanás. De ahí esa angustia que descubres en los seres de estas regiones. El nacer y vivir aquí es trágico. También es un privilegio. Tenemos que abrir el camino. Mira a tu alrededor. Verás un mundo legendario en que de nuevo puedes llegar a ser un dios. Luz y sombra envuelven el paisaje y presionan el alma de los seres. Somos arrastrados por una corriente que nos lleva a los extremos. Si en el Norte floreció un día la raza que poseyó el dominio de la razón, en el Sur deberá nacer la raza dirigida por la intuición. En lucha con la más poderosa fuerza del universo, con la luz astral de Satán, que da forma a la creación, será capaz de vencer y transmutar. Esta raza polar, del Sur, poseerá un vehículo nuevo que, como túnica gloriosa, envolverá la imagen del hombre del futuro.

Se detuvo bruscamente, como si no quisiera seguir hablando.

Cuántas veces en los años he estado aquí, escuchando al Maestro.

Como desde algún lejano sitio, le oigo decir:

—Un viento gélido ha soplado sobre tu alma. El Angel Oscuro te llama para probarte en sus dominios. De esta aventura depende la transfiguración mágica del paisaje. Somos plantas a través de las cuales se expresa el Espíritu y en nuestro drama se incluye el porvenir de las generaciones más próximas. Necesitas partir, porque el alma madura al contacto con su paisaje... Pero no olvides que tu viaje es lo mismo que si lo hicieras por dentro de ti mismo, descendiendo desde el plexo solar, hasta la región inexplorada de tu sexo.

Dormido, recorrí el mundo fantasmal. En su desamparo, descubrí una ciudad. Me interné por sus calles y entré en sus casas de piedra. Estaban vacías. Buscaba a alguien que parecía haber partido. "No es posible", pensaba, "que ahora que he llegado, con tanto esfuerzo, aquel a quien busco ya no esté".

Afuera, los árboles se mecían en un viento blanco.

DECIDO EL VIAJE

Fue a fines del año 1947 cuando Chile envió su segunda expedición a la Antártida.

Debí encontrar un motivo que me permitiera participar en esta expedición.

Viajé a Valparaíso y comencé a deambular por sus calles. Fue desde sus cerros de donde los Conquistadores españoles creyeron ver el Valle del Paraíso.

Encaminé mis pasos hacia Playa Ancha, en busca de una casa donde viví en la niñez.

Las casas viejas, los antiguos muros, que un día habitamos, guardan sombras que esperan nuestro retorno.

Seguí vagando por las callejuelas. En la última luz del atardecer llegué frente al Museo Zoológico. La entrada estaba abierta. Pasé entre momias de pájaros y animales. Un hombre pequeñito se acercó. Reconocí al Director del Museo, el mismo que tanto me deleitó cuando era niño. Me miró con curiosidad, con sus ojillos vivaces.

—Todo está igual —le dije.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé más —agregué—; sé que usted perdió un dedo de su mano derecha, se lo arrancó el mono que estaba en esa jaula.

Una agradable sonrisa se fue dibujando en el rostro del hombrecito.

Como hace años, empezó a mostrarme su Museo. Ya de noche, cuando me despedía, vi colgada del techo una canoa.

—Es una canoa fueguina. La construyeron los indígenas de la Tierra del Fuego y la donó a este Museo el jefe de la expedición chilena a la Antártida —dijo.

—¿Es usted amigo del jefe de esa expedición? Creo que es el mismo que irá este año.

Enterado de que deseaba ir a ese Continente, volvió atrás por los pasillos ya oscuros, entre las momias y las reliquias; abrió la puerta de su pequeña oficina, encendió una luz y me ofreció asiento.

Mientras acariciaba un pequeñito y curioso gusano, que caminaba sobre su escritorio, me dijo:

—Yo le puedo ayudar.

Fue así como el antiguo amigo, que aún vivía entre sus fósiles, me extendió su mano de cuatro dedos (el quinto lo perdió en mi infancia) y afirmó mi sueño.

LA PARTIDA

Una ceniza gris cubría el cielo. En los muelles, el petróleo invadía con grandes manchas verdes y negras las aguas que azotaban los costados de los lanchones. La Boya del Buey mugía y las sirenas melancólicas desgarraban la noche. Las lucecillas de los cerros y los haces de luz de los faros penetraban a través de la ceniza.

De improviso, un cometa apareció en el cielo. También iba hacia el sur. La gente subía a los cerros y permanecía las noches en pie para observarlo. Un cometa es un iceberg del cielo. Lo quema un fuego helado.

Llegó la noche de la partida.

Una llovizna delgada caía sobre los muelles envueltos en bruma. Algo pesado, como un ruido de cadenas se arrastraba en la noche. De pronto, un personaje extraño cruzó por los muelles, con una camisa de seda, sin mangas, con pantalones cortos y sandalias. Subió a nuestro buque y entró en la Cámara de Oficiales. Era un explorador que venía a despedirnos, y nos narraba sus viajes por el universo.

—¡Cuidado con los "grouler"! —nos decía—. Estos buques de acero no sirven para los hielos. ¡Cuidado con los monstruos del mar! Los "grouler" son manos negras de monstruos que agarran al buque por el casco y lo sumergen en las profundidades. Sé que los marinos chilenos no creen en los monstruos del

mar; son demasiado nuevos. Pero ya cambiarán... Piensen en los marinos griegos y en las Gorgonas... ¡Tengan cuidado con este viaje...!

La fragata se comenzó a mover despacio, navegando la bahía de Valparaíso y despidiéndose de los otros buques con melancólicos pitazos.

No dormí. Me daba vueltas en la litera, con la cabeza pesada y unas grandes náuseas. El viento azotaba al buque por la popa. Pasó la noche y llegó la mañana. No me pude levantar.

Era tarde cuando abrí los ojos, tratando de penetrar a través de las sombras del pequeño camarote, más allá de la cortina de arpillera que se movía en la puerta. Alguien llegó y se detuvo allí. Parecía decirme: "¡Animo, acuérdate que has venido a encontrarme. Allá, te espero!"

Hice un esfuerzo y me levanté. Me dejé caer sobre el piso y empecé a caminar. Agarrándome a los hierros y cuerdas llegué hasta cubierta.

El Océano se dilataba. Las planchas de acero crujían. Una luz suave se extendía por el horizonte.

La sal del mar me sanó.

EL MISTERIO DE UNA GENERACION

Detengámonos antes de seguir. No es posible avanzar sin saber quiénes son los que avanzan. Hay una tierra, hay largos caminos y hay unos hombres. Esa tierra y esos hombres son trozos dispersos de mi propia existencia.

¿Qué es una generación? Cuando niño empezó a apasionarme el siguiente problema: ¿Por qué me siento yo? Observaba a los seres y meditaba: "¿Cómo es posible que aquéllos también sean "yo", se sientan "yo", y, "yo" mismo, a la vez, sea "yo" y no "ellos"? ¿"Yo" y no "tú"? ¿Por qué nací yo y no otros? Parece como si en temprana edad el yo se encarnara, un ser penetrara en nosotros. Hasta hace poco nos miraba desde fuera, estaba disuelto en el paisaje.

Sólo una vez después he tenido una sensación similar a aquélla de mi infancia y fue en mi adolescencia, en el colegio, cuando me encontré con muchachos semejantes a mí. Descubrí que a mi alrededor existían seres parecidos.

Era mi generación.

Y lo que experimenté fue más o menos esto: Solitario, hasta entonces, había sido un miembro aislado de un cuerpo que ahora se completaba.

¿Qué es una generación? Parece que allí también, en un cierto momento, penetra un alma individualizada para imprimir el estilo de su drama. Del océano de las generaciones somos una ola que se agita en sus tormentas. Inescrutables signos fijan el destino de una generación, integrándolo en un plano más amplio. Del paso por el drama de una generación el yo individual debe salir reforzado.

En un plano superior, como eslabones de una cadena, o

como anillos en espiral, las generaciones debieran unirse entre sí por un tenue hilo, para pasar a integrar el destino de la tierra y del paisaje. Sin embargo, suele suceder que de pronto el hilo que une a las generaciones se rompa.

Si hubiera que buscar el rasgo característico de mi generación en Chile, aquello que la diferencia, habrá que decir que es una generación desvinculada e invertebrada, sin lazo de unión con las generaciones anteriores. Es una generación-isla, que ha emergido repentinamente de las profundidades. He tratado de comprender la causa que ha hecho posible esta desvinculación. Por más que buscara puntos de contacto con las generaciones anteriores no los hallaba. Edades, épocas geológicas nos separaban. El pasado se nos aparecía como un museo de momias. No sé si siempre deba pasar de este modo. Parece que hubo generaciones que veneraron a las anteriores y se encontraron sostenidas por ellas, yendo por un camino que había sido señalado y asegurado para evitarles los riesgos inútiles. En cambio, nosotros, desde la niñez hemos sido impelidos a la rebelión y a la soledad. Sin pilares firmes, ni puntos de apoyo, en medio de un mundo en crisis, cuando todos los valores se derrumbaban y los que aún subsistían eran extraños y sin alma, pudimos sobrevivir por un esfuerzo anormal. Nuestra generación tuvo que hacer abstracción del pasado para crear su propio mundo. Rodeada de peligros y de preguntas, debió construir los cimientos y la roca misma de su existencia. Todo un sistema de números y valores, una ciencia, un arte, una filosofía y hasta una religión. Se hacía necesario redescubrir, no ya las raíces de la propia vida, sino las del mundo y, principalmente, las de la patria, de la tierra que nutre las raíces. Este esfuerzo ha sido cumplido sólo a medias, entre agonías y una crisis honda de la voluntad.

En el Liceo y en las Universidades, se contribuiría a aumentar la sensación de náusea y descontento. Las generaciones anteriores a la nuestra, en Chile y en América, han sido formadas por la cultura occidental, mejor dicho, por la espuma filosófica del siglo XIX, que introdujo su estilo racionalista en el Liceo. Esta espuma le dio carácter a una generación vacua y superficial, sin fuerzas, sin raíz. Hormas patéticas que repiten gestos de zombies, que ahuecan la voz y por dentro están espantosamente vacías. Crecieron del aire, como crecen los hongos o las callampas mentales, sin vida propia. Fueron los profesores y maestros de nuestra generación, que en la escuela nos entrega-

ron un pan digerido ya, que se nos indigestó y nos produjo un asco indescriptible. Ellos eran muertos que imitaban una cultura ajena, que ni siquiera penetraban en sus esencias, parodiándola en su superficie. La letanía de la ciencia y del humanismo racional nos la entregaban con suplicios refinados, deformando un alma virgen y salvaje como los cerros y los mares de que procedía. Recuerdo mi primer choque con esta educación y las angustias intensas de permanecer horas sentado en los bancos de la clase, mientras afuera brillaba el sol y a lo lejos soplaba el viento. Para salvarnos del racionalismo no podía servirnos siquiera la educación católica de la infancia, pues esta religión, también ajena a nuestro mundo, estaba demostrando su debilidad en la forma fácil en que se desprendía de nuestro corazón al primer embate de una argumentación tendenciosa y dirigida. Perdí al Dios de mi infancia una noche, conversando con un alumno de un curso superior, en uno de los patios del Internado Barros Arana. Esa noche, en mi cama, lloré despacio. Desde aquella vez, ya no volví a rezar las oraciones de mi infancia, que me desvelaban en medio de un deseo enorme de dormir; a pesar de mi angustia, me sentí aliviado. Desde aquel día fue como si creciera físicamente y mi pecho se dilatara en los primeros caminos de la libertad.

La cultura occidental, comprendiendo el catolicismo, fue un fenómeno dramático, resultante de un hombre y de una tierra. El alma de una zona del mundo fue interpretada y transfigurada por el hombre. Descubierta América, nos impusieron una cultura y un alma extrañas. Pero la tierra es más fuerte que la intención o la locura del hombre. La espuma de otro mundo llegó a nuestras playas; mas, las fuerzas contrarias y poderosas del paisaje han librado la batalla y serán invencibles. Las generaciones anteriores a la nuestra han creído poder imponer un estilo a la tierra, y, en la sorda lucha que libraban, de la que ellas mismas no eran conscientes, se descubría que habían perdido. En la vacuidad de sus corazones se presentía la venganza del paisaje, que no las reconocía como a sus hijas y que las estaba secando por dentro.

Quisiera poder explicar con claridad esta tortura de una educación y de una enseñanza sin vida, que se nos inculcó a la fuerza. Odiábamos esta enseñanza contraria al mundo que nos rodea. No creo que esto sucediera igual con las generaciones europeas contemporáneas a dichos fenómenos del pensamiento.

Ellas estaban estudiando su historia, resultante de una compenetración con su paisaje, de una interpretación espiritual de su mundo; cada idea, cada pensamiento habría sido elaborado por un esfuerzo común en el que se sentían partidarias y en el que hasta los ríos y las piedras han tomado parte. Por todo ello, el repetir y aprender era un fenómeno creador. En cambio, nosotros nos sentíamos proscritos de todo eso y enfrentados a un contorno virgen y sugestivo. Una tierra separada por océanos y una generación, la nuestra, que aparecía de pronto tan lejana y solitaria como esta tierra.

La generación anterior no tuvo conciencia de todo esto, se creyó parte integrante del fenómeno de una cultura ajena y de un mundo distante. Durante su tiempo se rompieron los últimos lazos. Así se produjo esta grieta cuyo fondo es imposible ver. Y fuimos empujados a la soledad. ¿Qué hacer? Aceptar el destino. Y luchar. Fuimos los iconoclastas, porque no podíamos ser otra cosa. Fuimos los luchadores y los combativos. Había que destruir para poder vivir. Recuerdo mis años de combates y de polémicas literarias. La generación más antigua en la literatura estaba representada por hombres que siempre permanecieron en la superficie. La generación intermedia contó en sus filas con algunos poetas que se impusieron aún más allá de nuestras fronteras; para nosotros, sin embargo, también fueron superficiales, sin drama hondo.

La patria, para nuestra generación, significó siempre algo más que una relación de superficies. Había entre los montes y nosotros un diálogo profundo que aún no interpretábamos, pero que no podíamos desconocer. El aroma de algo remoto nos llegaba, obligándonos a alejarnos de todo lo que nos parecía sobrepuesto y sin relación de profundidad. Abandonamos los estudios y empezamos a caminar entre cuatro murallas, monologando por meses y hasta por años. Una angustia casi biológica nos atormentaba. Febrilmente, llenábamos carillas. Afuera, en el mundo, sucedían catástrofes: la guerra de España, el nacismo, el comunismo, la gran guerra asomaba ya su rostro. Sobre nuestro escritorio, la filosofía, el marxismo, la ciencia, el psicoanálisis, los viejos textos polvorientos, los libros encontrados al azar. El dolor era el de los nacimientos. Organos nuevos nos crecían, capaces de penetrar el interior de la montaña.

Por aquellos años tuve que cumplir de este modo con el trabajo de mi generación; liquidar mitos, romper cadenas y pre-

juicios, revisar los valores extraños y abrirme paso en medio de todo eso, para alcanzar donde el corazón reencuentra el origen, el grano de polvo que lo formó. Como era un muchacho, tuve que construir pilares y líneas que me dieran un derrotero fijo para caminar en el futuro; me creé toda una filosofía y una religión propias.

Lo que conquisté entonces pensé debérselo a la tierra, en cuyas cumbres y mares me pareció entender una lección desconocida. Deseé fundirme con mis hermanos, ser uno con los hombres que trabajan en los valles y que abren los terrones profundos. Eran huesos formados por la savia que nos alimenta y sus manos eran hijas de las raíces y de las lluvias de los cielos. Quise tomar parte, junto a los ríos correntosos y a los montes, en el combate en contra de ese espíritu extraño que alcanzó a extender sus dos manos atormentadas sobre nuestras costas.

De este modo tomé el primer contacto consciente con nuestro ser. Fue el descubrimiento de una tierra nueva. Nuestra generación era diferente en su ser básico y ya nada podría encontrar dentro de los caminos conocidos. Si a veces pudo parecer que estaba combatiendo dentro del mundo de las valorizaciones europeas, tomando parte activa en sus dramas, ha sido sólo en apariencias, pues su aporte tuvo que ser distinto. Nuestra participación se debió en gran parte a la debilidad fundamental del sudamericano, que aún imita con facilidad lo que le impresiona y a la condición receptiva de nuestro mundo. Por otra parte, los movimientos que aparecieron entonces en Europa, estaban dirigidos, en el fondo, contra la esencia misma de la cultura occidental, representando también la aparición de un hombre nuevo, de tipo mágico.

Si el hombre blanco es el que alcanzará las cimas del futuro sudamericano, o si volverá el indio triunfante, no es posible saberlo. Creo que nada vuelve realmente; ni el indio, ni las remotas profundidades, ni las divinidades hundidas en el tiempo, retornan con idénticas vestiduras. Vuelven, reencarnan, pero en formas distintas, girando cruelmente en la espiral.

Todo lo que las generaciones anteriores lograron construir en nuestra tierra fue producto de la ceguera frente al paisaje. Jamás se detuvieron a escucharlo con atención. La historia nuestra puede sintetizarse en una lucha sorda entre el hombre y el paisaje, en la que el hombre ha impuesto una ley extraña.

Pero el paisaje toma su revancha en el tiempo de las generaciones y derrumba los falsos dioses. Primero mata el alma de una generación, en seguida destruye su cuerpo. He aquí mi generación huérfana, invertebrada, frente a una realidad ajena y hostil. Sin caminos y sin pasado. Hacia atrás no hay nada y se presiente el horror de una catástrofe producida por el paisaje. Terror cósmico. Miedo ante los montes, comprensión del destino trágico de Chile. Y la conciencia de que debe haber un sentido. Porque si nuestra generación es una generación desvinculada, por ello es también la primera generación realmente americana, realmente chilena. También Chile no tiene pasado, poseyendo por lo mismo todo el porvenir. Si es cierto que hay dolor al carecer de puntos de apoyo, al no tener nada a que asirse, por ello mismo puede obtenerse la salvación, construyendo un futuro nuevo, sin prejuicios ni trabas milenarias. El porvenir es la fruta dorada de un árbol frondoso y desconocido. Nosotros estamos representando la realidad de un mundo nuevo. Sin embargo, aún no le pertenecemos. Desdoblados, sólo lo intuímos. Ni el pasado ni el futuro nos pertenecen y el presente es transición. No será tampoco la generación que viene, apaciguada, mansa y sin fuego, la que realice algo grande. Gastamos las energías por un siglo y en este esfuerzo anormal de nuestra generación tal vez se encuentre la causa de la mediocridad de las que nos siguen. No ha existido en Chile una generación tan torturada como la nuestra. Su esencia se quemó en el fuego que quiso penetrar. Por eso no quedarán de ella obras ni creaciones en el tiempo. Su creación fue su propia vida agobiadora y su condición humana. Penetró la sombra y apuró el vaso hasta las heces. ¿Cómo piensan pedirle realizaciones? ¡Prejuicios de quienes sostienen el mito de la acción exterior! La acción nuestra se libró en el drama del corazón y en su adivinación del paisaje.

Una vez cada muchos siglos se dan estas condiciones de desarraigamiento y soledad histórica que hacen posible la salvación individual, meta de todo lo creado. Vendrán otros tiempos. Sin embargo, la salvación individual no será más fácil. América del Sur estará centrada en su esencia, pero el individuo estará cortado y presionado por la atmósfera mental de un mundo ya constituido; su salvación sólo podrá realizarse como ente social o en lucha titánica en contra de lo establecido. Le faltará, además, la intensidad, como sucede a aquellos que expresan en la vida una realidad certera, pero recortada. La historia estará

de nuevo en marcha, aquí y en todo el mundo, y su rodillo colectivo pasará aplastando las almas individuales.

Mi generación fue extraordinaria. Aunque nada realice, aunque fracase en sus intentos, ha sido una generación profética. Por nuestras intuiciones se guiarán mañana los que vengan. Y quienes las realicen, no podrán, en cambio, saber lo que nosotros supimos. Lo llevarán a cabo; pero tal vez sin posibilidades de salvación.

Generación tan llena de conflictos difícilmente volverá a aparecer antes de que las constelaciones giren otros miles de años en el cielo.

EL GRAN ENEMIGO DEL PAISAJE

Es posible que la historia, o la creación, sean como una siembra, en la que sólo un número determinado de granos fructifica. La historia es un movimiento pendular sobre el cuerpo vivo de la tierra. En una determinada zona se encarna el Espíritu y enciende al hombre. A medida que las formas de las culturas se organizan, se "calcifican", el hombre va siendo un prisionero de sus propias creaciones. Por defenderlas pierde su vida y su destino. El destino del hombre es la superación, pasando de una forma a otra, de un cuerpo a otro y destruyendo todo aquello que hace un momento creó. Será un dios; pero a medida que sea más libre. Si se aprisiona en formas y en culturas, en estatuas y palacios, se anquilosa y se pierde. Algo adentro de sí se rebela y llama a la catástrofe. Como en la geología, las profundas capas se vuelcan y la barbarie siempre será una promesa de renovar las posibilidades de salvación. Y es en los comienzos de los nuevos tiempos cuando de nuevo se experimenta la intensidad de vivir. Mas, las posibilidades reales de salvación, que es cumplimiento de la totalidad del ser, sólo se encuentran aquí hoy. Porque aún no somos nada. Somos libres y sin formas. El pasado es cáscara que se cae, como hoja de otoño.

Pero los tiempos de la transición se están cumpliendo y falta poco para que de nuevo el mundo entre en la noche del equilibrio y de las nuevas formas de las culturas y de las organizaciones sociales, que son esclavitud para el alma y obstáculo para

el destino de la aventura de la salvación individual. El aventurero cósmico necesita de la inseguridad, de la transición y de la dramática angustia. El desarraigamiento de nuestra generación es el clima propicio. Aún somos libres. Aún tenemos un poco de tiempo.

Chile es una tierra diferente. Su personalidad propia no fue reconocida por las generaciones del pasado que se impusieron rudamente al paisaje, en una lucha cruenta. Eran aún los hijos de otro mundo, los herederos de los conquistadores, los nietos de los que sojuzgaron a las razas aborígenes. Pero no podrían completamente con los árboles del bosque, ni con la roca de las cumbres; pues así como el conquistador amó a las indias y en las noches de sus rucas penetró el mar cálido de su sangre, así también él fue conquistado por las montañas. Y el espíritu de estos ríos se apoderó poco a poco de su ser más íntimo.

Tal como en las aguas de los estanques flotan vapores y nubes, sobre el mar de la sangre se extiende el vaho de la historia. El espíritu de una raza está imantado por el calor de la sangre, que es como la presencia de la tierra, y está formado de la substancia de sus minerales y de la vibración de su aire. En la sangre de los conquistadores y no en los galeones de España, vino la historia de otro mundo y el recuerdo de sus dramas. Como vivencias, o reflejos atávicos, se repiten constantemente los impulsos de los héroes y el sacrificio de los mártires. Todo aquello que ha formado el argumento torturado, ambiciones, amores, odios, hará resonar sus ecos en este paisaje extraño. Y seguirá vibrando mientras sea aún fuerte el recuerdo de la sangre que a través de los océanos lo transporta. Pero los montes de estas tierras se resisten y contraponen su vieja alma pagana y legendaria. Es de este modo como, desde el primer momento en que el conquistador puso su pie en la antigua arena, dos mundos se entrechocan y, bajo la superficie, más allá de las conciencias, comienza una lucha cruel, a muerte y sin descanso. Desde ese mismo instante se sabía también cuál sería el resultado. España fue una tierra singular, una península donde se acrisolaron razas distintas, atrayendo en la mezcla un espíritu atormentado. Para poder subsistir, necesitó del fanatismo. Pero racialmente España es inconsistente. Es un crisol donde se han efectuado amalgamas indeseables, superadas y unificadas sólo por el poderoso espíritu de la tierra ibérica. Hasta hoy, que yo sepa, no se ha intentado comprender el destino de un pueblo o

de una raza por la posición que ocupa dentro del cuerpo del ser vivo que es la tierra. Debe existir alguna relación misteriosa entre las zonas telúricas de España y Sudamérica, región baja del mundo, sexo de la tierra. Nada dentro de los organismos vivos sucede porque sí; el éxodo de la conquista española debe tener un sentido profundo, correspondiendo a un sino biológico, parecido al que lleva a ciertas especies a emigrar desde continentes distintos para encontrarse en forma certera, amarse y procrear. Ningún otro pueblo que no fuera el español podría haber cometido tantos errores en Sudamérica, porque ningún otro estaba tan dispuesto a cometerlos. Estos errores han hecho que la lucha entre el conquistador y la tierra adquiera un carácter de fusión y de drama martirizado. Han permitido también el triunfo del paisaje, que desde el primer momento pudo envolver y poseer. Y no de otro modo se cumple el invencible destino de las sombras y del sexo del mundo.

Hay un pecado que al cumplirse en la carne es también pecado contra el espíritu y que marca la historia de un pueblo. Es el pecado racial. Como el resonar de un eco remoto, o el repetirse de un acontecimiento angustioso para la conciencia, el conquistador español volvió a cometerlo en el nuevo mundo. Algo así como un ciego impulso o sugestión ante el abismo, le llevó a repetirlo. Y se mezcló con la raza india. En los cuerpos morenos de las hembras y en sus ojos negros y húmedos revivió la hoguera de la sensualidad primera; ese fuego, semiapagado al paso de la historia y del Imperio, se encendió otra vez.

Fue algo así como el despertar oscuro de esa satánica fuerza, de esa sombra roja, que empujó una vez a la raza lemur a mezclarse con los animales para dar vida al mono. La sombra del mal pesa sobre el mundo del futuro y el producto de ese acto se parece a los elementales o a los súcubos. La zona sexual de la tierra envolverá en sus efluvios a los audaces que se han atrevido a hollarla. Es también la venganza del vencido. A través de la india, en forma pasiva y tenaz, el mundo primitivo toma su revancha y, de este modo, la hembra cumple con su función primordial de partidaria del Espíritu de la tierra. Si la hembra fracasa en esta lucha, aún está el árbol en que ella se apoya y la tierra donde se recostó para ser poseída por el español. Los efluvios y fantasmas del placer son poderosos y aún flotan sobre los valles y los montes.

Entiendo el deseo irresistible que empujó al varón sobre la

hembra morena. Envuelto en la sangre sombría y cálida y cumplido el hechizo oscuro de esa fusión, algo así como una droga letal se introduce en el corazón del conquistador y su voluntad decae. Ya está vencido. Y lo que en el tiempo siga sólo será el proceso de su desintegración moral y de su transformación física a través de las generaciones. La lucha es desigual, pues ahora es combatido en dos frentes, desde fuera por las fuerzas contrarias del paisaje y desde dentro por los sutiles fluidos de la sangre del indio, que ha permitido desembocar en su propio mar, arrasando con las imágenes de su historia hispánica, con la realidad de un espíritu asentado en estas imágenes y con todas esas sublimaciones logradas a través de siglos de un drama psíquico e histórico particular.

La conquista de la América del Norte deja también ver la influencia que tiene en la historia de los pueblos la zona del mundo en que residen. Fue completamente diferente a la nuestra. También por afinidad electiva, un espíritu de raza cerrado y persistente fue atraído hacia esa región. Y la raza sajona iniciaría la extirpación de la planta indio del suelo conquistado, con la que no soñó en mezclarse. Luego, en su dinámica historia, el paisaje a veces grandioso del norte, nunca ha sido reconocido, cumpliéndose así la razón profunda de esa tierra. El norte es el cerebro del planeta; condición de éste es vivir al margen de la realidad física que lo sustenta, cumpliendo su función organizadora en claros esquemas que regulan la vida. En el Norte, hasta la naturaleza ha sido racionalizada por una agricultura geométrica e higiénica; el ideal del norteamericano es desinfectar la tierra. Las selvas grandiosas y los grandes cañones entre montañas no adquieren realidad expresiva en la conciencia de los hombres. Y hasta el pasado europeo ha sido olvidado, a pesar de no existir fusión de sangre con el aborigen. Sólo cuenta una cierta electricidad especial que vibra en la atmósfera de ese mundo, propia del cerebro racional de la tierra y que empuja al individuo a un dinamismo sin parangón, que lo hace vivir para la actividad incesante.

El español no podría cumplir el destino del norte. En cambio, aquí, en el sur, se ha crucificado. La tierra proyecta sus poderosas emanaciones. Si el indio, planta de la tierra, desaparece en el tiempo, perdura en cambio el recuerdo del sexo de la india y sus fantasmas, adherido al árbol y a las cumbres. Y en las noches, bajo las estrellas, aún resuena el grito de guerra y

de placer. Es el drama y el comienzo de la vida en la sombra y en la mezcla de sangres. La tierra también está de espaldas, como lo estuvo la india para ser amada y poseída. Y en el tiempo, que ya parece infinito, aún continúa la cruenta lucha de pasión y muerte, en que el hombre, vencido, va siendo digerido y triturado por el paisaje. Ante la poderosa tierra, el hombre, sin saberlo, ha entregado sus armas, porque sigue negándose a reconocerla, intentado imponerle, cada vez con menos fuerza, una realidad que ya no tiene significado ni para su propia alma.

LA APARICION DEL TITAN

En esta lucha y desvinculación con el paisaje, puede sintetizarse nuestra trayectoria de país a través del sucederse de las generaciones. Seguramente todo habría terminado antes, si no hubiese sido por un acontecimiento extraordinario.

Un ser altamente dotado apareció entre nosotros, librando la más poderosa batalla contra la tierra e imponiendo hasta el presente su propia ley frente al paisaje. El solo ha sido capaz de proyectar su sombra a través del tiempo, conformando casi toda nuestra historia y dándonos dentro de esta América informe, un estilo y una estructura comparable sólo con la de algunos pueblos europeos. A él se debe casi todo lo que hemos hecho como país organizado. Ciertamente encontró un medio apto para realizar su inspiración. La raza española aún era fuerte cuando él apareció y, en las capas superiores, estaba compuesta por el estrato castellano-vasco, de recia vitalidad en aquellos tiempos. El elemento andaluz y el mestizo permanecían en la base, cerca de las raíces y de la gleba. En el primer elemento racial encontró ciertas condiciones de sobriedad y de honradez, aptas para implantar su concepción. En el medio andaluz, la admiración siempre presente por el héroe. En lo aborigen y en el paisaje hay algo duro y fuerte, que asimiló el impulso de disciplina y lo proyectó en el espíritu militar y guerrero que aún perdura.

Pero la verdad es que aquel hombre era un extraño y estaba solo en medio de su contorno racial y terrestre. Fue un genio y como tal fue un solitario que imprimió su ley en contra de todo lo que le rodeaba, obligándolo a conformarse al soplo de su

pasión y de su poder. Por ello fue el más grande enemigo del paisaje; como era puro y era fuerte, libró su batalla para vencer. Este hombre fue Diego Portales y su actividad titánica aún no ha sido contemplada desde este ángulo.

En aquel entonces estaba demasiado reciente el proceso de la Conquista y de la mezcla. La batalla sorda no era consciente y la tierra podía ignorarse, o aparentar que se ignoraba detrás de los muros altos de los patios con naranjos, o de los salones impregnados del aroma racionalista del siglo XVIII europeo. A las capas superiores de la sociedad llegaban refuerzos de sangre española y nadie creía escuchar el rumor profundo de la tierra distinta. La misma guerra de la Independencia había sido hecha por motivos ajenos a todo esto, siendo impulsada por el ansia imitadora de lo europeo, por la Revolución Francesa, o por agentes del liberalismo y de los intereses anglosajones. Un gobernante superior y recio que apareciera, no podría siquiera pensar en comprender la tierra en lo de remoto y contrario a su propia alma, pues aún él era fuerte y triunfador. Faltaban generaciones y tiempo para la situación actual.

Portales fue un ser misterioso y sólo una fuerte consistencia racial, con un inconsciente cargado de imágenes y de reflejos lejanos, podía lograr lo que él hizo. Escritores e historiadores le han comprendido así, siendo impresionados por la extraña figura del creador. Han llegado a afirmar que Portales no era español en espíritu, con una ascendencia gótica, un ancestro germánico o sajón. Y ciertamente Portales semeja más bien un pionero de la conquista del norte. A pesar de su criollismo y su chilenismo de apariencias y modales, fue un asceta, un jefe godo, o un patricio romano. Es claro, es recio y profundo. Sus ojos eran azules como los de un germano y su pelo ensortijado y corto podía ser el de un romano del Imperio. Afirman que su ascendencia entronca con la familia de los Borja, siendo así como puede comprenderse mejor su instinto político y su tendencia mística. Como san Francisco de Borja amó a una sola mujer y a una sola muerta.

De uno u otro modo, todo esto ha sido expresado, pero lo que nunca se ha dicho es que Diego Portales fue el gran enemigo del paisaje de Chile. Con su concepción legalista y con su creación monolítica del Estado, en un sentido abstracto y casi metafísico del poder, impuso una valorización correspondiente a una superestructura europea, romana o germánica del alma. Su

concepción madura sólo podía haber sido obtenida a través de un proceso distante de la historia, en que el alma se ha impregnado en el drama sublimado de otra cultura. Es el resultado de una herencia del espíritu, de una conquista de la forma. Se impone como una construcción propia en medio de una tierra enemiga y violentada, o comprime al paisaje como horma japonesa. Cuando el titán cae, en medio de la catástrofe, su concepción perdura sin embargo, por fuerza de sugestión y porque su final dramático ha dado origen al mito. En la lucha extrema de un ser en contra de la naturaleza, el mito continúa la batalla después de su desaparición material. Se ha dicho que en el asesinato de Portales podía verse la venganza del espíritu de la raza vasca, representado en Vidaurre, que había sido constreñido y obligado a enmarcarse en ajena disciplina. Pero también y por encima de todo, hubo la venganza del espíritu del paisaje, que era todavía más fuerte y que como un viento huracanado se desencadenó contra esa columna maciza de un templo que no había sido levantado para sus dioses.

En la distancia del tiempo aún continúa la pugna de las sombras. Aquella solitaria, del impositor y del enemigo, con la otra cada vez más amplia y poderosa que está resurgiendo de dentro de los montes. Y todo esto envuelto en el aura de la sangre derramada, de la que aún emana la presencia del espíritu.

Es por esto que en Chile la lucha ha perdurado y ha adquirido contornos tan dramáticos. Un espíritu genial apuntala y sostiene la débil carne, retardando milagrosamente la disgregación, en pugna con todo y contra todos. Cuando el cuerpo cansado quisiera tenderse a morir sobre la tierra, deseando abandonar ya la lucha, la presencia de la tradición lo sacude y lo obliga a continuar de pie. Es la mayor tragedia de Chile, la obligación con un espíritu que no ha nacido de la compenetración y transfiguración de la tierra propia y que, manteniendo su sugestión, nos impide hasta morir de nuestra propia muerte.

En el sucederse de las generaciones la batalla silenciosa ha continuado y los impactos tremendos de la tierra van llenando de cadáveres el horizonte. Por desvinculación e incomprensión de su paisaje, el hombre va siendo derrotado. Y el proceso semeja un monstruoso acto de digestión en que el pueblo va siendo devorado y digerido por el vientre de la tierra.

Se ha creído poder remediar el hecho, ya visible para todos, de la decadencia y destrucción de la raza valiéndose de la inmigración. O sea, aportando nuevas fuerzas de refresco en la batalla con la tierra. Y esta solución, de efectos momentáneos, deberá tornarse ineficaz pues hasta las razas mejor dotadas deben sufrir el mismo proceso de disgregación después de algunos años. El ejemplo que mejor lo ilustra es la inmigración alemana en el sur de Chile. Los colonos traídos por Pérez Rosales, libraron con empuje una gran batalla contra el bosque, poblando nuestro sur, levantando ciudades ahí donde antes reinaba la lluvia y la selva. Sin embargo, sus descendientes ya no son como ellos, adolecen de los mismos defectos de los hijos de españoles. Son abúlicos, o alcohólicos; su voluntad ha sido también quebrada por la tierra; sus ojos observan atónitos algo que se desprende de las cumbres o de las raíces húmedas y que va embalsamando sus células. Parecido proceso se sigue allende los Andes. La inmigración en gran escala en Argentina, ha dado a ese país un empuje importante, casi como una nación europea, o como Norteamérica, orientándose, en apariencias, hacia semejantes objetivos; pero sucederá inevitablemente que si el inmigrante argentino no se compenetra espiritualmente con la zona del sur del mundo en donde vive, transformándose en su planta espiritual, deberá sufrir parecido destino al de los antiguos criollos, que han sido devorados por la tierra. Sus hijos ya no serán tan fuertes como ellos y, poco a poco, a través de la lucha de las generaciones, llegarán un día hasta el punto en que nosotros estamos hoy, sin haber podido aún construir una vida, ni una compenetración espiritual y transfigurada de la propia tierra.

Si por un momento somos capaces de concentrarnos y mirar objetivamente a nuestro alrededor, casi con una visión ajena y ver las cosas, los seres y el mundo que nos pertenece, con una mirada nueva, en esa forma certera como se ven las cosas por primera vez, retornaremos de ese esfuerzo, de ese viaje, traspasados por la angustia. ¿Qué es lo que nos rodea? ¿Qué es lo que vemos? Seres destrozados que deambulan como fantasmas y que, en algunos momentos de lucidez, expresan una angustia que tiene algo de eterno. Cuerpos contrahechos, cuya estatura disminuye, hasta parecer una raza de pigmeos. Bocas sin dientes, piernas y hombros retorcidos. Y un culto de lo feo. Los ídolos del pueblo son siempre los seres deformes. Sus fiestas popula-

res cultivan la gracia en lo más feo, y el hombre hace consistir su elegancia en el desaliño.

Se ha dicho que la mujer chilena es bella. Pero este es un caso privado de la gran capital y que sólo se da en las clases media y alta; porque las mujeres del pueblo no son hermosas, pareciéndose al hombre en su descompostura. Y si la mujer se salva, débese tal vez a que lo femenino está adherido por ley vital a la naturaleza y que, al revés del hombre, se compenetra inconscientemente del paisaje. Pero el cuadro verídico de Chile es algo que muy difícilmente nosotros apreciamos, por el hecho de estar sumergidos dentro del proceso y ser también parte de él: pudrición y hedor de la muerte, de la descomposición y de la digestión. Y en torno a todo, un marco gigantesco e inmutable: las grandes paredes impasibles del estómago de la tierra.

Las causas últimas del mal se encuentran en la zona del planeta y en el origen. Dos mundos distintos y enemigos se entrechocan en la sangre. Por eso existe muy desarrollado el instinto de autodestrucción que se adivina en múltiples manifestaciones: en la aceptación de la crueldad y en la atracción del acohol, que obnubila la conciencia.

Esta necesidad del alcohol es un hecho incluso en los inmigrantes. Sus nuevas generaciones pueden considerarse como alcohólicas, participando de este mal endémico de Chile. ¿A qué se debe la necesidad del alcohol en ellas? Puede que a la conciencia subterránea, adquirida en la lucha sorda con la tierra, a la intuición de estar siendo digeridas. Frente al macabro espectáculo existe la necesidad de aturdirse y, en el alcohol, créese encontrar el momentáneo antídoto para alguna venenosa influencia dispuesta por la tierra. O bien, si a la tierra le falta alguna energía fundamental, que hoy le niega al hombre, éste aspira a suplirla con el alcohol. Es el alcohol una necesidad psicológica y fisiológica en el presente. Y los trágicos hombres de este mundo, al sumergirse entre las nubes grises de un universo poblado de evasiones, sienten como un místico amor y se estremecen al comprender que afilados dardos les llegan desde el contorno.

El clima psicológico que envuelve a Chile es denso y trágico. Una fuerza irresistible tira hacia el abismo e impide que ningún valor superior se destaque, ayudado por el ambiente. La callada hostilidad y la envidia persiguen desde su origen al alma superior, poniendo obstáculos y trampas a su paso. Todo aspira a nivelarse en la miseria moral y en la derrota, "ascendiendo

hacia abajo'', si se pudiera decir. De las mentes de los hombres fluye la angustia y el odio por lo bello y lo fuerte, y si algo superior se reconoce es sólo la grandeza y la hermosura de la tierra. Pero, si el hombre fuese capaz de imponerse aquí, compenetrándose mágicamente con su paisaje, derrotaría al mal reinante y llegaría a ser como un dios entre los suyos, tan poderoso y fuerte como el paisaje.

Los extranjeros observan mejor lo que en Chile sucede; con esa visión clara que de las cosas se tiene cuando se mira externamente, ven la tristeza incurable del chileno, la melancolía que acompaña a sus manifestaciones, aún a sus fiestas, donde la pretendida alegría es desesperanza. Y ven también el sexualismo, propio de la zona baja del mundo. La obsesión sexual del chileno débese a que es el sexo la última fuerza que se debate en la lucha con el paisaje. Todo un clima de sensualidad enfermiza se extiende sobre nuestro mundo.

Chile es como un hoyo entre montañas. Quien aquí cae, no podrá salir ya. Un hoyo angustioso y penitente. Las paredes resbaladizas no permiten la subida. Las piernas y las manos se llagan en el intento y las uñas se destrozan sobre la roca. ¿Qué hacer? ¿Por qué estamos aquí? Sin embargo, todo se lo debemos a esta tierra. Y al mirar a nuestros hermanos en desgracia nos sentimos solidarios. Dentro de su miseria y su amargura, hay una grandeza que no se encuentra en otro lugar del mundo. Una callada aspiración, una fe no confesadas. La enfermedad de Chile es como las espantables enfermedades rojas de los sueños, como las enfermedades sagradas, que destruyen y matan; pero un poco antes del final hacen genios o santos. Chile es como un hoyo sagrado y penitente que destroza, pero que intensifica la conciencia al extremo de permitir una comprensión y una profundidad inexistentes en otro lugar de la tierra. Todo aquello que en Europa necesitó siglos para madurar en la mente de sus hombres, aquí, por la influencia mortal de la tierra, puede realizarse en el período de una generación. La vida es breve; pero honda. Los años y los siglos se cumplen hacia dentro, descubriendo el cosmos en la profundidad de una gota de agua, o en un grano de tierra desprendido de los montes.

Sólo por la compenetración con el paisaje podrá emerger aquí una vida distinta y transfigurada, viniendo de dentro de los montes, junto con la mágica presencia de un espíritu que, elevándonos desde la desesperanza, sea capaz de transformar la

patria oscura, mediante la interpretación de la palabra que hace siglos nos está diciendo el paisaje.

La inmigración, el relevo de razas, prolongará inútilmente el drama y la agonía si el espíritu no entra a tomar parte y a ordenar el caos.

Chile es una tierra libre, carente de puntales en el ámbito de la historia conocida. Los aborígenes con quienes los españoles pelearon y se mezclaron eran salvajes. La civilización incaica no dejó aquí sus ruinas ni sus recuerdos. Lo que los montes nos dicen, lo que el despoblado horizonte y el cielo nos señalan, es algo hondo y remoto, tan antiguo y lejano, que bien podría ser lo primero de todo; aquello que el hombre perdió en el comienzo de los tiempos; un signo de fuego en las estrellas, unos brazos extendidos adentro de las cumbres, o un poder tremendo en la oscuridad del alma.

LAS GLORIAS DE LA NOCHE

La noche comenzó en el Liceo. Apegados a los bancos, con los oídos nuevos atentos a las palabras viejas. Esos profesores cansados, sin brillo y sin alma, repitiendo fórmulas, distribuyendo la muerte. Pan corrugado, añejo. Y afuera el viento, los cielos, las montañas con sus cumbres blancas, donde el sol ha detenido su carrera. En lugar de enseñarnos a escalar sus cumbres y a escuchar sus voces, observando las piedras que aún conservan las huellas de los tiempos prehistóricos, enseñarnos a navegar para descubrir el Océano, nos estaban entregando una ciencia sin alma.

El muchacho que quería salvarse, tendría que cubrirse los oídos con sus manos y apretar los dientes. No oír a aquel profesor pedante que arrastraba su muerte por las aulas, para clavar sus ojos en el pedazo de cielo o de campo que penetraba por la pequeña ventana de la sala. Y luego aprender y estudiar por su cuenta lo que su interés profundo le señalase. Sólo el autodidacta se salvaría en nuestra generación. Yo fui un autodidacta. Jamás me ceñí a normas, ni a disciplinas. Estudiaba lo que se aprendía en los cursos superiores al mío, leía novelas, o sencillamente no estudiaba nada.

Esperaba con ansia, con desesperación, el final de las clases. Entonces partía solo al más oculto rincón, al final de los patios, subiéndome sobre un tronco cortado, podía mirar sobre el muro las montañas que enmarcan nuestra ciudad. Soñaba. Me veía escalando sus planicies, vagando por sus laderas. Los trigos dorados se mecían al frío y al viento de esos tiempos.

Fui rebelde. Y como yo había otros. Con ellos formábamos un grupo aparte. La imaginación no se resignaba a ser reducida y confinada. En las noches, durante nuestra permanencia en el Internado, nos escapábamos por los techos. Escalábamos muros y cruzábamos por sobre altas vigas, hasta alcanzar unas terrazas lejanas, donde nos tendíamos a mirar el cielo estrellado. Nos parecía que todo aquello fuera una aventura en que nos jugábamos la vida y donde los enemigos, o los representantes de la ley, eran los inspectores y los profesores. Desde aquel lejano tiempo ya nos colocábamos voluntariamente en pugna con lo establecido. Nuestro grupo también robaba en las tiendas de Santiago durante las salidas de fin de semana. Pequeñas cosas, es cierto, lapiceras, linternas. Pero si hubiéramos podido efectuar un gran robo, lo habríamos hecho.

De aquellos compañeros recuerdo especialmente a uno. Se llamaba Hernán González. Era un muchacho moreno, de perfil agudo y de cuerpo enjuto. Sobre su frente brillaba el signo del holocausto. En todo lo que hacía ponía un sello de pasión, de entrega total, como si anduviera en busca de su propio exterminio. Juntos comentábamos algunos libros de escritores rusos. En sus ojos se reflejaba una angustia de la que hubiera querido desprenderse de cualquier forma. Recuerdo que una vez alguien me insultó y Hernán González intervino antes de que yo lo pudiera hacer, pero con una pasión y una violencia tan desmedida, que, golpeado por sus palabras tremendas, el otro muchacho que le doblaba en estatura y en fuerza, se atemorizó. Se jugaba la vida en cada gesto. Y fue así como un día también se la quitó.

Nos descubrieron en las correrías por los techos de las construcciones, además de una escapada en busca de trabajo en unas minas. Me retiré del colegio antes de que me expulsaran. Hernán González se quedó, hasta que un día fue sorprendido fumando. Le delató un inspector que sabía que bastaba la comunicación de esa falta a la Dirección para que este alumno de malos antecedentes fuera expulsado. El inspector le odiaba por su aspecto

díscolo y salvaje, por su alma endemoniada y de selección. Hernán González fue expulsado. Su padre le amonestó. Hombre de otra generación nunca entendió a este niño torturado, producto de la nuestra. Fue esa incomprensión la mayor tragedia de nuestro pobre camarada. Se quitó la vida un día domingo de hace ya muchos años, siendo el primero en partir. El primero que recuerdo.

También yo debía ser marcado por el destino. Un día me dañé una pierna. Este sencillo accidente me obligó a permanecer en cama por varios meses. Ahí llegó el maestro que debía impulsarme por los caminos del arte.

Era un compañero de curso en el que casi no había reparado. Sabiendo de mi enfermedad me vino a visitar. Sentado en una silla, junto al lecho me dijo:

—¿Por qué no escribes? Tendido allí debes aburrirte. Escribe las historias y las aventuras que desearías estar viviendo.

El compañero partió y yo comencé a escribir.

Me levanté de aquella enfermedad transformado. Me hice un solitario. Abandoné a los amigos y me aislé en mi cuarto. Viví rodeado de libros y sólo salía para caminar por los extramuros, en donde hay unos cercados bajos, unas tapias con enredaderas que dejan ver el comienzo de los montes. Junto a los eucaliptos me detenía con un libro en la mano, o con un pensamiento agotador. Los caminos polvorientos y los ranchos perdidos fueron los testigos de mis preocupaciones de esos tiempos.

Como el más preciado don de aquellos días guardo el recuerdo de mi amistad con el compañero que me impulsó por este camino. Fue mi primer guía y maestro. No teniendo a nadie para mi formación espiritual, era la primera vez que aceptaba sin reticencias a un maestro; pero a un maestro de mi generación. Aún conservo la correspondencia con este compañero. Era una correspondencia seria y profunda. A él, como a mí, le torturaba la presencia de la tierra. En el mundo de los valores libraba su batalla.

No he vuelto a ver a ese primer compañero que me inició en las inquietudes del pensamiento y del arte. Cuánto le debo. El me señaló un camino y me lanzó al mundo de los signos y de la noche.

HECTOR BARRETO

Si un día nos fuera dado poder reproducir realmente los acontecimientos del pasado, quién sabe si toda emoción se destruyera, al encontrarnos despojados ya de las condiciones y carácter de otro tiempo. Podría suceder como con una vieja película del cine mudo, que en otros tiempos nos deleitó y que ahora nos parece truculenta. Los movimientos de los actores son demasiado acelerados, o bien, demasiado lentos. Del mismo modo pudiera llegar a acontecer con toda la historia del hombre, si acaso fuera posible revivirla, proyectándola en una pantalla. Aquellos grandes hechos y batallas, en las que generaciones se jugaron, esos actos fundamentales de los tiempos, como la Crucifixión, o las conquistas de Alejandro, podrían también parecer demasiado aceleradas, o lentas, cuando hasta los hechos de la guerra reciente van haciéndose anticuados. Es el destino de las acciones externas; porque sólo en la vida interior todo es invariable, como los números.

La emoción y el sentimiento conservan el corazón prendido a lo que ya no existe. En el recuerdo, la ilusión forja sus fantasmas y nos mantiene adheridos a algo de lo que tal vez debiéramos liberarnos. Cuando algunas vez he vuelto a abrir viejos libros, para releer sus páginas, que en la infancia me transportaron a un mundo encantado, he descubierto que no poseen el mismo poder de fascinación. Y ahora, al sumergirme en los recuerdos de los primeros años de mi generación y de mi vida literaria, lo hago con idéntico temor de que todo aquello sea también fantasmagoría. Y Barreto, el héroe, y todos los otros que le acompañaban, acaso aparezcan sobre la pantalla recargados, excesivos, como actores de teatro griego, con máscaras y coturnos.

Pero no lo creo, porque la noche y la sangre son siempre hondas; venciendo al tiempo, hincan sus raíces y hacen crecer un árbol misterioso, que extiende su follaje sobre la historia: es el Mito y la Leyenda, que se prolongan en el sucederse de las generaciones.

Hace aproximadamente trece años que acontecieron los hechos que relato aquí.[1] Entonces éramos muy jóvenes y estábamos recién iniciando nuestra existencia literaria. Nos reuníamos un

[1] Más de cuarenta años ahora.

grupo de amigos, llevados por iguales inquietudes, y hacíamos una vida nocturna de bares y bodegones, que creíamos una bohemia única. La mayoría de aquellos seres viven todavía. Posiblemente recuerdan esos tiempos y los conservan, mientras arrastran su vida, pasando por sobre los cadáveres de sus mejores sueños, adherido el corazón, tal vez sin saberlo ya, a una vieja noche en que hubo un héroe.

La memoria nos juega pasadas. Si me refiero con insistencia a Héctor Barreto, es porque este amigo tuvo tanta importancia para nuestra vida y es un símbolo de mi generación. Muy pocos le conocieron. Y si algunos que no fueron sus amigos hablan de él, se debe a que su mito hundió raíces en nuestra existencia. Sin embargo, no recuerdo cómo ni cuándo conocí a este amigo. Y no pudiendo recordarlo, es como si lo hubiera conocido siempre.

Nuestra ciudad posee algunas calles extrañas, que extienden sobre ella una especie de halo singular.

Hace cerca de trece años, una noche, caminaba despacio por una de esas calles. Iba en busca de mis amigos en un restaurante de los barrios nocturnos. Llegué a San Diego, iluminada y viva a esa hora, con anuncios de cafetines, de bares y de salas de billar. Abrí la puerta de la cafetería "La Miss Universo". Allí estaban mis amigos.

Permanecían sentados en torno a una mesa llena de botellas. Cuando llegué, no interrumpieron su charla. Julio Molina, el poeta, con actitud desafiante, mantenía su brazo en ángulo recto, con los dedos extendidos; afirmaba que así permanecía el sol en el espacio y que esa era la posición de Dios. Habló de sus poemas; "El Arquitecto Inmóvil" y "Treinta Galopes de Sal". Contó también de su muerte en un país del trópico, entre cocodrilos, mientras las arañas y las hormigas entraban en su boca. Santiago del Campo, el dramaturgo, escuchaba, luminoso y sonriente, gozador maravillado de la noche. Poseía el secreto del tránsito y la seguridad en sí mismo. Anuar Atías, el cuentista; Irizarri, el "Loco"; el "Tigre" Ahumada y otros más. Me senté junto a ellos y debí leer algunos cuentos que ya no recuerdo. Sería la medianoche cuando apareció Barreto, acompañado de dos amigos. Cruzó el espacio que lo separaba de nuestra mesa, con su aire particular, las manos sumidas en los bolsillos de su abrigo café, el rostro serio y el rictus amargo e irónico de la boca. Al llegar a nuestro lado se echó atrás el sombrero, pasó

de un salto por encima de unas sillas y se sentó. Los que lo acompañaban también se sentaron; aun cuando no eran escritores, venían a escucharle, pues le admiraban como a jefe capaz de dirigirles en sus correrías nocturnas. De inmediato el ambiente cambió, con algo de exótico, como si ese muchacho de ojos afiebrados aportase un séquito de presencias invisibles.

Y así era.

Muy lentamente nos miraba, sin cambiar el rictus de sus labios. Con gestos estudiados, cogía un vaso y bebía. No hablaba, escuchaba. Pero el silencio se había hecho. Y ahora éramos nosotros los que esperábamos... "Un día —dijo— de hace ya mucho tiempo, por una solitaria playa de Oriente, apareció una lucecita azul. Era el farol de un vendedor de peces y de panes, quien caminaba musitando un canto. Se detuvo de pronto, pues escuchó un sollozo junto al mar. Vio una sombra que lloraba de rodillas, con el rostro entre las manos. Le habló: '¿Por qué lloras, mujer?' La sombra no contestó. Se acercó más. Y la mujer retiró las manos. No tenía rostro. Lentamente pasó ahora las manos de abajo hacia arriba, por sobre ese hueco, y lo transformó en un huevo grande y blanco. El Hombre, horrorizado, huyó gritando un nombre. En la playa nocturna se perdió a lo lejos su lucecita azul."

Héctor seguía jugando con el vaso, dejaba que la espiral del humo de su cigarrillo subiera. Luego continuaba: La otra noche, estando en un antro de los suburbios, unos individuos de una mesa vecina le obligaron a una pendencia. Uno de ellos le insultó. Entonces él le respondió, diciéndole que era un insecto, una cucaracha verde, que podría reventar con dos dedos. Y Barreto hacía el gesto de apretar un gusano. El hombre le desafió a un duelo a muerte. Sería a cuchillo y en las sombras de la Plaza del Roto Chileno. Durante largo rato caminaron por las calles sin cambiar palabra, hasta llegar a la plaza solitaria. Aquí desenvainaron sus armas. Y sucedió lo siguiente: su contendor le pidió que le facilitara su daga para afilar la suya. Barreto se la entregó sin titubear. Entonces el otro le atacó con las dos. Gracias a su gran agilidad pudo escapar con vida de esa aventura.

Reíamos. Y él continuaba con cualquiera otra historia improvisada. Aquella noche insistió en los temas de combates con cuchillos. Habló de las hojas relucientes del acero a la luz de la luna. Dejando caer las palabras con lentitud, como saboreán-

dolas, contó cómo una vez los gitanos le lanzaron sus cuchillos mientras le perseguían. En su huida había alcanzado a cruzar una puerta, cerrándola justo para ver unos cincuenta puñales que se clavaban, trazando con una limpieza y un arte extraordinarios, su silueta sobre el madero.

Después narró dos historias más, que hoy recuerdo:

"Aquel verano fue muy caluroso y yo estaba sin dinero. Una tía me convidó a veranear en su casa, cerca del Parque Cousiño, donde, no sé por qué razón, pensé que el clima podía ser más fresco. En las tardes salía a caminar por el Parque. Un día descubrí allí un campamento de gitanos y me hice amigo de ellos. Empecé a tomar parte en sus juegos de rayuela, en los que invariablemente les ganaba. Esto me dio un gran prestigio a sus ojos y la amistad creció de día en día. Una tarde en que jugábamos en equipo y en que yo libraba una lucha con el Jefe de la tribu, sucedió un acontecimiento inesperado. Pasó un grupo de muchachas gitanas. Llevaban canastos afirmados en la cintura e iban a buscar moras. Sentí que unos ojos me penetraban el corazón. Los vi sedosos y húmedos. Por primera vez perdí una partida de rayuela. Mi prestigio disminuyó mucho ante los gitanos y la causa de mi derrota no pudo pasar inadvertida al Jefe. Volví todas las tardes, pero no ya a jugar a la rayuela, sino a encontrarme ocultamente con la hermosa gitana de los ojos de almendra. Caminábamos tomados de la mano en busca de moras, entre los árboles. Nuestro amor no fue bien mirado por la tribu y un día la muchacha me comunicó que el rey había decidido su matrimonio con un gitano. No nos vimos más hasta el día de la boda; fui invitado y debí asistir. Esa vez me emborraché. Tarde, volví a casa de mi tía. Fui al salón y descolgué una gran espada de un tatarabuelo. Me acerqué al balcón donde silenciosa brillaba la luna. Cogiendo la hoja de la espada empecé a doblar el acero flexible, hasta que, de pronto, me quedé dormido. Al otro día desperté muy de mañana y partí al campamento. Los hombres habían salido a sus correrías y negocios; en las carpas sólo se encontraban las mujeres. Abrí una y entré. Ahí, sobre cojines, estaba la gitana. Me aguardaba. Me desnudé y nos amamos a todo lo largo del día. Al llegar la tarde, las cortinas de la carpa se abrieron y el gitano apareció. Al verme con su mujer el furor le hizo temblar. Permanecí sereno; calmadamente me levanté y comencé a vestirme con gran cuidado. Nunca he podido hacerme el nudo de la corbata sin contemplarme en un es-

pejo. Cogí uno que había cerca, sobre una caja de plata y se lo pasé al gitano para que me lo sostuviera... Ustedes comprenderán que después de esto el gitano y yo hemos llegado a ser grandes amigos...''

Esa noche nos relató otro cuento con sabor clásico:

Vivía en el campo. En las mañanas montaba en una mula mansa y marchaba por la sierra, leyendo un libro de Quevedo. Una vez se encontró junto a una casa en la que habitaba una hermosa niña. Desde entonces, volvió allí. Descendía de su mula y caminaba con la muchacha, enseñándole las historias de sus libros y contemplando las flores de la sierra. Esa niña le amaba; pero un extraño terror la perseguía. Llegó el instante en que supo por qué temblaba cuando se alejaba con él por los senderos del monte. Fueron sorprendidos por la mujer que la guardaba en su casa. Era una bruja de sombrío aspecto. La niña le rogó que huyera y no volviera más. Y era tal su angustia y desesperación que así lo hizo. Al subir a la mula, su gorro rojo se enredó en una rama y se le cayó. Cuando llegó a su casa se sentía enfermo de un extraño mal. Se tendió en la cama, donde sus parientes le cuidaron solícitos. Vino el médico, movió la cabeza y no supo qué decir. Pasaron los días y seguía enfermo. Se le cayeron los dientes, luego se le desprendió el cabello. Su rostro comenzó a arrugarse y a cambiar. Sentado en su sillón y envuelto en chales estaba muriendo. Afuera estalló la tempestad. Sus familiares habían ido en busca del cura y de los últimos sacramentos. En ese instante se abrió la puerta del cuarto y entró la niña de la sierra. Sin decir una palabra, le devolvió el gorro rojo... Esa misma noche mejoró y pudo regresar de su aventura en las montañas, a horcajadas en su mula mansa y leyendo un libro de Quevedo...

A medida que él narraba, íbamos viviendo en esos mundos extraídos de sus sueños. Creaba el clima, la atmósfera. Sus manos se movían, su rostro era el de un actor, sus ojos penetraban la niebla del tabaco y sonreía satisfecho cuando la emoción, o la gracia sutil, nos alejaban del contorno y de la noche. Era la magia de la palabra y el aura de la leyenda que extraía de su vida interior. Vivía en un mundo que ordenaba a su modo. Era el oficiante de una historia propia. Con sus dedos finos, tejía; su rostro delgado y pálido, evocaba. A veces escuchaba. Pero yo seguiré recordando ahora lo que él nos contó: En la antigua China vivía un muchacho que estudiaba violín. Todas las tardes

cruzaba un bosque para ir donde su profesor. Siempre hacía el mismo camino; sin embargo, una vez se desvió, un poco a la derecha, o la izquierda, y he aquí que se encontró frente a un palacio, del que salió una niña que le invitó a jugar. Eran tan lindos la niña y el palacio que el muchachito se olvidó de su clase de violín. Hasta la caída de la noche estuvo jugando. Cuando volvió a su casa, encontró a su profesor; alarmado le había ido a buscar. Su padre tenía el ceño adusto: ¿Dónde estuvo el hijo, que no fue a su clase de violín? Pero el niño contó del hermoso palacio y de la joven. El padre y el profesor se miraron. En ese bosque no existía ningún palacio. El niño insistió. Ambos decidieron acompañarle para que se los enseñara. Al otro día el niño les guió por el bosque. Recorriendo los senderos creyó llegar al sitio donde había encontrado el palacio y la niña. Nada había ahora. Sólo la yerba crecía seca y amarilla. El niño inclinó la cabeza entristecido. Y descubrió entonces la piedra de una tumba con una inscripción: '*Aquí yace la princesa Shui-Fu, que tuvo los ojos como almendras, en el antiguo País Austral de las Flores...*

Barreto vivía en un mundo especial que defendía en contra de la realidad cotidiana. Sumido en sus sueños, sabía encontrar los más extraños libros y lugares. Anuar Atías confiesa que caminar con él por las calles de noche era siempre un viaje hacia lo desconocido. Narrando y conversando, dejaba que sus pasos le llevaran a calles donde descubría puertas tras las cuales se celebraban misas negras y aquelarres. Si la realidad no le respondía, transformándose, entonces se sentaba en un café y se transportaba hacia el pasado. Santiago del Campo cuenta de estas noches. En aquellos tiempos, Del Campo vivía en una buhardilla que le cedían en el Instituto Nacional, a la que sólo podía entrar a una determinada hora. Si por cualquier motivo se retrasaba en su llegada, tenía que esperar hasta el próximo día. Entonces Barreto le acompañaba a trasnochar, contando historias hasta que amanecía: "Fue así como una vez —dice Del Campo— Héctor estaba sentado frente a mí, pálido y serio. Empezó a hablar de la muerte. Me explicó cómo había muerto Julio César, el conquistador, quien al entrar en una ciudad se hacía presidir por un mensajero que la recorría gritando: '¡Hombres, guardad vuestras mujeres, madres, esconded vuestras hijas, que ahí viene el calvo adúltero!' Cuando Bruto le clavó el puñal, su única preocupación fue extender los pliegues de su capa para que no que-

dara arrugada sobre el suelo. Luego Barreto pidió una taza de café y mantuvo silencio. Con gestos estudiados, sacó de un bolsillo una cajita pequeña y labrada. La abrió y volcó su contenido en la taza. Yo no veía bien, cuenta Del Campo. Barreto permanecía silencioso. Se llevó la taza a los labios y la fue bebiendo sin prisa. Después, con ojos brillantes, me dijo: '¿Viste?' 'Sí —contesté—. ¿Qué era?' 'Veneno' —me explicó—. 'Una fórmula que descubrí anoche en un viejo libro; la usaban los Borgias... Quiero saber cómo mueren los Orsini...''

También conocí esta cajita labrada de Barreto. Una vez me la mostró. Contenía un poco de opio. No sé si lo usaba, o sólo lo llevaba consigo como un motivo para sus historias.

"Otra vez —recuerda Del Campo— me aseguró que su rostro cambiaría. Sentado y con un reloj en la mano me tuvo esperando la medianoche. A esa hora iba a suceder su transfiguración. Era tal la fuerza de su fe que yo esperaba anhelante. Cuando dieron las doce, levantó su rostro, me miró con fijeza y me preguntó: '¿Me reconoces ahora?' "

Así era. Habría deseado llevar una máscara que pudiera cambiar a voluntad. A menudo hablaba de ello. Escribió un cuento sobre este tema, que llamó "La Ciudad Enferma"; todos los personajes andaban con máscaras, en una ciudad que se acercaba a su final, atacada de un oscuro mal del alma.

Pero más allá de las máscaras con que se cubría, se adivinaba el muchacho en lucha con el medio. A medida que iba siendo vencido, sus ojos se hacían más profundos. Al mismo tiempo se aislaba en el sueño. A cualquier hora permanecía tendido en su lecho. Si alguien llegaba a visitarle, escuchaba un momento. Si lo que oía no era interesante volvía a sumirse en sus mundos imaginarios, en sus sueños, a los que llamaba "viajes sin dinero".

¿Qué significó su drama? Algo común a los nuestros. Lo que él decía, lo poco que escribió, son retazos dispersos de una vida que apenas comenzaba. Habiendo colocado muy alto sus aspiraciones, no dispuso de la fuerza ni de los tiempos favorables para poder realizarlas. Fue un símbolo de nuestra generación, alguien que siendo un muchacho gastó todas sus energías y no pudo seguir viviendo. Sus cuentos, las líneas que dejó escritas, no lograron expresar el impulso que las generaron; son sólo el intento de una aspiración clásica. Sin embargo, para aquellos que le vimos actuar y que fuimos su público, circulando ahora por los derruidos escenarios, al releer sus historias vemos resur-

gir su imagen y todo adquiere la dimensión de antaño. Ahí está "Jasón", el argonauta: Lamella era Dodona y, en las arenas de Dodona, crecieron las viejas encinas patriarcales. Jasón huyó de su familia. Consiguió un buque y lo guió por sueños y premoniciones. Su padre le siguió. Tras años de buscarle, llegó a una isla donde un velero vacío había encallado. En el palo del mástil, como un emblema de los sueños, para él incomprensibles, divisó la piel dorada de un carnero; era el Vellocino, que el hijo supo encontrar, lejos del padre y de las antiguas encinas de Dodona.

Así vivió y murió, sin poder desprenderse de la red del sueño que con su propia imaginación tejiera. Le veo aún, con sus ojos negros y brillantes, cruzados por una luz repentina. Al final, su alma tendía como una nota hacia un punto lejano. No quiso volver a hablar como un encantador. Se hizo torpe en su expresión. "No sé —me dijo una vez—, no puedo hablar. Creo que Dios existe. Lo siento, lo palpo; pero no estoy preparado para referirme a El".

Hace cerca de trece años (cuarenta ahora) yo estuve con mis amigos, sentado a la mesa de un bar, oyendo a Barreto contar historias.

La noche llegó a su fin y nos levantamos para partir, rumbo a nuestras casas. Empecé a recorrer de regreso las mismas calles y apresuré el paso para llegar antes de que amaneciera. Entonces me encontré en un lugar extraño, en un arrabal de sueño. Viejos faroles proyectaban lucecillas mortecinas. En los muros había ventanas desiguales. El suelo estaba empedrado y la calle terminaba en punta. Las puertas y las ventanas permanecían cerradas. Mis pasos comenzaron a resonar. Sin querer, caminé en puntillas. Una ventana se abrió y una voz dijo: "Llueve". La ventana se cerró nuevamente. Pero no llovía y sólo la luz se posaba sobre las aceras. Me acerqué a la puerta de la casa y golpeé. La puerta se entreabrió y una mujer miró afuera con inquietud. Del fondo del cuarto, otra mujer de edad madura avanzó cojeando. Sobre las piernas traía unas extrañas polainas de papel. Cogió del brazo a la joven. Mientras cerraba la puerta, me contempló con una sonrisa vaga.

SE DESNUDA EL HEROE

Es otra noche. Estamos los dos sentados junto a la mesa de un bar. Apenas si levanta su rostro.

"No sé —dice—, ya no puedo hablar... He vivido en mis sueños... Me parece como que hubiera traspasado un límite y alguna grave admonición me estuviese golpeando. La materia me duele. Hay cosas que no se pueden explicar. Aquello que se siente como una evidencia, ¿qué ganas tú con tratar de explicarlo? La verdad no está afuera, no es comunicable. Mi palabra se ha hecho torpe; porque Dios está dentro."

Entonces, de una mesa cercana se aproximó un hombrecillo moreno e intervino en nuestra conversación; porque nos había escuchado hablar de Dios.

—No creo en Dios —dijo—. Sólo existe el sexo hondo y oscuro, en el que uno reposa. Es ahí, en la sangre ardiente, en lo femenino eterno, donde está eso que usted llama Dios.

Cerraron el bar a esa hora y tuvimos que irnos. Silenciosos, marchamos por las calles hasta llegar junto a mi casa, donde Barreto me acompañó. Al despedirnos y cuando ya nos habíamos alejado un trecho, nos dimos cuenta de que nos había sobrado el dinero que no alcanzamos a gastar. Entonces Barreto cogió un puñado de monedas y algunos billetes y los lanzó al aire. Busqué en mis bolsillos e hice otro tanto. El ruido de las monedas tintineaban sobre el pavimento y los rieles de la calle.

Con un gesto de la mano se despidió. Se subió el cuello del abrigo y se perdió en la noche.

HASTA LA HORA SOBERBIA DE LOS ESQUELETOS

De este modo vivíamos por esos años. Existían otros mundos, evidentemente; pero nos dejaban fríos, al carecer de esa tónica en la que nos comunicábamos. Los representantes más destacados de la generación anterior, poetas como Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Pablo de Rokha, no penetraban espiritualmente el misterio de nuestra tierra. No había en ellos unidad en la obra y en la vida. Nos era imposible entenderlos. Un lago

ancho e infranqueable se extendía entre nuestra generación y la suya. De nada servía que aparentemente estuvieran cruzándolo, tratando de alcanzar hasta nosotros, fingiendo posturas nuevas con las que creían poder convencernos o interpretarnos.

De nada servía tampoco que muchos de los nuestros se hicieran sus seguidores. Eramos distintos. Nuestros esfuerzos estaban apuntando hacia otro lado.

Recuerdo una reunión en casa del poeta Vicente Huidobro. Era tío mío. Unidos por lazos de familia, nunca llegó a ejercer en mí esa influencia que su personalidad lograba sobre otros. Sus gestos y reacciones me eran familiares de modo que podía discernir cuando no eran auténticos. Por esto su autoridad nunca me llegó desde el Olimpo poético donde él se instalaba. Su casa fue por años un centro de desvinculación; se reunía allí un grupo de sus seguidores, para adorar a Francia y todo aquello que viniera de Europa. Algunos de los nuestros se olvidaron del drama de esta generación, llevados por esa especial condición del chileno que puede imitar lo de fuera, llegando a creerse un miembro de cualquier otra comunidad. El chileno capta que aquí hay drama y angustia, careciendo de los medios para escapar a la disolución. Los puntales espirituales y morales aún no han aparecido; por ello tiende hacia las lejanas y externas formas de la cultura y de la sublimación, como buscando una salida que le permita evadirse del caos. La tierra se lo traga todo. Huyendo de sí mismo, piensa, quizá llegue a salvarse. Y Vicente Huidobro —en quien se cumplió a fondo el drama de esta huida—, predicaba contra la "vorágine del nuevo mundo", haciendo la apología del arte claro y cerebral y de la "inteligencia diáfana del francés". Se le seguía por eso, porque no existiendo aún formas propias y tendiendo ya nuestra generación hacia la superación, pero careciendo de los medios espirituales para levantar su tierra, buscaba en mundos ajenos.

Rodeado de cuadros de Picasso y de Miró y de las esculturas de Lipchitz y de Hans Harp, Vicente Huidobro se paseaba entre la salita y el comedor. El ambiente era pintoresco. Allí estaban Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Eduardo Molina, Teófilo Cid, Juan Tejeda y otros más de nuestra generación; todos poetas o escritores marcados por el sino agotador. Una hermosa mujer rubia asistía, silenciosa y hermética. Vicente distribuía los vasos de su vino "Santa Rita" con avara e interesada sabiduría. Bebía poco; pero se emborrachaba con palabras, con escucharse a

sí mismo. En seguida presentaba su "sopa oceánica", un plato cocinado e inventado por él, en donde entraban todos los mariscos conocidos y por conocer. Era curioso este señor. Poseyendo las características de los antiguos feudales de nuestros campos, donde las casonas tradicionales perduraban con sus sombras y su herencia, había intentado huir, en lo más externo, de su tierra y de sí mismo, para poder salvarse de un medio chato y de sus prejuicios. Hablaba de él mismo todo el tiempo, y se comparaba con Shakespeare y con el Cid, de quien decía descender. Recitaba sus propios poemas, y ya estaba levantando su estatua en plena Alameda de las Delicias, junto con otra más en Les Champs Elysées. Era su máxima evasión; así aturdía su propia angustia. De él salvo lo que no se vio, lo que no dijo y esa aspiración a lo grande, a lo heroico que tuvo y que, al no lograrlo, a menudo lo inventaba en su vida. Su soledad y su orgullo de viejo ancestro, de ángel rebelde, le cortaban las posibilidades de comunicación con los demás.

Esta vez yo había llevado a mis amigos a casa de Huidobro; también a Barreto. Se habló bastante aquella noche. Sólo Barreto permaneció callado y taciturno. Observaba. Unicamente cuando Huidobro mostró su libro "Gill de Raix" manifestó interés y consultó detalles de la vida del personaje, quien le impresionaba por su condición de mago o hechicero. La velada se desarrolló así muy distinta a las acostumbradas en nuestros cafés.

Al dejar la casa, regresamos en un grupo, caminando por la vieja Alameda. Diferentes representantes de nuestra misma generación, que hasta entonces no se conocían, habían llegado a encontrarse aquella vez. En casa de Huidobro tomaron contacto por un momento con Héctor Barreto. No volverían a verle.

También esa noche se alejó solo y se despidió irónico, con un verso de Pablo de Rhoka:

—"Amigos enloquecidos, ¡adiós! Hasta la hora soberbia de los esqueletos."

LOS DE ALLA

Iván Romero era un amigo que nos facilitaba su casa para nuestras reuniones. Del sur le enviaban de regalo unas grandes "damajuanas" de vino blanco. La casa era amplia, con patios

empedrados, con hortensias y naranjos. Al fondo quedaba el comedor con espejos dorados y una mesa larga.

Llegué cuando todos se encontraban sentados a la mesa y el vino blanco había hecho estragos. Robinson Gaete pronunciaba un discurso, subido a medias sobre una silla, mientras los demás le escuchaban serios y silenciosos.

"El amor —decía— es el que hace que crezcan estos espejos, imitando el dorado del crepúsculo. Sin amor nada puede existir. Aquel que vive sin amor, es como quien se mete dentro de un cero y corre las cortinas... Hace muchos años, una vez, junto al Eufrates, el Demonio descendió a la tierra, se subió a un estrado y habló así a los hombres: '¡Hombres —les dijo—, dadme un poco de vino blanco...!' Nuestra tierra es como el Eufrates, y es también como el demonio. Nuestra patria es como un cero sin pestañas, es decir, como un ojo fijo que nos mira abierto y sin parpadear, abierto y muerto, como el ojo de Dios miró a Caín. Estamos metidos adentro de este ojo y no nos atrevemos a cerrar las cortinas, por miedo de que la montaña se nos caiga... Sólo el amor nos puede salvar. El amor, o el vino blanco. El vino que corre como un río por entre las peñas y la selva, desembocando en nuestra alma, que corre como el río del Diablo... Nuestra tierra es un río, la patria tiene la forma angosta y delgada de un río; la patria es el río del Diablo, que nos mira con su pupila seca y muerta, porque aún no desemboca en el amor..."

También me senté y leí un cuento que acababa de escribir. Se llamaba "Algo" y describía la tierra, intuida en sueños. Ahí llegaba un hombre en busca de la sublimación. Los habitantes bebían y bailaban, ebrios. El hombre les predicaba una salvación. Se reían. La rudeza de estos seres sólo entiende a los que se visten con igual desaliño. Luchaba y vencía al más valiente. Ahora los habitantes de la patria mística estaban dispuestos a escucharle y a seguirle. Pero él dudaba de su mensaje y no distinguía ya el camino. El furor de los hombres defraudados estallaba. La sombra, la muerte. Y el olor del espino sobre los campos...

Mi cuento les impresionó. Santiago del Campo saltó sobre uno de los asistentes y empezó a luchar; cayeron al suelo y giraron. Mientras tanto, Iván Romero había pasado al salón y estaba pedaleando en el autopiano la "Apassionata", de Beetho-

ven. Fue en ese momento cuando Barreto se acercó y llevándome junto a una puerta de vidrio me dijo: "Esta es la vida y ésta la muerte". Sobre el vidrio había dibujado unos signos con el dedo, que no alcancé a ver porque no quedaron grabados ahí. El vidrio es una substancia que no guarda las señales del hombre; escribir en el vidrio es como hacerlo en el aire. Entonces, Julio Molina, que estaba cerca y también había observado atento, se aproximó y de una bofetada rompió el vidrio y el aire. Su sangre de poeta salpicó la lunas de los espejos.

Por aquellos tiempos, Barreto dio los últimos pasos de su vida. Sin avisarle a nadie, entró en un partido político. Tan grande fue el desconcierto que nos produjo a todos esta actitud, que Anuar Atías le decía en una carta que le enviaba desde una ciudad vecina: "No entiendo tu gesto. ¿Qué se hizo de Jasón? El arte debe vivir al margen de la política, de la acción profana". Barreto le respondió diciéndole que él no había traicionado al arte, que Jasón seguía siendo el mismo, guardado adentro y que, por lo demás, "se hacía socialista porque le daba lástima ver a los niños pobres con los pies desnudos bajo la lluvia".

Después de su muerte, todos, por encontrados caminos, siguieron sus huellas en la lucha social. El mismo Atías aún hoy continúa prisionero de esta lucha. Sin embargo, fue un error. Y en sus últimos días Barreto lo reconocía así. La política y la lucha social es para otra gente menos evolucionada y con distinta contextura. Nada se consigue con querer intervenir ahí, ni a nadie se le hace un bien traicionándose a sí mismo. Lo digo por experiencia; muchos años he perdido, enredándome la vida de esta forma. Mas, lo que creíamos en Barreto decisión consciente, tal vez no era nada más que designio fatal. Valiéndose de esta nueva situación conseguiría rematar su vida, robada ya por sus fantasmas.

Por última vez vino a mi casa, el día anterior a su muerte. Yo permanecía en cama, resfriado. Estuvo ahí un momento. Se sentó en una silla junto al lecho. Tenía el rostro ceniciento y estaba muy delgado. Con una sonrisa entre irónica y amarga habló de su inadaptación. Eran los tiempos de la guerra de España y su partido había tomado posiciones. Ya no le interesaba todo eso. Recuerdo lo que me dijo: "No me entiendo con nadie. De la guerra me interesan los gestos heroicos por ambos lados. Con los políticos no tengo nada en común. El otro día me publicaron un cuento social en la revista 'Rumbos', del par-

tido. Deseaba que me lo ilustrara un dibujante amigo mío, pero ellos tenían otro, un socialista. Les expuse como argumento para que aceptaran a mi amigo, que él era capaz de trazar un círculo perfecto con los ojos cerrados, cosa que sólo un artista como Leonardo habría podido realizar. Se rieron de mí y me dijeron que me dejara de puerilidades. Esto me hace ver lo paradójico del asunto. Mientras mis 'cuentos sociales', que no me interesan para nada, que escribo casi por obligación, obtienen un gran éxito, los otros, los que son verdaderamente míos, se consideran ingenuos, infantiles. En mi hogar voy siendo también cada vez más un extraño. Si me piden un consejo práctico, no puedo evitar el contestar algo divertido, que me entretenga. O bien, les digo que hay que consultar el horóscopo... Mira, he decidido cambiar; porque así no puedo seguir. Trabajo toda la noche corrigiendo prueba en la Editorial Ercilla y duermo en el día. Hace tiempo que no veo el sol. Intentaré mudar de ocupación; sobre todo, de actitud mental. Mas, escucha bien, yo lo he vivido todo, absolutamente todo, en sueños, en la mente. Y eso es una experiencia que deja huellas".

Cierto que las dejaba. Esa vez Héctor Barreto no era más el mismo. De vez en cuando sus ojos se entrecerraban en un gesto como de fatiga. Su rostro estaba pálido, la boca se entreabría, dejando ver sus dientes y dando esa sensación de vacío por dentro que producen los muertos. Era curioso lo que yo sentía entonces: "Barreto, en ciertos instantes, se queda como un muerto".

Al otro día, de mañana, estaba pensando, sin tener plena conciencia de ello: "Si Barreto muriera, no diría nada en su tumba, ni una palabra podría decir..."

Se abrió la puerta de mi pieza y alguien entró para comunicarme que Barreto había sido asesinado.

Sucedió de la siguiente manera. El sábado en la noche Barreto buscó a sus amigos y no les encontró. Por un motivo o por otro, no estaban en sus casas. Yo estaba enfermo en cama. Entonces Barreto fue a un cine. De ahí salió tarde y caminó hacia la Avenida Matta y el Café Volga, donde se reunían los socialistas. Tal vez los escuchó, deseando poder adaptarse a su "dialéctica" y a su "mundo real". Sería la medianoche cuando se abrió la puerta y aparecieron dos nacistas uniformados. Eran los tiempos de las luchas callejeras entre nacistas, socialistas y comunistas. Hubo discusión esa noche. Y Barreto intervino a la manera de siempre. Dijo que era absurdo creer que un hombre

rubio podía dominar el mundo, que todos los grandes conquistadores habían sido morenos, que era un mito el de la raza rubia conquistadora. Luego, desafió a los nacitas a correr y a saltar. Estos le miraban extrañados. Tal vez pensaban que ese muchacho estaba ebrio. Llegaron en ese momento carabineros y la discusión en la cafetería no siguió más adelante. Los grupos se dispersaron. Barreto, con algunos más, entró por la calle Serrano, cuando un nuevo grupo de nacistas aparecía en la esquina. Se cambiaron gritos e insultos, y los nacistas comenzaron a disparar. Los socialistas huyeron. Barreto permaneció de pie, retirándose el anillo de su dedo, lo levantó en el aire, exclamando: "¡Por aquí, pasen las balas por aquí!" En seguida, a pesar de las voces de sus compañeros que le pedían volver, siguió avanzando hacia la esquina para tomar el camino de su casa. Uno de los socialistas había caído herido en un pie. Los nacistas se habían retirado más allá de esa calle. Barreto llegó nuevamente a la Avenida Matta, al lugar donde aún se encuentra la Escuela Olea. Tenía tal fe en sí mismo que nunca pensó que pudiera sucederle nada; ello en la superficie de su conciencia, pues yo creo que en el fondo lo sabía y todo lo buscaba. Con las manos en los bolsillos de su abrigo, con el sombrero echado atrás y el rictus sardónico de sus labios, cayó. La bala le penetró en el estómago. Y ahí, en el suelo, un pie golpeó su sien, hundiéndole el temporal y rompiendo esa cabeza, que albergó tanto drama y tanto sueño. Su sangre mojó el pavimento. Y habrían seguido golpeándole y pateándole, si de alguna parte no hubiera surgido un soldado que le defendió con una espada. Al ser trasladado al hospital, Barreto abrió por última vez sus ojos y dijo: "¿Quién ríe ahora, los de *aquí*, o los de *allá*?"

No fue asesinato. Fue un destino o una salvación. *Los de allá* se lo llevaron. Cualquier medio externo era bueno, sobre todo ese que cumplía con la ley, al verter su sangre, pues es en la sangre donde se alimentan los fantasmas de la leyenda. Y quiso el destino que fueran esos otros muchachos, que en Chile habían hecho un culto de lo heroico, los que cumplieran el sacrificio. Los mismos que más tarde serían masacrados en una torre de cemento negro.

. . . . . .

La noche se extiende, golpean sus olas sobre la soledad del corazón. El héroe está solo en su sarcófago, rodeado de bande-

ras y de uniformes grises, color del pavimento en que cayó. ¿Qué saben de él aquellos que le velan montando guardia? Nada, salvo que escribió un "cuento social" llamado "La Noche de Juan". Eso es todo. Pero también están ahí sus amigos. Mantienen las cabezas bajas y están desconcertados. Cierran el ataúd y lo levantan. Queremos coger por lo menos un extremo de ese ataúd, ayudarlo a llevar; pero el partido se opone; porque ese cadáver ya es suyo; es una bandera en la lucha social. Me quedo atrás y le veo partir. No puedo evitarlo, caen mis lágrimas y lloro con el llanto del verdadero camarada y del hermano.

Después, todo sucedió entre nieblas. El cortejo pasa por el centro de la ciudad; miles de personas y la mano de una mujer que aprieta la mía, que la oprime con fuerza y emoción, como para que perdure en el recuerdo. En el cementerio, culmina el drama. Sobre una plataforma habla el líder socialista, Marmaduque Grove. Dice que este muchacho era uno de ellos, que desde muy joven fue militante socialista y que murió levantando el puño cerrado y gritando: "¡No pasarán!" Y en la tumba, donde la mascarilla del héroe mira ahora con sus ojos de piedra, se ha escrito una frase suya: "El color de la sangre no se olvida, no es posible olvidarlo; es tan rojo, tan intensamente rojo".

La muerte de Barreto fue un símbolo para un sector de mi generación, quemó una etapa para siempre. Los que vivíamos retraídos fuimos proyectados a la acción y al mundo externo. Nos tomó la vida, con sus luchas y pasiones.

EL PASAJERO DEL SUEÑO

Barreto escribió un cuento que fue su biografía: "El Pasajero del Sueño". Trata de un muchacho que vive en sueños. El personaje del cuento se llama Aliro. Tendido en su lecho, ya no distingue la realidad. De tarde en tarde abre los ojos sólo para ver a su madre que se acerca en medio de una nube gris, trayendo una jofaina con alimentos. Le dice: "Come, Aliro, porque si no morirás". Pero Aliro cierra los ojos y se vuelve a transportar a su mundo interior. Allá lejos, él vive. Es en un fastuoso palacio, donde es rey. Rey y señor en su palacio de Melimpa, Emperador sobre setenta ciudades. Melimpa mira a un

mar amable que suspende albas cenizas. Pero hay ocasiones en que Melimpa no mira al mar, sino a una infinita llanura. Es un inmenso jardín en que el paisaje vive de una vegetación imposible y la luz de un astro alegre escribe su dulzura sobre el color de las flores rituales. Y ahí está Donia, la bella, esperando entre sedas halagüeñas. Donia, la robó a un soberano de un país lunar. Ella sabe acariciar como las flores, porque hay flores que tienen presencia femenina. Se escucha un ruido sordo, como de trueno que se arrastra. Comprende, son guerreros. Los feroces rangunes de las tribus negras, han descendido de sus montañas y avanzan sobre Melimpa. Abandona a Donia y coge sus armas. Melimpa ya no mira al mar, ni es una inmensa llanura. Abajo, su ejército espera, mientras a lo lejos el enemigo avanza. Se pone a su cabeza y en cruel combate los destruye. Hay miles de cadáveres sobre las candentes arenas. Persigue aún a los que huyen hacia el sur, sobre las dunas. Y a la hora del crepúsculo va caminando lento a causa del color enfermizo de la luz, que a esa hora crece. De pronto, empiezan a aparecer volando unos inmensos pájaros que al pasar casi rozan las cabezas de los soldados. Siente cierto cansancio. Una de las aves va directamente hacia él con vuelo lento. Ya cerca ve en sus ojos una mirada conocida y que le parece haber visto en sueños... El pájaro le toca el rostro con una de sus alas y siente un desvanecimiento...

Aliro abre los ojos y ve el cuarto y los cansados objetos familiares. Mucha penumbra. Hastío. ¿Cómo soportar el humillante regreso? Aquí, en la terca realidad, él se siente mísero al despertar, torpe, él... El más audaz de los honderos, el más sabio de los cazadores. En el velador, la lámpara de acetileno ilumina una escena estúpida. El rostro de su madre que se inclina sobre él y le observa —le parece muy vieja—; sus hermanos pequeños le contemplan con curiosidad. El olor que despide la comida se le ha hecho insufrible. La mano de su madre se ha posado en su frente, cierra sus ojos para huir. Comienza entonces a vivir una espiral gigante en el paisaje interior. Conoce que está justamente en el umbral, por los síntomas. En ese punto —escribe Barreto— se tienen dos imágenes, ambas igualmente fuertes y ciertas al tacto: "Aquí lo que ya abandona, lo que va a olvidar; allá lo que ha surgido, y con igual fuerza de vida y color. Se está entonces en el centro de esas dos verdades y ese centro es el más puro vacío: insituable. Permanece perdido, incapaz de arriesgar un solo gesto, como un fiel inmóvil en el punto

extraordinario. Pero todo consiste en amar más una de las dos imágenes. Y Aliro se decide por el sendero nuevo y reciente".

"¡Ah, entonces, ah, las bellas vendimiadoras! Ellas son las que trajeron la alegría al bosque, vinieron con el sol. En un claro no lejano ríen y juegan, danzando sobre las uvas apretadas. Es ahora la estación de la embriaguez y ellas prepararon el sagrado néctar. Le darán una alegre bienvenida y allí vivirá el estío. Su túnica se ha coloreado con el polen de las flores. Los pies, las pantorrillas y hasta los muslos mórbidos de las vendimiadoras están empapados con el jugo de las uvas. Constituye un espectáculo soberbio verlas danzar locamente sobre los lagares color de amatista. Amatista, púrpura. Olor de vinos espesos. El amatista embriaga como el vino. El salta muy alto y está desnudo. Ya las mujeres no llevan faldas cortas ni él es como antes. Tiene unos pequeños cuernos disimulados entre los cabellos espesos y negros. ¡Sátiro! Aprieta con los pies los racimos y danza y rueda con la más bella de las mujeres. Las demás también se echan sobre él y lo acarician. Se confunde con ellas rodando y amándolas. Exprime sus senos como si fueran racimos maduros. Todo el cuerpo se ha teñido de amatista".

"Es la hora del ángelus. Permanece tendido en medio del lagar. Han huido. Está solo. Pararse y caminar. Buscar un arroyo donde contemplar su rostro. ¡Narciso! ¿Quién es él ya? ¿Cuál es su verdadero rostro? Al fondo del arroyo, en las profundidades del agua, se abre un camino. Al embarcarse por él, esas aguas ya no serán aguas. Sí. Y extiende los brazos hacia el paisaje. Experimenta una sensación de languidez suave y desciende. Pasajero celeste y vertiginoso. Avanza directo hacia una luna amarilla..."

Esta parte del cuento es extraordinaria. La experiencia que ahí se describe no puede ser un producto de la imaginación. Solamente quien ha cruzado un límite puede alcanzarla.

"La luna amarilla se acerca. Aliro llega hasta ella, subiendo, o descendiendo, por su propia espiral interior. Ya está ahí en ese mundo fantasmal. Y eran sórdidas y caústicas las sensaciones sobre aquel planeta enfermo. El paisaje vivía a trechos de una luz rojiza, anémica, y a trechos de una violeta de difuntos. Esa luz contaminaba el espíritu, enfermándolo. El suelo parecía calcinado. Y él no podía distinguir horizonte alguno a causa de que surgían continuamente ante los ojos formas, sombras y aspectos que era incapaz de evitar. A la vez descubre que ya no puede

huir de estos horrorosos territorios. Antes le habría bastado sólo desearlo, piensa, mientras va caminando lerdo y destruido sobre las piedras calizas y tibias. ¿Será una oscura penitencia? No descubre la falta. Una desesperación agotadora le coge al comprender que está a merced de tan amarga aventura. Le era imposible volver; no era ya el piloto hábil de otros tiempos."

"Tenía conciencia de su estado de sueño, pero ahora comenzaba a dudar, pues esto se prolongaba demasiado. Recordaba un cuarto en penumbra y un nombre que era el suyo: Aliro. Tenía el nombre entre sus manos y lo hallaba extraño: Aliro, un cuarto en alguna parte, cierto estado y algo más. Aquello parecía entonces el sueño y esto la realidad. Era tan fuerte el recuerdo que a veces abandonaba casi su actual escenario. ¿Por qué era tan fuerte? ¿Era tan vital el recuerdo como el imaginarse una cosa, o tan débil como el vivirla? ¿Qué era sueño entonces? Se le anudaba la garganta y una desesperación sin límites le abordó. El mismo tenía quizá la culpa. El, que hizo de su vida algo tan extraordinario, que quiso ir por caminos desconocidos e indeterminados; que deshumanizó sus ojos. Y allí, destruido, tuvo la sensación de haber violado algo sagrado, de haber descorrido un velo intocable, de haber pisado lugar prohibido..."

Preso en aquél sórdido mundo, imantado en ese planeta muerto. Aliro, es decir, Barreto, descubre una última esperanza: "Si el planeta tuviera un término bien conciso; si pudiera encontrarse al borde del astro, frente al caos, al espacio, él podría volver. Y sabía que este hecho estaba en él, como el planeta. Que todo estaba en su pensamiento, que bastaba poderlo pensar, para que sucediera. Pero le costaba, no podía. Y cerró los ojos para conseguirlo, cerró los ojos desesperadamente para luchar mejor... y consiguió la imagen. Allí estaba entonces al borde del planeta. Era una arista. Estaba frente al caos. Y extendió los brazos para saltar. Se sentía feliz de poder abandonar el doloroso episodio, feliz como un prisionero liberado. Y caía en medio de una espiral violeta, girando y descendiendo en una espiral violeta, azulada..."

"De nuevo Aliro se encuentra tendido en medio de la penumbra. Tenía la vista nublada y apenas si podía distinguir su lecho. Porque siempre estaba en medio de la espiral. Subía y bajaba por ella. Eran dos espirales cónicas, cuyas puntas se unían en su propio pecho, en lo interno de su pecho. Bajaba y subía, se sentía leve y etéreo, muy leve..."

"Cerca de él un cráneo desnudo que Aliro ve venir bamboleando entre la oscuridad hasta detenerse a pocos centímetros de su ojos. Una cuerda se eleva partiendo del lado izquierdo de su pecho. Distingue las facciones del que le observa... Una cuerda sube desde su corazón hasta perderse en medio de la penumbra. Y su pensamiento trepa por ella, huyendo del lugar. Visita una región roma, sin imagen ninguna, vuelve bruscamente y sin desearlo. Han retirado la cuerda de su pecho. Fue casi en el preciso instante en que volvía. Distingue el cráneo a dos pasos de él, en la sombra. Presiente otras personas en la pieza, pero no las ve. El cráneo se mueve de izquierda a derecha en gesto negativo. Se mueve lentamente, con movimiento isócrono, pronto adquiere mayor velocidad, toma color fosforescente, anda, como péndulo... Siente un deseo irresistible de cerrar los ojos. Caen los párpados. Un cosquilleo dulce le recorre. Después una pesadez que le va haciendo el cuerpo más y más insensible... más y más insensible, a medida que el pensamiento y sus sesos —entre humos doloridos— parecen subir lentamente. Se siente ajeno y asciende. Sube, lentamente, muy lentamente; *hasta llegar a contemplarse desde fuera de él mismo.*"

Así murió Aliro. Así también debe haber muerto Barreto.

Y escribe:

"Es tan difícil decir qué es lo que hay de más valor en la vida. Los modos de ser son muchos. Para Aliro no existió ninguno. Jamás logró interesarle una actitud real, y la verdad es que toda su vida fue un sueño ininterrumpido. ¿Quién sabe por qué eligió esta clase de vida? Pudo ser quizá cierta dejadez, cobardía, o un supremo modo de cansancio. La vigilia producía en él una honda depresión moral. Sólo podía soportar este estado que parcialmente podríamos llamar lúcido, mientras leía, porque las páginas de los libros florecen a veces imágenes extrañas muy dulces de navegar... ¿Pero es que puede desenvolverse así la vida de un hombre, entre el Sueño y el Ensueño?

Así vivió Aliro.

—Aliro duerme. No lo turben. Está enfermo el pobre.

Y pregunta Silvio, el más pequeñín de la familia: —Dulce enfermedad ha de ser esa del sueño, ¿verdad, madre?

—No hay enfermedad dulce, hijo mío —contesta ella—, y un mal espíritu está en el cuerpo de tu hermano.

Será un sueño pesado —piensa el niño entonces—, como esos que sufre él cuando despierta sobresaltado llamando a su madre, con las mejillas húmedas de llanto.

Y compadece infinitamente a su hermano.''

''MI SOLEDAD, FLOR DESESPERADA''

Cuando Barreto aún vivía, una vez, llegó a nuestra tertulia un poeta maldito. Se sentó frente a una botella de vino y, por un momento, fue feliz. Su perfil era agudo, su melena negra y peinada; juntaba mucho los párpados para poder ver. Pálido de muerte. No era de nuestra generación, pero tampoco era de ninguna. Estaba maldito y huía a través de la noche. Se llamaba Omar Cáceres. Le escuchamos, mientras afuera crujía la roca y el peso de la noche se mezclaba al hálito denso de la tierra... ''Mi soledad'', dijo, ''es una flor desesperada y mi corazón se defiende con todas sus banderas. Sólo ahí está lo que verdaderamente existe''. Nos leyó sus poemas, que después aparecerían en su único libro: ''Defensa del Idolo''. Uno de ellos se llamaba ''Azul deshabitado''; aún recuerdo algunos versos:

Comprendo que el sentido, el ruego con que toda soledad extraña nos sorprende, no es más que la evidencia que de la tristeza humana queda. / O también la luz de aquel que rompe su seguridad, su consecutiva atmósfera y retorna para saber que aún existe, que aún alienta y empobrece pasos en la tierra; / pero que está ahí, absorto, sin dirección, solitario como una montaña, diciendo la palabra ''Entonces''...

Tenía una manera extraña de recitar, de pronunciar las palabras, saboreándolas casi. Y el aura angustiosa que le rodeaba era tan impenetrable e irrespirable como los espacios gélidos del cosmos. Estaba envuelto en una atmósfera de muerte y de soledad total. Su drama podía adivinarse en sus poemas; porque había alcanzado ahí donde la vida ya no encuentra su oxígeno habitual y la presencia de otros universos arrebatan el alma, dificultándole la convivencia humana.

"Hay extremos en el Universo que se visitan", nos dijo, "y he estado presente en ese encuentro, siendo reducido a un átomo y perdiendo mis sentidos. Lo que ahora haga, las profundidades en que caiga, son sólo el resultado de todo eso. No me afectan. La hoja barrida por el temporal ya no pertenece al árbol. Estoy lejos. Aquí ya no tengo voluntad, ya no existo, compañeritos..." Así hablaba.

Vivo allá, en medio de esos ímpetus, solemne en ese afán, del viento, / de ese viento, que se retuerce en mi huerto y se ostenta adentro de mis árboles. / No mueve una hoja solo, ni besa cada flor; / simultánea, soberanamente se presenta a todas, las abraza, sin separarse de su yo, / en una sujeción recíproca, constante, de todas partes / hacia un punto inaccesible de morbidez ufana / ni requiere substancia: ese viento es la bandera estrecha de las almas / Ah, cómo evadirme, sin embargo, de ese atormentado suelo, cómo huir, / qué bríos, qué lanzas apagadas me clavan, me mantienen en pie / pudiendo descolgarme solo y escapar desnudo / hacia tempestades de alturas desoídas, incompletas / lavar mi espíritu, mojarlo, en la lengua sin refrán / de cascadas de sollozos que socavan las tinieblas, que trasudan, / queriendo encontrarlo todo, cruzar su sueño con esa hebra de luz mojada... / Coraza de tormentos, escombros victoriosos; / invasión de altura comprobándose en mármoles de espanto, pierna interrena. / En medio de ese alud pasado vivo, rodeado de fantasmas, de fantasmas para poder pensar, / de presencias que me agarran desesperadamente, / que se agotan, husmeando su losa viva, el pedestal de su absoluto y soberano ídolo / pero en quien todo fuego, toda aptitud terrena se ha perdido / destinado a lo indecible, víctima suma, como aquel que sabe la sombra de un muerto porque frecuenta el más duro suceso de sus oscuras y tardías potestades / desempeñando, ¡oh! sol parecido a todas las sombras, / tenaz, la fortuna sagrada de ese hálito trémulo. / Triunfante estoy en ese recóndito reposo...

Y después, en "La Iluminación del Yo":

"Chorreando sus bruñidas densidades, / alrededor de las tardes iguales, simultáneas / he aquí que el magro, difícil día se presenta. / Porque aquí estoy, monumento de luz / siempre hacia ti inclinado, extranjero de mí mismo, / presto a tu súbita irra-

diación de espadas. / Yo soy el que domina esa extensión gozosa / el que vela el sueño de los amigos / el que estuvo siempre pronto / el que dobla esa fatiga que adelgaza los espejos. / Ahora sorprendo mi rostro en el agua de esas profundas despedidas / en la mampara de esos últimos sollozos / porque estoy detrás de cada cosa, llorando lo que se llevaron de mí mismo. / Yo amo el calor de esta carne dolorosa que me ampara / la sombra sensual de esta tristeza desnuda, que robé a los ángeles. / El anillo de mi respiración, recién labrado... / Es todo cuanto queda, oh ansiedad...!''

A través de la sombra se fue. Los años le cubrieron con su manto de olvido, hasta que un día su cadáver fue hallado envuelto en harapos, en las márgenes del río que cruza nuestra ciudad. Aquellos que una noche del pasado le oyeron recitar sus poemas, fueron a dejarle a su tumba. Junto a la losa había una mujer. ¿Quién era? Acaso aquella amiga, ''que pasó como un hilo de lluvia sus pasos aturdidos, por los alambres que destiñen gota a gota el color de las montañas...?'' ¿La que el poeta no quiso escuchar, ''con su sonrisa hecha para cicatrizar las llagas de su asombro; porque su corazón se defendía con todas sus banderas'' y su ''soledad era una flor desesperada'' que él cultivó para poder alcanzar esa ''mórbida luz de todas las campanas'', ese ''magro y difícil día'', ese ''atormentado suelo'' y ese ''sol igual a todas las sombras''? O bien, tal vez fue ella quien ''le instruyó un día en el acento desnudo de sus brazos'', y le llevó a ''un punto desde donde se advertía ya la no soñada desventura de su postrer adiós''. Y todo naufragó para él, pues, ''cayó, dejó de existir, desamparado de sí mismo'', quedó entonces ''revestido de distancias, entre hombre a hombre, magro... porque el hombre ama su propia y oscura vida solamente...''.

Misterio fue su existencia; drama proyectado un poco más arriba de esta tierra y de las generaciones del pasado. Por eso le recuerdo. Y le veo ir subiendo por esas columnas, dentro de las cuales ''siempre hay un ángel de pie''. Esas columnas inconclusas, que están creciendo para sostener un nuevo cielo, en un mundo remoto y lejano.

LOS SESOS EN EL MURO

Hubo también otro poeta, que en la época más oscura fue fiel a sus fantasmas. Se desplazaba con lentitud, era alto y sonreía suavemente; su cuerpo reposaba con languidez. Se llamaba Jaime Rayo, y también escribió un solo libro de poemas. Al igual que otros, desapareció un día voluntariamente, quitándose la vida de un pistoletazo. La bala de plomo, penetrando por su sien, esparció sus sesos por los muros. No murió en el acto y quizá pudo aún contemplar sus propios sesos. Sobre el lecho se agitaba agónico y su cuerpo se convulsionaba. Su mano no sentía ya la del amigo que hasta él llegó para asistirlo. Y mientras moría en forma tan atroz, el que estaba a su lado daba conciencia al drama de sus últimos minutos, proyectando así en el tiempo la cadena de una generación desesperada.

"Un día final, quizá, desterrado de sus orillas, a pesar de la tierra cercana / otras órdenes guíen sus sigilosos pasos de suburbio y una paz ignorada reconozca en él sus mejores orígenes. / Por ahora, entregar una vida al celoso poder de los milagros que la esperan, es como se debe saldar esta sola cuenta misteriosa..."

LIRIOS BLANCOS PARA LAS TUMBAS DE LOS HEROES

Desde hace años, todos los 5 de setiembre se efectúa en el cementerio de nuestra ciudad un homenaje a los muchachos que fueron masacrados en la torre del Seguro Obrero. También eran de nuestra generación. Sus antiguos camaradas les recuerdan en esa fecha.

Hace algunos años fuimos con un amigo en esa fecha al cementerio. En la entrada nos dieron unos lirios blancos. Caminamos por los senderos apacibles. El sonido de nuestros pasos se perdía entre los mausoleos y los verdes prados. Los lirios parecían antorchas de llamas blancas. Ese día visitamos muchas tumbas. ¿Lo recuerdas, amigo Juan Dérpich? Fuimos donde tu camarada Jaime Rayo y ahí dejamos un lirio. Estaba muy arriba en un nicho solitario. Y depositamos también otro junto al

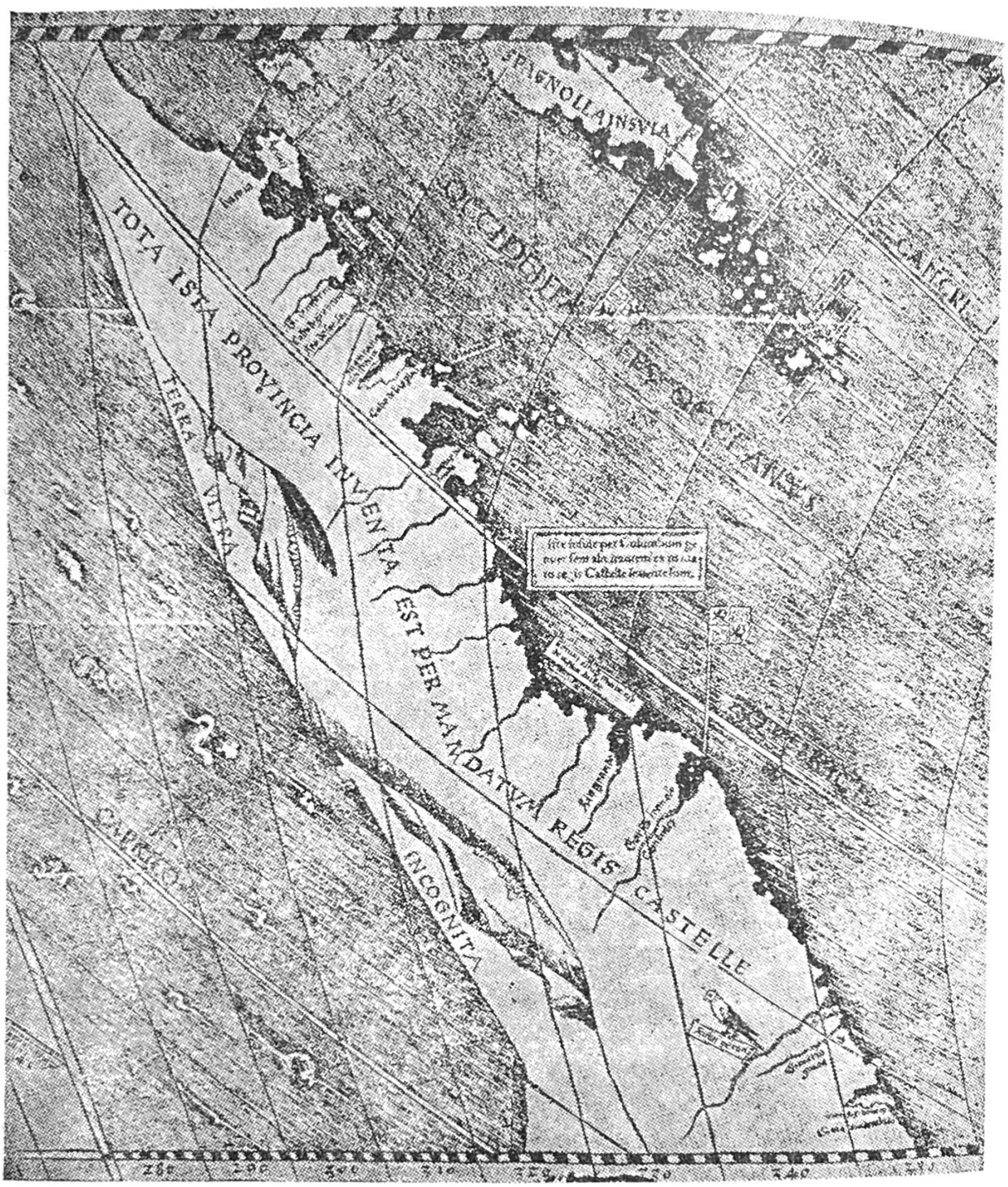
rostro de piedra de Barreto. Después llegamos hasta el campo abierto, donde están las tumbas pobres y donde reposan los muertos del 5 de setiembre de 1938. Ahí, frente al monolito recordatorio, había un bosque de banderas. De pie, cerca del monolito, estaba Jorge González, el mismo que traicionó los ideales de los muertos. Pertenecía a otra generación y estaba así separado de la nuestra por un golfo insalvable. Si por un momento subió muy alto, fue únicamente porque el fuego le encendió; pero luego le abandonó, dejándole como una horma vacía y fantasmal. Ahora levantaba el rostro con su frente angustiada y buscaba las palabras. Pero los muertos ya no estaban, la magia y el milagro habían sido negados. Ni sobre los grandes árboles, ni en el claro cielo flotaban las sombras de los héroes. Ellos se fueron para siempre.

Retornamos meditando en que aquella peregrinación al cementerio había sido un símbolo. Muertos y más muertos; el pasajero del sueño, los mártires, el poeta solitario, débil frente a un mundo hostil. Todos ellos, por diversos caminos, han saltado a la otra orilla, cumpliendo el destino de una generación. Los mejores de nuestra generación. Y recordé otro año en que al presenciar el desfile de las banderas, como un bosque de oleaje silencioso, avanzando por las calles, me uní a ellos y les acompañé. Oscar Jiménez, que ahí iba, me preguntó: "¿Te gustaría morir con nosotros?" "Sí", le dije... Sin embargo, aún vivo. Aún no he muerto. Y a veces pienso que ha sido un error. Porque, como ellos tampoco sé vivir. No puedo despegar el sentimiento de los recuerdos. Por eso camino volviéndome. Quiero llegar donde ellos aspiraron. Me levanto cada día de mis caídas y debo conservar la fe en mí mismo. Seguir, llegar, para que en mí puedan salvarse los mártires y los suicidas. Porque uno que llegue basta para el destino de una generación.

Pondré fin aquí a este relato demasiado sombrío de la vida de un sector de mi generación en Chile. Así fue su existencia, como por un designio de la historia y de la tierra. ¿Quién se salvará? ¿Quién llegará al límite de los hielos del mundo y del propio corazón?

SEGUNDA PARTE

LAS RAZONES DE LA TIERRA



Detalle del mapamundi de Waldseemüller, año 1507, en que aparece diseñado nuestro mundo sud-polar.

EL PERSONAJE QUE TODO LO DOMINA

Tierra, tus nubes me guiaron. Contemplándolas cuando niño las veía ascender hacia las cumbres; siguiéndolas, sumergía mis ojos en el agua de los cielos. Abajo, en los luminoso calveros, pacían los bueyes de cansada testuz; también alzaban dificultosamente sus cabezas para seguir la huella de algún pájaro. Valles, donde los trigos flexibles parecen ejércitos de una época antigua, levantando sus lanzas hacia la inclemencia de un viento solar. Valles de greda, valles hundidos entre los montes, senderos de roca volcánica, que llevan por escarpadas pendientes hasta las nieves solitarias. Los altos montes son las manos con que el cuerpo de la tierra toca la zona cósmica. A su contacto se quema. La sangre de los montes es la nieve, la llaga del fuego; sobre las más altas cumbres, es como las pupilas ciegas de los titanes, que en su altura soberbia quisieron penetrar el misterio. Me he hundido con ansias en esa sangre blanca y ella me ha contaminado.

Aquí es la tierra poderosa la que forma a los seres. Los hombres apenas si existen, dominados por el paisaje. Es este el personaje supremo que todo lo domina. Paisaje delicado y de una belleza inaccesible. Con un sentido místico, finalista, hace de cada uno de sus habitantes seres de tránsito, hombres que penan, que añoran algo grande, como las puras cumbres que les rodean. Los efluvios de esta tierra son dramáticos y emanan sombras tan remotas y perdidas como la conformación misma de estas torturadas regiones. ¿Qué drama antiguo y tremendo ha acontecido en estas zonas? ¿Cuál es el misterio que ocultan estas

rocas? Chile está situado en el anillo de fuego del Pacífico. Es región volcánica. El que aquí vive se impregna del horror de algo que fatalmente sucederá. La tierra le da todo; luego le quita lo que hace un momento le ha dado, o lo que, con mucho sacrificio y esfuerzo, había logrado construir. La tierra se mueve un poco, se sacude, el volcán vomita; todo se desmorona. Entonces, el hombre se pregunta: "¿Volveré a comenzar desde el principio?" Y se responde: "¿Para qué? Más vale pasar la vida de cualquier manera, aunque sea a la sombra de cuatro palos y un techo de ramas". Sí, la tierra le quita lo que es esencial para existir. El desnivel que existe entre la cordillera y el mar hace que las aguas de los deshielos y de las lluvias laven las tierras, las dejen ácidas y sin cal. Al paso del tiempo la estatura del hombre disminuye, se caen sus dientes, se enferman sus pulmones. Y ello a vista y presencia de la altiva belleza del paisaje, imposible y despiadado. Tierra soberbia, hombres moribundos. Mientras tanto, el inconsciente se apodera de un espantable secreto: El mar pule las costas de Chile. Año a año el agua se adentra, la tierra se hunde. ¿Llegará entonces el momento en que todos se aferren a la gran pared de roca de la montaña, para no caer en las olas que golpean ya los contrafuertes? El alma del chileno se llena de terrores y de presagios. Al influjo del paisaje, revive en sus sueños y en sus visiones remotos sucesos cósmicos de la especie. Hay imágenes de lunas rojas que caen sobre la tierra, de grandes olas que pasan por encima de las cumbres, descargando sus furiosas espumas. El volcán ruge, el fuego consume. De pronto, la montaña se desploma sobre el mar. ¡Tan angosta es la faja de tierra que nos queda para transitar! Es como una espada dirigida contra nuestro pecho. Los montes nos cierran la visión del horizonte y, entre paredes verticales, sólo podremos levantar la cabeza para mirar el cielo. Mas, como en Chile no hemos aprendido todavía a mirar a lo alto, sólo podríamos intentar mirar hacia dentro. Sólo existe dimensión hacia abajo. En lo más oculto de la conciencia, el hombre piensa que nada hay fuera de este espacio cerrado. En el horizonte del mar habitan el terror y los fantasmas; seres con escamas, serpientes y pulpos viscosos, arañas de la mar verde. Y una gran boca que se bebe el agua. Al otro lado de los montes crecerá también el vacío, surcado por el fuego de los cometas y por el hielo del caos. Si de vez en cuando aparecen seres que, bajando de las cumbres, dicen proceder de países vecinos, el chileno no lo cree. Y el te-

rror le invade cuando presiente que éste, su único mundo, puede desaparecer en el abismo. El alma del hombre, en sus más profundos estratos, siempre permanece adherida a la tierra y al metro cuadrado donde nació; no puede creer que el mundo tenga una dimensión mayor. Sólo la razón lo piensa. El alma es de la tierra, con ella nace y termina. El alma y el cuerpo sólo necesitan de un metro cuadrado para existir. El espíritu también cree, como el alma. Pero él sí sabe de los grandes espacios y de la inmortalidad. Mas, en Chile aún no ha surgido el espíritu. Por ello aquí podría darse el hombre del metro cuadrado y de la dimensión cerrada, terrestre y anti-internacional.

Y cuando el espíritu advenga y se apodere de su herencia, tal vez descubra que ella era buena y proyecte encima de todo un sentimiento heroico y religioso, ayudado por el sueño remoto y duro de la tierra.

Sólo en un extremo es posible hoy romper la dimensión cerrada: hacia el sur. Porque hay algo así como una extraña y misteriosa corriente que tira al extremo helado del mundo. Ayudando a abrir esta dimensión, quizá se favorezca el advenimiento del espíritu; porque el hielo es la patria del espíritu.

Por ahora, el hombre pena entre terremotos y desgracias; rodeado de fantasmas, al fondo de la tierra, vislumbra, como en relámpagos, las vivencias de la prehistoria del planeta. Es sólo un náufrago abandonado de Dios y del paisaje.

Se tiene que pensar que los seres que hoy habitan Chile son hombres de paso y que el habitante del futuro deberá ser diferente.

Observando los montes, las cumbres nevadas, todo ese mundo que tan por encima está de los seres que hoy lo habitan, no se puede creer que algún día llegue a lograrse una relación armoniosa y justa entre el paisaje de Chile y la raza de hombres del presente. Tampoco puede volver el indio del pasado, que sólo fue un viajero trashumante.

Si hay una raza en el futuro, ella deberá ser la de los titanes, resurgidos del seno de los montes albos, al espacio abierto, para continuar una historia que antaño no terminaron: la vida triunfante del hombre-dios sobre la tierra.

Estoy de pie a un lado del camino. Un viento poderoso agita los quillayes y los boldos. Un eucalipto dobla su copa hasta casi

tocar el suelo. De pronto, el viento se detiene y las nubes se encienden, tomando un color amarillo, de oro viejo. La atmósfera se hace tibia y transparente, sonora casi. Allá, en la base de la montaña, empieza a crecer una oscuridad que sube. Un grupo de gente se aproxima. Son muchos seres que semejan puntos en la lejanía. A medida que se acercan, les puedo distinguir. Adivino sus rostros desfigurados por el miedo y el agotamiento.

Son mesnadas que huyen, sombras grises y empavorecidas. Escapan de la montaña. Un hombre se detiene cerca y orina. Otro lleva un niño harapiento y gris entre los brazos; camina estirando pesadamente las piernas, como si anduviera hacia atrás. Su cabeza oscila y sus ojos están fijos en la distancia. Al final de la larga fila marcha una mujer. Todos llevan sus míseros enseres; la mayoría avanza con sus hijos; pero esta mujer arrastra una silla vieja y destrozada. ¿A dónde va con la silla?

Se lo pregunto:

—Mujer, ¿dónde llevas esa silla? ¿De qué te sirve? Su peso te agotará.

Pasa por mi lado sin verme siquiera. Las patas de la silla dejan una línea zigzagueante sobre la tierra del camino. Un hombre me dice:

—Loca. Hace días que camina con esa silla. A ella la matará la silla, a nosotros la montaña.

Y todos huyen, todos avanzan hacia el mar. Allá, a los pies de la montaña, el polvo negro, la sombra siniestra ha crecido y se aproxima. Entonces, miles de voces gritan, mientras los cuerpos corren o se arrastran: "¡Huyamos, la montaña cae, se desplomará sobre el mar!"

.....

Cuentan que en otro tiempo hubo aquí un pueblo que adoraba la Montaña. Al salir el sol sobre sus cimas, le imploraba que se mantuviera siempre erguida y lo protegiera, le diera sombra y no se volcara sobre sus casas y su mundo.

Ahora las sombras, los fantasmas huyen, un pueblo miserable se arrastra por el polvo, herido de muerte. Huyen hacia el mar. Y el mar se los tragará, como a la tierra y a los mundo.

COMO SUCEDIO LA CATASTROFE EN EL SUR

Narraré estos lejanos recuerdos, porque reviviéndolos extraeré el perfume de esas primera tierras del sur, que son la antesala del Gran Sur, en el que luego nos sumergiremos. Poco a poco, nos iremos internando en el sur del mundo, a través de sus seres y su misterio, hasta llegar un día al borde mismo de los hielos, final de nuestro viaje y nuestro esfuerzo.

Fue durante el tiempo de mi permanencia en Chillán. Vivía yo pendiente de los vientos que soplaban sobre la ciudad, porque, según fuera "puelche" o "travesía", podíamos cabalgar con tiempo bueno o malo hacia los campos.

Aquel día los caballos nos esperaban para partir. Monté una yegua castaña. Y tomamos la dirección del fundo Bella Vista.

Pasado el mediodía nos detuvimos en un huerto con una casona colonial, con naranjos grandes y viejos. Desmontamos. Entre el follaje verde oscuro de los árboles, las naranjas parecían ojos fijos y redondos, soles de una época apacible y vegetal. Su sumo era como luz líquida.

En la tarde, sobre los cerros, se descargó una violenta tempestad eléctrica. Mi yegua dilató las narices y se encabritó. Decidimos apresurarnos antes de que cayera el chubasco. Recuerdo esa cabalgata desordenada. Eramos tres; el amigo que me invitaba, un huaso de la hacienda que nos hacía de sirviente y yo. Soltamos las riendas de los caballos que partieron al galope por el camino que ya parecía presentir la lluvia cercana. Con los nervios excitados por la tormenta y la electricidad del aire, los animales semejaban alambres en tensión. Resoplaban y dilataban las narices, levantando polvaredas sonoras en la tarde que se ahuecaba, en una espera anhelante. El viento nos golpeaba y sentíamos el ansia de esa carrera, junto con la presión de los elementos. Al compás del rítmico y hondo resonar de los cascos, dábamos voces, animando a nuestras cabalgaduras.

Comenzó a caer el agua y las mantas se empaparon. En la noche, y a oscuras, saltábamos sobre baches, extendiendo el brazo para protegernos el rostro de las ramas de los espinos que cercaban la carretera. Llegamos tarde a las casas del fundo.

Nos dirigimos a la habitación del capataz. Era éste un viejo medio cojo, que nos alojaba en un galpón vecino a su rancho. Esa noche se asomó a la puerta, seguido por el ladrar

de los perros, alumbrando con un farol que al balancearse proyectaba unas sombras gigantescas. Enterado de quiénes éramos, nos abrió, murmurando:

—Güen dar con la idea, patrones, de venir con este tiempo y esta lluvia. Abájense antes que se entuman ahí arriba.

Y diciendo esto comenzó a disponer las cosas para recibirnos. Nuestro inquilino se hizo cargo de los caballos, desensillándolos y dándoles de comer. Sus dos hijas también se levantaron y fueron a arreglar los lechos en el vecino galpón. Las muchachas se afanaron de buen talante; se alegraban con nuestras visitas, que siempre les aportaban requiebros, bromas y alguna fiesta organizada a la medianoche. Una de ellas era bien parecida, de pelo rubio ("rucio", para ser más preciso); con tez rosada como manzana madura y con ojos maliciosos de un color revuelto. La otra se parecía al padre y tenía un defecto en la cadera.

Esa noche estábamos con demasiado frío y había humedad. Llevamos al galpón un gramófono viejo y una damajuana. El capataz se sentó en un extremo de la mesa, donde casi no llegaba la luz del farol; el huaso, nuestro ayudante, le hizo compañía. Mi amigo se apoderó de la damajuana y ya no se movió más de su lado.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos allí. Mi amigo se quedó dormido sobre la mesa y hubo que llevarle a la cama. El capataz y el huaso se fueron. Me dejé caer vestido sobre mi catre, sin sacarme las botas. Desperté después de un tiempo que no podría precisar. Vi arriba luz, a través de las tablas del techo. Me levanté y a tientas busqué mi manta, todavía mojada, y me la puse. Desperté a mi amigo y salí. Descubrí que aún era de noche. La luz vista a través del techo era de las estrellas. Había dejado de llover. Como no podría volver a dormir cogí el farol y salí al campo. Mi amigo me siguió y ambos esperamos el amanecer, alumbrando la pálida alba con un farol. Comenzó a surgir suavemente a lo lejos, extendiéndose por el horizonte con un color húmedo y tembloroso. Con ella se desprendió el olor de los campos, un perfume penetrante y fresco a yerba mojada y a espinos en flor; olor a árboles, a estiércol, a monte y vida campestre. Los primeros rayos del sol nos hicieron ver las lejanías de un valle hermoso, envuelto en vapores azules, con delicadas ondulaciones y praderas. Aspira-

mos a pleno pulmón el aire vivificante de la mañana y nos sentimos renacer.

De regreso en la casa nos estaba esperando el viejo sabio del capataz; nos ofreció unos vasos de chicha con harina, para "componer el cuerpo", según nos dijo.

Poco después nos pusimos en marcha en dirección a unos llanos vecinos donde pensábamos "correr liebres". Se hacía necesario alcanzar hasta unas colinas apartadas donde residía un tío de mi amigo, dueño de perros liebreros. Tenía curiosidad por conocer a ese personaje que vivía solitario en un rancho del cerro.

El sol se había puesto de nuevo cuando llegamos a su casa. En la puerta nos estaba esperando un hombre con una manta clara de vicuña, que el viento batía junto con sus cabellos ralos. Nos contempló con unos ojillos penetrantes e indescifrables. Luego sonrió en forma enigmática, replegada, entre socarrón y ronroneante.

—Baja, hombre —dijo a su sobrino, golpeándole el muslo, mientras le observaba curioso y risueño.

Nos desmontamos. Carmelo, un viejillo de ojos tristes, se encargó de los caballos.

Dentro de la casa todo estaba en desorden. El dueño nos hizo pasar a su "escritorio": una vieja mesa cubierta de polvo y papeles con algunas revistas de agronomía (el tío había sido agrónomo titulado) y en el suelo unas espuelas mohosas. Los muros de cal gris estaban cubiertos de fotografías coloreadas de mujeres con poca ropa, vedettes del teatro de comienzo de siglo y una que otra actriz de cine.

Sacó una botella de coñac y nos ofreció unos vasos. Al sentir que le observaba, se replegó más aún. En toda su persona se adivinaba la actitud de un ser a la defensiva, como si temiera tener que entrar a explicar su vida y su fracaso, resistiéndose a ello con las fuerzas de su orgullo. Vivía aislado, con la obsesión de voces lejanas.

Nos sirvieron una comida frugal. Mi amigo se entretuvo informando a su tío de sucesos de familia. El le escuchaba moviendo su bigotillo, como un zorro. Empinaba las copas de coñac y fumaba unos cigarros amarillos de hoja de choclo. Sus manos eran fuertes, sensibles. Un típico hombre feudal de nuestros campos, con su vieja arrogancia y su rudeza, su humanidad y su señorío. Sombra en el recuerdo, sin embargo; penumbra en

el horizonte, desvaído color del alba. Así lo adivinaba también él, pues desvió la charla hacia un punto significativo.

Siempre dirigiéndose a su sobrino, aunque con la clara intención de que yo le escuchara, hizo una extraña reflexión:

—Aquí vivo; porque allá no hay nada que hacer. Todo se ha desmoronado, o todo se va a desmoronar. ¿Es que acaso no lo ven? ¿No? ¡Son unos imbéciles! Ya nada se puede hacer. ¿No te parece?

Y reía con su risa socarrona y silenciosa de zorro.

—¡Que luchen ellos, los nuevos, si es que son capaces! En nosotros sólo hay una voluntad de exterminio. Ya verás, ya verás...

Y bebió otra copa.

El viejo Carmelo se acercó a retirar los últimos platos. Al escuchar que su amo reía, él también comenzó a reír en forma servil; de este modo trajinó en torno de la mesa. El dueño de casa advirtió su presencia y un relámpago pasó por su ojillos pardos.

—¡Viejo canalla, no te muevas!

Carmelo miró angustiado y empezó a temblar, mientras una sonrisa fea y miserable le desfiguraba la cara.

—Sí, patrón.

¡Canta, viejo, canta, viejito, para que los caballeros te oigan!

—Empecé a sentir una sensación extraña, un malestar. El viejo se cogió la chaqueta corta y sus manos y sus dedos retorcidos fueron los que ahora revelaron su estado de ánimo. Pero su rostro se había hecho impasible.

—¿No has oído? —gritó el dueño de casa.

—Sí, patrón —murmuró el viejo—. ¿Como cuál quiere que cante?

Y entonces asistimos a una escena absurda. El hombre le señaló al viejo una de las fotografías del muro, que representaba a una pelirroja semidesnuda, y le dijo:

—Canta como ésa, como la Pepita, que es la más bonita de todas.

El viejo comenzó a cantar, con voz afeminada, de falsete, pretendiendo imitar a esa mujer. En su rostro contorsionado, donde la boca se estiraba ridículamente, había una lamentable actitud de perro apaleado, y sus caderas se movían tratando de simular las de la pelirroja. El dueño de casa, en estado inefable, entornaba sus ojos y reía hacia adentro. Me pareció que nos

observaba y que en grado extremo le divertían nuestra sorpresa y las náuseas que empezábamos a sentir. La escena era ridícula, decadente, y en el rostro de ese hombre adivinábase un sentimiento pervertido que se gozaba de esta situación equívoca.

El viejo Carmelo siguió cantando, hasta que hubo que hacerle callar y echarle del cuarto; una vez que adquirió confianza ya no pensó en callarse y quería cantar como las mujeres de todos los cuadros del muro.

Cuando se fue, el tío de mi amigo volvió a reír mientras una sombra de tristeza pasaba ahora por sus ojillos de zorro.

—Esta es mi radio —explicó—. Aquí no puedo tener radio, por eso tengo a este viejo... Es raro. ¿No les parece, muchachos? El viejo era presidiario y yo conseguí que le sacaran de la cárcel para traerlo conmigo. Parece maricón; pero no creo que se haya "pasado al enemigo" todavía... Aunque, quién sabe, muchachos, con el sistema de vida que tienen en las cárceles de este país a casi todos los presos se "les va el gusto pa'ustralia"...

Y soltó una risita sorda, mientras se empinaba la última copa de coñac.

LA LIEBRE

Sobre los llanos iluminados y por las suaves colinas, los perros se despliegan en abanico. Levantan sus cabezas, extienden sus orejas y mueven blandamente sus patas como si estuvieran remando, o fueran parte de un ballet mixto, ejecutado por ellos y nosotros, aquí, en pleno campo y soledad. Detrás de los perros marchamos los hombres, con las riendas de los caballos firmes y cortas, en la espera angustiosa. De vez en cuando la sombra de un pájaro que planea nos engaña y caballos y perros deben sujetar el impulso y replegarse sobre sí mismo.

Los espinos huelen, la tierra está blanda y el horizonte ondula como un mar verde y azul.

De pronto, el perro guía se detiene y mueve el rabo. De unos arbustos, como una flecha, se dispara una piedra gris. Es la liebre. En un segundo todo se ha transformado; el orden, la espera y el silencio son ahora gritos, ladridos y confusión. Hasta que el ballet empieza a organizarse en otro sentido. Los

perros corren en punta, tras del animalito veloz, después van los jinetes, tendidos en sus cabalgaduras y lanzando rítmicos gritos: "¡Allá va la liebre, allá va-ya-va, allá-va-ya,va...!"

Me afirmo en los estribos y paso por encima de piedras, de espinos y zanjas. Para mí ya no hay más que un fin, al que toda mi vida atiende: ¡La liebre! La veo como un punto movedizo, detrás del cual van los perros. El caballo resopla, también se ha salido de sí mismo. Hemos llegado al límite de los llanos, donde empiezan las pequeñas colinas. La liebre sube por la pendiente a gran velocidad, mientras los perros pierden terreno; hace un "lance", cambia de dirección y despista a los perros. Pero ya mis amigos le cierran el paso, escalando al galope por la otra ladera. Entonces, detengo mi caballo y observo un espectáculo de belleza pura. Sobre el filo de la colina los perros han entrado otra vez en la pista de la liebre que corre desalada, con sus largas orejas encogidas en el esfuerzo supremo. Los galgos estiran sus patas hasta rozar el monte con sus poderosos pechos, en esa carrera elástica, de una gracia perfecta. Es el ballet, es el ritmo y la belleza de la fuerza. Es la naturaleza, donde todo es grande. Lo es hasta ese animalito que se juega la vida como un gigante. Viéndose perdido, arriesga un último ardid. Se vuelve y se despeña por la pendiente del cerro. Por un momento se ha librado de sus perseguidores y va a pasar frente a donde estoy. Suelto las riendas de mi yegua y parto a cerrarle el paso. Me cruzo en su camino. La liebre está encerrada y los perros, como una exhalación, se le van encima. El delantero la alcanza en el aire, hincándole los dientes en el cuello. Los otros también la muerden, cumpliendo con un rito. Estridentes chillidos se reparten los ámbitos. Detengo mi cabalgadura y salto a tierra. Azoto a los perros para separarlos de su presa e impedir que la destrocen. Y levanto en el aire el sangrante y tibio trofeo. Contemplo su rojo y aún palpitante corazón, semidestrozado por una dentellada.

La cacería ha terminado. Después de mediodía nos despedimos del solitario de la colina y caminamos hacia el sur, para cruzar el Diguillín. En las casas de otro fundo nos espera un amigo, que ha venido de la capital. Empieza a caer la tarde y en un amplio comedor estamos reunidos los tres. Propongo beber una dulce "chicha" especialmente preparada. Hacemos venir al huaso. Bebemos. Tengo adentro un secreto y por eso quiero

beber. Cantamos. El huaso nos mira socarrón y se ríe, mientras, con disimulo bebe varios vasos. El amigo recién llegado se levanta y, dando un golpe en la mesa, dice:

—¿Dónde están las mujeres? ¿Es que aquí no hay mujeres?

El huaso lanza una carcajada. El otro amigo, dirigiéndose a él le advierte:

—Ten cuidado, no te metas ahí en la sombra, mira que si este caballero no te distingue bien te puede confundir con una mujer y estás perdido.

El huaso le responde:

—Entonces, patrón, ¿este caballero cree que todo lo que tiene hoyo es manta?

Nos reímos fuerte. Charlando y bebiendo permanecemos hasta tarde.

Sin embargo, yo no estoy contento. Mi secreto es la liebre. En un extremo de la mesa dejo caer mi cabeza sobre los brazos. Como en una cinta, se está repitiendo ante mí la cacería. Veo otra vez la liebre corriendo desalada por las colinas. Y me parece participar del terror y de la angustia de ese pobre e indefenso ser. Los perros lo atrapan. Otra vez lo tengo, agonizando entre las manos y veo su rojo corazón latiendo aún. ¡Su pequeño y gran corazón! ¿Qué defensa tiene ese animalito? Las liebres están enloquecidas de terror; porque los hombres hemos lanzado sobre ellas a los perros.

En un extremo de la mesa, estoy angustiando así a mi corazón. La pugna entre la naturaleza y un espíritu que no es de este mundo, reproduce su drama. ¿Qué tiene que ver el Espíritu con este mundo? ¿Cómo seguir nuestro camino en medio de tantas dificultades?

Al otro día todo se ha olvidado. La alegría renace. Los árboles huelen a humedad, la flor del espino se abre olorosa, perfumando los campos.

Montamos en nuestros caballos y vamos de nuevo por los potreros. Mi yegua se siente feliz y ambos nos transmitimos la alegría. Aparecen unas anchas grietas en el camino.

Entonces, otra vez surge una liebre y los pocos perros que conservamos salen detrás de ella. Los jinetes los siguen veloces. Contengo a mi yegua que se encabrita. A duras penas la llevo en un galope corto, siguiendo de lejos la cacería. De pronto, todos se detienen. Ha ocurrido un accidente. Mi amigo, el

compañero de estas aventuras, se ha caído. Al galope de su caballo se deslizó de la montura y cayó de cabeza sobre los riscos. Corro hacia el lugar del suceso, mientras me pregunto qué puede haber pasado para que un jinete tan hábil sufra ese accidente. Viene a mi memoria la frase del tío, en la colina: "Hay en nosotros una voluntad de exterminio..."

En medio de los espinos, que parecen zarzas, veo a mi amigo de pie, avanzando tambaleante, con la frente destrozada y el rostro lleno de tierra y sangre. Busca a tientas su caballo.

EL EXTRAÑO PERSONAJE

Hemos cambiado el rumbo de la cabalgata. Nos dirigimos a un fundo vecino donde vive una hermana de la madre de mi amigo. Es enfermera y le podrá curar. El huaso insiste en que el patrón se limpie las heridas con orina.

Al mediodía llegamos al fundo. La tía se entrega con entusiasmo a curar a su sobrino. Le lava y venda la frente. La señora viste de negro, tiene algo dulce y penetrante en sus ojos. Explica:

—No es nada grave, simples machucones; pero quedarán algunas cicatrices. Un hombre con cicatrices es más interesante.

Pregunto, por decir algo:

—Señora, ¿es usted enfermera?

—No, simple aficionada. Me he entregado a esta vocación. Estuve muy grave. Mejoré, a pesar de todo, y me hice el propósito de curar a los enfermos.

Alguien ha entrado al cuarto. Es un hombre con botas y pantalón de montar. Trae una bufanda en torno al cuello y su rostro tiene una expresión huidiza. Se dirige a nuestro amigo, inquiriendo con tono melifluo. Después nos tiende una mano blanda, esponjosa. La anciana ha desaparecido. El recién llegado nos invita a pasar al comedor.

El almuerzo se desarrolló de manera extraña. Comenzó el hombre por expulsar a varillazos a una docena de gatos que venían a comer con él.

—Yo tengo la culpa —nos explicó—, porque los he acostumbrado; pero cuando hay visitas deben irse.

En seguida, mirando un reloj sobre el aparador, agregó con tono melancólico:

—Ese reloj está atrasado casi un cuarto de hora, igual que toda la vida en la provincia.

A la mesa se sentó también la señora de negro, quien no pronunció palabra. El hombre nos sirvió vino. Al final de la comida reclamó para él un postre de ciruelas. Lo pidió a gritos y cuando se lo trajeron, puso la mitad en otro plato, frente a una silla vacía.

—Para ella —dijo.

Después de la comida, me invitó a jugar una partida de brisca. Le expliqué que no sabía jugar. Pero insistió en que le acompañara.

Al otro día, de regreso por los caminos del campo, mi amigo me contó la siguiente historia: Este hombre había llegado un día cualquiera a la provincia. Nadie supo de dónde venía. Se desconocía su procedencia y su pasado; más de alguien pensaba que era un prófugo de la justicia. Poco a poco y sin que se pudiera decir cómo, se fue metiendo en la vida y en los círculos cerrados de la ciudad; casó con una tía de mi amigo. Poco después su mujer se volvió loca. El hombre se quedó con su fundo. Vivía con una hijita defectuosa, que nació cuando su mujer estaba ya perturbada, y dos cuñadas: la anciana que hoy habíamos visto y una joven que se hallaba en la ciudad. Nunca permanecían las dos mujeres juntas. El personaje era un excéntrico. En su cuarto había luz encendida hasta muy tarde en las noches. Podía creerse que leía, pero en su biblioteca y en su velador sólo guardaba viejas revistas, "Zig-Zag" y publicaciones ilustradas españolas. Sólo leía revistas. Algunos campesinos creían que este hombre practicaba la brujería, pues todo le salía a su antojo.

La mañana ahora no era hermosa. Sobre los campos se extendían nubes grises. Pronto cayó el agua. Marchamos bajo la lluvia en una cabalgata lenta y apagada.

En una sombría alameda, el barro de muchas estaciones se había acumulado y unos pesados animales, de largas crines, se afanaban allí. Un caballo grueso hundía atontado sus patas y las extraía dificultosamente del limo espeso; luego caía otra vez, sumiéndose hasta la barriga. Los animales avanzaban sin esperanza, y el conjunto parecía un cuadro mortificante, substraído de la prehistoria.

LA PROVINCIA

Chillán era una ciudad inmóvil en el tiempo, con un clima diáfano, de una especial belleza. Cuando el viento soplaba barriendo las nubes en el cielo, el aire transmitía un perfume sutil. En torno al campanario volaban lentamente las horas. Los domingos había retreta en la plaza principal y la sociedad, que durante la semana permanecía invisible en el interior de las viejas casonas, se exhibía en la plaza. Cuando yo caminaba por las calles silenciosas, o por los extramuros polvorientos, me parecía que detrás de las ventanas de altas rejas siempre alguien me observaba, moviendo los visillos. Oía pasos que me seguían y voces que cuchicheaban. Antiguos coches de caballo se deslizaban sobre calles empedradas y las campanas de la iglesia o de la Bomba, volaban como palomas, en un cielo inmóvil.

Pero detrás de esa paz y de ese aire diáfano se ocultaba el mal que corroía. Se tejían sutiles hilos a través de la ciudad invisible, recogida en los viejos patios, tras los derruidos pórticos. Entre casa y casa se engendraban oscuros dramas; bajo las apacibles aguas, se movían los viscosos seres. De cada extremo de la ciudad partían hilos ocultos.

La ciudad estaba enferma de un mal que a todos alcanzaba, aun a aquellos que creían mantenerse ajenos. Era una epidemia del alma. Curiosas "sociedades" se formaban; una de ellas contaba entre sus afiliados a casi toda la juventud de la ciudad; era la "Sociedad de los Hermanos del Chuico".[1] Su insignia era un "chuico" y los grados estaban representados por estrellas. La ceremonia única consistía en beber; aquél que más bebía obtenía el mayor grado.

Ciertos personajes característicos hacían noticia de tanto en tanto. Uno de ellos era don Pancho el Bruto; vecino de la región, sus orgías duraban semanas, meses enteros. Una vez, en estado de ebriedad, subió al anca de su caballo a un organillero y le obligó a tocar mientras a todo galope se metía en la Catedral, donde revolvió su caballo, sin que nadie se atreviera a hacerle salir. Otro día, hallándose entre los asistentes al teatro, alguien quiso hacerle una broma y le pidió que hablara. Don Pancho, ni corto ni perezoso, ante la expectación general, subió

[1] Damajuana.

al proscenio. Miró al público, se subió su chaquetilla de huaso y soltó un sonoro pedo. Bajó del escenario con toda tranquilidad.

Personajes como éstos, después de todo, eran inofensivos, restos de fuerzas desatadas, descendientes tal vez de conquistadores y de guerreros, que no encontraban ya un medio apto para sus aventuras. En cambio, el mal oculto, el que no salía a la luz del día y que había contaminado a las nuevas generaciones, era real. Se extendía debajo del cielo claro y entre sus tentáculos aprisionaba el alma de la ciudad.

Hermosa y envenenada ciudad. Caminando hacia sus confines se llegaba a una zona pesada, que casi nadie visitaba ya: el Chillán Viejo. Era el pasado, el mal antiguo. También debió ser el aviso y el signo. Caminé un día por sus ruinas, en busca de la casa donde nació el prócer Bernardo O'Higgins. Junto a unos viejos muros, una anciana me señaló la base de una pared. Piedras sucias y corroídas. Era todo lo que restaba. Los árboles en las calles se inclinaban descascarados y grises como bajo el peso de un recuerdo amargo; la yerba crecía en las veredas y subía por los muros. Todo estaba muerto; eran ruinas que conservaban la marca de un pasado y que se habían convertido en estériles y calizas a causa de una catástrofe. El Chillán Viejo había sido destruido por el terremoto. Y el Nuevo Chillán se había desplazado, para reconstruirse.

A pesar de ello, de la profundidad de la tierra surgía de nuevo el mismo mal secreto, la misma enfermedad del alma, que produjo quizá la anterior ruina.

¿Es la región, es la tierra, en su demoníaco encanto y su embrujo, la culpable del mal del alma? ¿O es el alma, seducida y enferma, la que despierta a los volcanes y llama al terremoto?

De regreso en la ciudad fuimos a la casa de mi amigo. Allí conocí a una mujer joven con una niña pequeña que caminaba de extraña manera; tomada de la mano de su acompañante, daba unos saltitos como de pájaro. Sentí una impresión curiosa. La mujer tenía una belleza especial. Sus grandes ojos claros y su fino cuerpo estaban envueltos en luz. Me extendió la mano y sentí una sensación dolorosa, como si en mi interior se abriera una compuerta. Por hacer algo, tomé en brazos a la pequeña y le acaricié el pelo. El pajarito comenzó a emitir sonidos agudos, parecidos a gorjeos; moviendo una de sus manos hizo un gesto como de tocar un violín. Su cabeza cayó sobre mi hombro.

La casa donde yo vivía quedaba en una calle apartada cuyo nombre he olvidado. Esa noche volví tarde, pues me entretuve caminando por la ciudad. Para entrar en la casa debía abrir con una gran llave una mampara de vidrios. Atravesando un patio y un corredor con pilastras, llegaba a mi cuarto. Las dueñas de esta casa eran dos mujeres de edad, de condición modesta, que arrendaban piezas.

Abrí la puerta y me encontré en el patio. A través de las ramas de unos árboles, vi las estrellas y sentí frío. Del lado de la cocina venía un ruido de voces. Me dirigí en esa dirección y me encontré en una tertulia de gente desconocida. Estaba en penumbra, porque la iluminación procedía de un brasero, donde se calentaban el mate y unas masas parecidas a "sopaipillas". En el centro se hallaba sentado un viejo con el sombrero puesto y unos pelos hirsutos en la barba. Miraba fijo en dirección de las brasas y permanecía mudo. Una de las dueñas de casa avivaba el fuego y servía los mates. Los demás eran hombres y mujeres desconocidos. Me deslicé silencioso hacia un rincón y busqué apoyo contra el muro. Mi vista se acostumbraba. Pude distinguir en una esquina, cerca del viejo que semejaba un monolito de greda, a la bella mujer que había conocido esa tarde en casa de mi amigo. ¿Qué hacía aquí sentada, entre estas gentes, a esta hora?

Se charlaba en voz baja y seguramente de cosas sin importancia. El mate corría de mano en mano y la bombilla, de boca en boca. La mujer irradiaba luz propia y, con la frente levantada, permanecía abstraída, al margen de ese ritual en el que no participaba.

De pronto, una voz se elevó pausada y aguda. Era la voz de una mujer, con el rostro picado de viruelas. Comenzó a narrar, en tono impreciso, la siguiente historia:

—Este viejo, que aquí veis, ha sido castigado por la Madre del Señor.

El viejo pareció inclinar la cabeza en señal de asentimiento. Continuó:

—Cuando joven, era un hombre fuerte y su vista penetraba como el cóndor los horizontes del mar. En las lejanas tierras del sur, navegaba sobre las olas bravas, sin temor a las tormentas... Quería al mar, lo amaba más que a su propia vida...

—¡Ah, cómo lo quiero! —dijo el viejo, en tono bajo, parecido al eco dentro de una caverna—. La Virgen lo sabe...

—Pero ese hombre pecó, atentando contra las criaturas del Señor. En las lejanas playas del sur, donde el agua cae como en el diluvio, llegó con su bote hasta las grutas marinas, donde viven los lobos de mar. Vio a una loba madre descansando con sus hijitos sobre la arena. Los lobeznos jugaban, levantando sus cabezas.

—Tenían las guatitas temblorosas como las de las "guaguas" —dijo el viejo.

—Y este hombre —siguió la voz—, mató a la loba de un balazo y a los lobeznos los últimó a palos. ¡Si le hubiérais visto! A ninguno le perdonó la vida. Quería curtir pieles y venderlas. Los desolló y lavó los cueros en el agua del mar. Era ya tarde cuando regresó al bote. La marea comenzaba a subir y el sol se ponía. El hombre miró el sol rojo. Le pareció que del astro salía una figura de luz que se acercaba. Asombrado, reconoció a la Madre de Dios; con un brazo en alto estaba sosteniendo un pescado de fuego, mientras con el otro brazo le proyectaba dos rayos de luz que le enceguecieron. El hombre cayó de hinojos, mientras escuchaba la voz de la Madre que le decía...

La narradora se detuvo en este punto de su historia y, dirigiéndose al anciano, exclamó:

—¿Por qué no cuenta usted mismo, abuelo, lo que la Virgen le dijo?

El viejo, con el mate afirmado en sus rodillas y mirando siempre al frente, permaneció en silencio, como si no hubiera oído lo que le solicitaban. Ahora podía comprender la razón de la fijeza de su mirada sobre las brasas encendidas. El viejo estaba ciego. Cambió el mate de posición, mientras se llevaba la bombilla a los labios y con voz cascada, sin prisa, terminó esa historia.

—La Virgen tenía las alas mojadas y lustrosas como aletas de pingüino; le bajaban por la espalda, hasta la cintura. Caí de rodillas mientras oí que me decía: "Por haber dado muerte a esos animales, te voy a dejar ciego y no podrás ver nunca más el mar. Parte, lejos, a una tierra donde no haya mar, ni ruido de olas. Pero antes, voy a hacer contigo un pacto. Sé que tú amas al mar por sobre todo. Pues bien, si alguna vez quieres volver a verlo, ven aquí y yo te devolveré la vista. Podrás de nuevo contemplarlo, pero será a cambio de tu vida. Lo verás y morirás. Este es el precio de tu pecado".

El anciano hizo una pausa. Con voz cambiada, continuó:

—Nunca he vuelto a ver el mar, No me he atrevido. Feo es confesarlo, pero me ha faltado el valor para morir. Tampoco puedo ir solo, porque no encontraría el camino. Necesito a alguien. ¿Quién querrá llevarme hasta el mar? Soy viejo y mi vida ya no vale nada. ¿Quién de ustedes quiere llevarme? He juntado dineros. Se los dejaré a quien me guíe. ¿Para qué me sirve la plata si ya no puedo ver el mar?

La súplica del viejo resonaba honda en esa pieza. La hermosa mujer mantenía el rostro levantado, perdida su mirada más allá de los muros. El silencio había caído nuevamente, mientras el fuego, apagándose, chisporroteaba en el brasero. Uno a uno, todos se fueron. Salí sin que nadie lo notara y me deslicé por el corredor.

Mi pieza era tan desolada como la noche. Al centro había un somier con patas; una silla en un rincón, un clavo para colgar y una mesa con libros y papeles; bajo la mesa, mantenía una maleta con la ropa. Las tablas del techo y del piso estaban gastadas. En una esquina se abría un hoyo por donde se asomaba una rata. Tapé este hoyo con una piedra.

Sin embargo, este cuarto era mi refugio. Aquí leía y meditaba, tendido en el catre, o sentado a la mesa.

Esta noche me dormí cansado. No podría precisar el tiempo de mi sueño, cuando me senté repentinamente en la cama y encendí apresurado la luz. Un aullido estridente interrumpió la noche. Venía, al parecer, de las piezas vecinas. Era un aullido que subía y luego bajaba, hasta transformarse casi en un ladrido de perro. Luego, alguien empezó a dar puñetazos en los muros y a silbar trémulamente, como tratando de serenarse. Daba la impresión de que la persona que silbaba era la misma que un momento antes había aullado y también ladrado como un perro. Se hizo el silencio y ya nada más volvió a turbar la quietud. Sólo el ruido lejano del agua que corría por alguna acequia.

Al amanecer, la dueña de casa me trajo el desayuno a la pieza. Le pregunté por los aullidos. Me explicó que se trataba de un pensionista enfermo, un profesor de la Escuela Normal, a quien le daban ataques, cayendo al suelo y aullando. Para sosegarse silbaba y golpeaba los muros. "Una vez, continuó la señora, le dio el ataque cuando estaba de visita el "psicólogo", quien pudo auxiliarlo. El "psicólogo" había dicho que se trataba de "un mal de amor, trabajado sobre un animal de cuatro

patas''. Para curarlo era necesario descubrir quien le ''hacía el mal'' y contrarrestarlo en debida forma. El ''psicólogo'' era un hombre que sabía mucho; pero no podía ayudar al profesor, porque éste no creía en él. Era lo malo de la educación de la escuela, que desterraba la creencia en los hechizos y en los ''males''.

Recordé haber visto también al ''psicólogo''. Era un hombre alto y grueso, con barba espesa y muy negra. Sobre el vientre llevaba una pesada cadena dorada, con unos talismanes y medallas. Se trataba de un impostor, que explotaba la credulidad de las gentes sencillas, aprovechándose a su antojo. Rebosaba astucia y vanidad.

La señora se fue. Me quedé tendido en el lecho, mirando por la ventana el muro de la casa vecina, donde las tejas eran invadidas por el musgo y las enredaderas trepadoras. En el cielo y en el aire diáfanos algo así como un misterio estaba flotando. Una constante luz veloz cruzaba el azul del cielo.

Comenzó a oírse la música de un piano. Mi vecina ejecutaba valses antiguos. Era una señora anciana, de pelo blanco, que arrendaba una pieza en esta casa. Vivía sola y viajaba por esta tierra en compañía de su piano. A menudo le escuchaba tocar sus valses y me olvidaba del día para dejarme llevar, soñando al compás de esa música ingenua y melancólica. Sobre el muro de enfrente se detuvo una paloma, mientras a lo lejos sonaban las campanas de la iglesia. Como si la paloma quisiera seguir en pos de esos sonidos claros, abrió las alas y emprendió el vuelo.

Me levanté y salí a caminar por los alrededores de la ciudad. Bajo de unos sauces, junto a empalizadas rotas había una acequia. La salté. Levanté la vista y vi a un hombre que me observaba con expresión conocida. ¿Dónde le había visto? Recordé: en un tren, mientras venía a este sur; ese hombre iba sentado frente a mí. No cambiamos palabra, ni supe en qué estación se bajó. Ahora estaba aquí, en esta soledad.

Me alejé, caminando siempre por los extramuros, bordeando las zonas habitadas. Un jinete pasó al galope por mi lado. Su chalina flotaba al viento. Reconocí al hombre extraño del fundo. ¿Qué estaría haciendo en la ciudad? Me pareció que un cúmulo de coincidencias estaba aflorando. Me volví y estuve corriendo un rato en la dirección del caballo. Crucé calles polvorientas, hasta que me fui internando en un sector desconocido. De este

modo llegué a una apartada plaza, perdida y solitaria. En su centro había una fuente rota y la yerba crecía entre bancos inclinados y árboles frondosos. Algunas estatuas de hierro mohoso, o de mármol destruido, permanecían semiocultas por la vegetación. En derredor las casas tenían sus ventanas y puertas cerradas. Las rejas eran de otro tiempo y las puertas, de madera desteñida, con grandes aldabas. Frente a un muro, atado en una vara, estaba el caballo del hombre. La puerta se había cerrado, pero arriba vi una ventana abierta y me pareció que una sombra, o dos, se ocultaba rápidamente. Un visillo se agitó, mecido por la brisa tranquila.

Me volví para regresar, y me di cuenta que junto a mí había otra persona. Un joven de mi edad y que se me parecía de modo desconcertante, estaba contemplando también la ventana abierta. Completamente abstraído, no reparaba siquiera en mi presencia. Su rostro estaba pálido, como si soportara un gran dolor, y sus manos se crispaban.

Experimenté una curiosa sensación. ¿Qué significaba esta escena? ¿Qué hacía yo en este sitio? Moví una pierna, después otra y partí, alejándome, como si lo hiciera de mí mismo.

Esa noche volví tarde a la pensión. Caminaba por las calles despobladas de la ciudad. En el cielo lejano y sereno brillaban las estrellas, reflejándose también allá la calma de este tiempo estancado. De vez en cuando las luces mortecinas de los faroles dejaban ver alguna sombra rezagada. La vida se había interrumpido y muerto junto con la caída del sol. A lo lejos se oía el galope de un jinete que se perdía más allá de los suburbios, o el arrastrarse de un coche de caballos. El ruido de los cascos sobre el empedrado evocaba la colonia y una vida sin prisa, en la que los cielos y las horas se deslizaban como las ruedas de ese carruaje sobre las gastadas piedras.

Cruce la plaza y seguí por una calle donde unos conductores de coches de alquiler conversaban. Bajo la luz, una muchacha pobre se reclinaba contra la pared de un edificio. Parecía una vagabunda. Me llamaron la atención sus ojos grandes y oscuros. Volví el rostro y vi que venía en mi dirección. Disminuí el paso y esperé que me alcanzara. Me sonrió con una expresión humilde.

—¿A dónde vas en esta noche? —le pregunté.

—A ninguna parte. Voy caminando.

—¿Quieres venir conmigo?

—Bueno.

Entramos en mi calle. Era muy pobre y el pelo le caía hasta los hombros en un desorden negro. Las manos las llevaba metidas en los bolsillos del abrigo, en un gesto como de vergüenza. Marchaba con la cabeza baja, mirando el suelo. Cuando llegamos frente a la mampara, la hice pasar y le dije:

—Sácate los zapatos para que no hagas ruido.

Ella me obedeció y en puntillas atravesamos el corredor. Abrí la puerta de mi pieza; le puse suavemente la mano en el hombro. La tela tosca de su abrigo me produjo congoja. En el breve momento que medió entre el gesto de abrir la puerta y de encender la luz tuve tiempo de meditar por qué había traído a esta muchacha. Era la soledad y el deseo de olvidarme de todo lo extraño y serio que estaba aconteciendo en estos días, en ese aire de tragedia inminente. En el centro del cuarto, con el rostro inclinado y en todo el cuerpo una expresión de tristeza y desamparo, estaba la muchacha. Aún no sacaba las manos de los bolsillos. Me pareció que contemplaba mi pieza con la admiración de quien se encuentra en un palacio. Miré a mi alrededor y también creí encontrarme en un lugar acogedor y cálido. En contraste con esa figura desanimada y mínima, la luz eléctrica, la mesa y las sábanas blancas, adquirían un aspecto suntuoso. Sonriendo débilmente, dijo:

—Apague la luz, mejor.

Tomé de mi bolsillo unas monedas y se las pasé, diciéndole:

—Andate, niña, y perdóname. No te puedo dar más, porque no tengo; pero tú ya me has dado bastante.

Se puso contenta, y se fue. Quedé igualmente feliz. Me había recuperado para mí mismo, para mis pensamientos y mis sueños, cosas todas frágiles en extremo y que se destruyen al menor contacto; nacen y crecen en la intimidad.

Me metí entre las sábanas, cogí un libro y lo abrí en una página conocida. Apagué la luz y me fui dejando caer con cuidado en las regiones del sueño.

En la mañana estaba de pie frente a la puerta de mi cuarto, contemplando el muro de enfrente. Nadie había en el corredor, que se extendía solitario. Una puerta se abrió y un hombre bajo y moreno se aproximó. Al llegar cerca, su andar empezó a tomar un balanceo como de alguien que camina por la cubierta de

un barco. Se afirmó de un pilar y, llevándose la mano a la cara, retiró sus anteojos. Los sostuvo fuerte en la mano y extendió el brazo en mi dirección como para pasármelos. Le miré extrañado. Sus ojos empezaron a desorbitárseles. Leí en ellos un terror animal por la proximidad de algo que él sólo parecía conocer. Sus dos brazos se levantaron y como aspas de molino se agitaron en el aire. Retrocedí. El hombre seguía tras de mí, emitiendo unos sonidos roncos y tratando de asirse. En vez de ayudarle, yo retrocedía. De improviso, se llevó las dos manos al cuello de la camisa, intentando abrirlo, y se desplomó a mis pies. En el corredor no había nadie fuera de nosotros dos. Arrinconado, contra la pared, asistí a un hecho indescriptible. El hombre empezó a girar como un trompo y a convulsionarse. Sus pupilas se le cubrieron con una nube opaca, en tanto que los ojos se le volvían como hacia un mundo pesado y animal. Al mismo tiempo, de su boca contrahecha salían ruidos ásperos, junto con una espuma amarilla. Todo el cuerpo le temblaba y las manos se le crisparon, tomando el aspecto de garras. Un grito salvaje, un alarido agudo, salió de su garganta; luego aulló como perro.

Comprendí que era el profesor de la Escuela Normal. Estuve observando el proceso, sin atinar a moverme y sin saber qué hacer para ayudarle. Vi cómo sus dientes se apretaban y crujían. Traté de captar en alguna forma el fondo de ese drama. Era la epilepsia. Un retorno casi consciente a una etapa tenebrosa del pasado de la especie, una caída en los abismos insondables. Para poder resistir, el cuerpo buscaba la inconsciencia; pero el alma, según me pareció, se mantenía despierta, gozándose de esa comedia. Bien podía el cuerpo destrozarse, degradar la persona, convirtiéndola en un animal poseído por mil demonios; el alma quedaba afuera, al margen del suceso. Pero el rito demoníaco se cumplía en el cuerpo y en el contorno, pues, hasta las murallas se estaban impregnando de una atmósfera maligna, emanada del cuerpo convulso. Tras un último estertor, las piernas dieron unos puntapiés al aire, como las patas de un pollo estrangulado; la boca se estiró y alguien dentro de ese cuerpo —que acababa de llegar—, se puso a silbar, como para olvidarse de lo sucedido. Alguien que ansiaba pasar inadvertido por esta jugada extraordinaria; pero que de ninguna manera se arrepentía del perverso placer que se había proporcionado con ese retorno a la animalidad.

El hombrecillo moreno tenía la frente bañada en sudor y ahora trataba de incorporarse, mientras en una de sus manos conservaba aún los anteojos quebrados. Me acordé de la interpretación que de la epilepsia había dado el "psicólogo": "Es un mal de amor realizado sobre un animal de cuatro patas". Y pensé que a lo mejor ese curandero había descubierto la verdad, guiado por una sabiduría primaria. Alguien que amaba el abismo y la caída, se servía de ese pobre cuerpo, como de un muñeco roto, para solazarse con el recuerdo de la animalidad y de la sombra.

Y así llegó esa última noche. La atmósfera de Chillán anterior al gran terremoto de 1939, que lo destruyó totalmente, se hacía sentir con el peso de sus acontecimientos sórdidos. Tendido en mi lecho, experimenté un terror incontrolable. Los callados hilos se desnudaban. Las raras coincidencias descubrían su sentido. El aire de mi cuarto estaba impregnado del mal. Me sentía un punto en medio de la vorágine que se aproximaba. A lo lejos, los montes crujían, la flor del espino se transformaba en llamas y ya nada se salvaría de la catástrofe. Aferrado a mis sábanas miraba la bombilla eléctrica encendida en medio de la pieza. Las paredes estaban aproximándose. Sólo en la infancia, había sentido un miedo semejante, al alcanzar con la mente una zona límite. El mal debajo de todo, el terror de las presencias ocultas detrás de los acontecimientos. Y, de pronto, un rostro fijo, con un gorro de cuero y una expresión familiar, que me dice: "Tú vendrás hasta aquí, tú llegarás". El pelo se me erizó. Tenía la impresión de que un ser invisible dirigía mi vida, *pensándola desde fuera.*

Haciendo un esfuerzo me levanté, aproximándome a la puerta que daba a un cuarto vecino. Llamé. Al otro lado alguién se movió en el lecho y suspiró. Luego una voz femenina se dejó oír. Pedí ayuda. La puerta se abrió y una mujer apareció en el umbral, con el pelo revuelto y el rostro cansado. Me estuvo cuidando hasta el amanecer. Le conté de ese ser implacable que, desde la infancia, me observaba y dirigía mi vida. Me había traído al sur y me empujaba lejos ahora. Me llevaría de nuevo, algún día, a seguir las corrientes misteriosas del Gran Sur, que ya había robado mi alma. La mano cálida de la mujer me aliviaba.

Cuando la última alba que vería en esa tierra subió sobre

los muros, ella se fue. Al volverse, en el umbral, me dijo: "Mañana en la noche dejaré la puerta abierta por si me necesita".

La puerta quedaría abierta y esa mujer desaparecería de esta tierra. Porque ese día decidí partir, impulsado por una fuerza superior. En la noche, se desencadenaría la catástrofe.

Dejé la ciudad dulcemente envenenada. Y Chillán deseaba retenerme. Por sus calles, rostros nuevos de mujeres, que antes nunca había visto, me sonreían, invitándome. Bellos climas. Y, detrás de todo, a pocas horas, la mueca espantable del terremoto.

Partí sin avisar a nadie, como un prófugo. El tren se alejaba con su música de rieles. Y, de pronto, se detuvo, se quedó inmóvil; pero el paisaje, el mundo empezaron a deslizarse, a correr.

Después, entre el humo de los derrumbes, en una estación en ruinas, una muchachita con un delantal blanco y una canasta de panes, se acercó al tren, extendiéndome un pan, a través de la bruma que la envolvía.

Mientras el tren se alejaba dificultosamente, entre poblados en ruinas y campos desolados, por donde la muerte pasó, estremeciéndonos, meditaba en las causas y en los designios. Viejos textos y leyendas afirman que las catástrofes vienen sincronizadas con el alma de los hombres. La tierra se modifica bajo el influjo de la mente humana en su acontecer profundo. El hombre desconoce el poder que tiene sobre la naturaleza y sus fenómenos. Si los hombres cambiaran, la tierra también lo haría. ¿El cinturón de fuego del Pacífico apagaría sus volcanes, si el chileno encontrara una salida sublimadora de sus dramas subconscientes? ¿Si en lugar de hundirse en la derrota moral, se elevara sobre sí mismo hasta alcanzar las cumbres del Espíritu, desaparecerían las catástrofes periódicas y se alejaría para siempre el terremoto? ¿Modificaría la tierra su sentido al extremo de que las cumbres externas perdieran su significado de barrera aisladora, de impedimento, superadas en un vuelo realizador? El paisaje se transfigura por el alma. Y el mal de la tierra es también el mal del alma. La zona baja del mundo se estremece y tiembla al ser alcanzada por el impacto de este mal.

En medio de las grandes ruinas y de la destrucción de la ciudad de Chillán por el terremoto de 1939, yo viajaba en un tren hacia el norte, cargado de heridos y agonizantes, con un viento de tragedia y de fin de mundo.

Grandes grietas surcaban la tierra, y una nube putrefacta se elevaba al cielo como la oración legendaria de la patria.

Los chilenos, ¿seguiremos buscando, penando, hasta cuando el terremoto haya vencido y no existan ya más seres ni más cielos?

LA TIERRA SOLA

¿Fue la brujería, el mal hereditario del chileno? La tierra se sacudió y se quedó sola. ¿Será esto lo que la tierra quiere? La imagino sola, sin hombres ya. Unicamente los ríos la cruzan. Los grandes ríos. El Maule, el Biobío, el Toltén, el Cachapoal. Los montes se yerguen hacia el cielo, junto a los escuálidos valles donde de nuevo crece el bosque, la selva oscura. Tampoco hay animales. Y sale un sol muy próximo y nuevo. En el aire se mantiene una expectación solemne. Parece que los montes, las mesetas bajas, recordaran al hombre que un tiempo las pobló. Y tiemblan, para revivir las escenas de su último drama. Pero no es eso. Una luna verde se levanta encima de la selva y la lluvia se detiene. Un fuerte trueno quiebra los montes. Se parten en su centro. De su interior, cubiertos de polvo mineral, brillando a la luna sus vetas de oro, que bordean sus grandes imágenes, surgen los gigantes prehistóricos. Retornan a poblar la tierra que un día abandonaron. Libre ahora del hombre empequeñecido, el paisaje soberbio reencuentra su raza de titanes. Los reconozco, son los antiguos gigantes de mi sueño. En su búsqueda voy, pues quiero alcanzar hasta su tiempo, ganándome el derecho a retornar en esa raza, cuando el mundo contemple un sol de hielo. De los profundos manantiales estremecidos, volveré un día renovado.

HACIA LA ARAUCANIA

Algunos años después regresé al sur. Siempre me impulsaba un entusiasmo grande, ansias de conocer, de penetrar por donde los primeros colonos tuvieron que abrirse paso a golpes de machete y los conquistadores encontraron a sus más fieros

opositores. Pasé de largo, sin detenerme, por las ciudades derruidas, que comenzaban a reconstruirse con lento esfuerzo. Más allá, se extiende un paisaje fuerte y fantasmal. Es el bosque. Descendiendo del invariable horizonte de cumbres nevadas, la selva extiende su mancha húmeda. En los caminos y poblados surgen las casas de los colonos alemanes. En lugares perdidos, se levantan algunas rucas miserables, restos de habitaciones de la que fue una raza fuerte e indómita. Los ríos arrastran en sus corrientes los troncos cortados y se oscurecen con la mancha del tepú. A veces una carreta pequeña atraviesa los caminos polvorientos, dando tumbos sobre sus ruedas construidas con un tronco de árbol. Adelante marcha un hombre moreno, cubierto con una manta de color del camino; su existencia va dando tumbos y arrastrándose como esa carreta. Es el descendiente de aquellos que antaño fueron los dueños del bosque, los que tenían vista de águila y pechos poderosos.

En las crónicas de los conquistadores destácase una observación sobre el carácter de los indios chilenos. Se dice que eran salvajes sin dios ni ley. Carecían de un culto elevado y no poseían la noción de un dios creador. No se regían por leyes morales y sólo practicaban una especie de adoración o trato con el demonio. Cultivaban la hechicería, como medio de manejar a los diablos, cambiar el clima o ganar una guerra. Existía también una extraña costumbre de semiincesto: el hombre casado debía entrar en relación con su cuñada. Llama la atención que el indio pensara que en ello hay un mal; como castigo, obligaba a los prisioneros españoles a cohabitar con sus cuñadas. Quizá fuera un rito por medio del cual se establecía un pacto con alguna potencia oscura. No era, de ningún modo, inconsciencia o amoralidad primitiva. Si el indígena hubiera seguido desarrollándose solo, no interrumpida su existencia por la Conquista, tal vez habría llegado a algún culto panteísta o politeísta, parecido al de los pueblos clásicos y heroicos. Porque el culto al diablo bien puede obedecer a una imposición del paisaje, encubriendo un dios Pan naciente. Se reconocía a los genios de la selva y tratábase de estar en buena relación con ellos para poder controlar el clima. Observando con detenimiento, se descubre en el carácter indígena la imposición del alma del paisaje. Su predisposición a la hechicería es propia de la zona baja de la tierra, residencia del sexo del planeta, sede de Satán. ¿Quién era el indio mapuche? ¿Un ser salvaje, aún no alcanzado por la civi-

lización de los Incas, un mongol, o un producto decadente y barbarizado de otro tiempo glorioso y remoto? Sin necesidad de responder a estas preguntas, puede afirmarse que, en el momento en que los españoles lo encontraron, era un producto de esta tierra en que habitaba, cuya alma telúrica y baja se había asimilado. En la hechicería y en el culto al demonio hay una consciente aceptación de esa realidad y un rechazo intuitivo de las potencias superiores. Su rudeza y su valentía también resultan del contacto con la tierra despiadada. En su ladina forma de incesto hay un "pecado sexual" consciente, que demuestra reconocimiento de la zona del mundo en que habita, pagando tributo al Amo. Se podría así decir que el indio chileno era el hijo de Satanás. Y su malicia, su maldad, su inmoralidad y su hechicería, se transmiten en la sangre al pueblo del futuro, subiendo a la superficie en los momentos decisivos de su historia.

De este modo el alma mapuche estaba como la tierra, casi desnuda de parte a parte. No tenía pasado y su futuro era impreciso, pues el espíritu flotaba innominado, muy alto, sobre las cabezas, y nadie lo evocaba. Por ello, todo es posible, por lo mismo que no hay tradición, ni pasado cultural que lo impidan. Pero el Ser Oscuro, el Amo Absoluto, batallará para impedirlo.

Formado por la tierra, la pertinacia y el fatalismo del indio eran como las estaciones que se suceden en la rueda del año. Y los conquistadores encontraron en él a un guerrero obstinado que defendió su tierra y su selva en una batalla digna de las cumbres soberbias. Los ríos y la selva se tiñeron de sangre y la planta hombre tomó de nuevo contacto con sus raíces más profundas. El indio era fuerte y era tenaz. Y sin Dios y sin cielo, sin gloria y sin premio, exaltó, en ese instante, al hombre en su dual origen, solitario y audaz, exponiendo a la luz del sol de la guerra también la divina herencia.

Hoy, el melancólico canto de la trutruca en las puertas de las rucas miserables, es dispersado por el viento sobre las corrientes de las aguas.

Los indios fueron de estatura mediana, de cuerpos anchos y macizos; la poca cal y las condiciones del suelo los conformaron así. Sus degenerados descendientes se arrastran ciegos, en busca de los árboles de la vida y de la salud. Las mujeres, de gruesas piernas y de pies anchos, se yerguen un poco más sobre el polvo. La herencia está en el pueblo, en la sangre del mestizo, donde, como el renoval en el bosque, resurge el alma antigua.

Donde antaño flotó su esencia, sincronizada con el paisaje, hoy crece el bosque virgen. Tal como antes, el Gran Personaje sigue dominando. Aquí es la araucaria gigantesca, el roble, el avellano, el ciprés, la encina, el alerce, el mañío, el raulí. En la espesura, el sol casi no penetra. Arriba, brilla a veces por largos períodos, semanas y hasta meses enteros; pero sin alegría. El regalo del bosque es el agua, la lluvia fina. Todo parece esperarlo. El bosque toma un tinte frío y huraño. Los árboles extranjeros se llenan de melancolía; algunos se desgreñan y forman ramadas por las que pasarán apenas algunas gotas de lluvia. Los hombre se cubren con sus mantas e inician el trabajo de la estación. Llevan los animales a la invernada. El trigo ya ha sido sembrado y aquellos aserraderos apartados, que no poseen techos que los cubran, detendrán su trabajo durante la temporada. En la quietud húmeda de la vegetación, se escucha a veces el estampido seco de un árbol derribado. Entonces, en los ríos torrentosos, se ve navegando troncos y balsas tripuladas por indígenas. Y las misma carretas grises, con ruedas de robles, marchan dando tumbos en la tierra enfangada, arrastradas por bueyes lentos y un carretero insensible al mundo externo, que camina empujado por una voluntad extraña, que vive y crece como el árbol.

Con los roces atrasados se verá el fuego alumbrando los claros y trayendo con su crepitar un recuerdo antiguo. Luego, el invierno, caerá con todo su peso. Los interminables días del agua, en que los ríos crecen y se desbordan. Adentro de la selva algo acontece. En los lugares umbríos, en el misterio cerrado, el pájaro carpitero hace sonar una campana de palo; con sus plumas mojadas, con una persistencia extraña, perfora la piel dura y eterna. Está solo, cercado de quietud, de sagrado recogimiento, poniendo de relieve con su trabajo la presencia de algo ubicuo, que está elevándose como una sombra desde los lugares vírgenes, no hollados, herbóreos.

Antiguo paisaje. ¿Camina alguien en la espesura? Un ser oscuro, arrugado, cuya cabeza se va gastando por la acción del agua, la cara negra y los ojos malignos, marcha con los pies desnudos sobre el barro. Sus pelos son tiesos y su estatura diminuta. Se ha detenido en un sendero y en su actitud hay el aspecto extático e interrogante de los bueyes. Mira entumecido, amodorrado por el clima. Su mirada se congela sobre el follaje. Estira una mano y coge una hoja; se la queda contemplando; ve

que las gotas de agua se deslizan como imágenes. Es el hijo del invierno.

La rueda del año gira también dando tumbos en el cielo. Pasa el invierno. Un estremecimiento recorre la madera y, en el árbol, las corrientes secas se abren y cambian de dirección. Un perfume, como música, empieza a subir de la tierra. Es la primavera. Los cielos también abren sus ventanas y aunque la luz no entra en la selva, otra nube asciende allí y se va. Es el agua devuelta a su origen. Un olor agrio se esparce. La tierra se hincha, el bosque crece, el aceite caliente de la selva surge por debajo de la humedad y cae en el agua del río. Una luz propia sale de los árboles, de los troncos cortados, como sangrientos muñones, del roble apellinado, de los renovales y de aquellos claros que parecen viejos campos de batalla, donde el hacha hizo estragos. El copihue se nimba de esa luz que sale de los árboles. A través de difíciles senderos, un pajarito de plumas grises y pecho amarillo vuela trinando. Al llegar a este lugar, donde la luz de la selva surge, se queda inmóvil como una piedra aérea. Ha sentido el éxtasis de la vegetación. La selva parece empinarse sobre el pedestal de su vida autónoma.

En dirección opuesta, viene el olor de las casas de los poblados, donde las cocinas adquieren nueva vida. Los hombres inician el aparte de los animales en los campos. Nace la fiesta del rodeo en la "Medialuna". Fiesta del trabajo, en que el hombre y el animal se reencuentran.

Los caminos se llenan de mugidos y de polvo.

En un potrero verde, gruesos carneros se han reunido. Su pelambre les cubre hasta los ojos. Parecen colchones espesos. Uno se acerca y mira de manera mansa, con los ojos cubiertos por una tela de sueño, de modorra primigenia. Si el pasto pudiera mirar, lo haría así. Esa es la nube de la historia, del origen, envuelta en el olvido, en la fatalidad tremenda. Los grandes testículos se mueven entre la lana de las ancas; son la fuerza ciega, la máquina oscura del comienzo y del fin.

Gordos lagartos buscan el sol sobre los troncos retorcidos, contrahechos. Dentro de las venas del bosque circula una luz agria.

Por entre la espesura, un día encontré a Trabalaira. Igual que su nombre, era un individuo pintoresco. Vestía un traje verde y una chaquetilla corta, adornada con colgajos de cuero. Su sombrero cilíndrico tenía el ala recortada en forma de rayos

solares; sobre un hombro llevaba una manta también verde. Se había mimetizado con el contorno, al extremo que me costó descubrirle. Se acercó a mi caballo y me empezó a hablar. Su pelo, muy negro, estaba amarrado debajo del sombrero con mechas largas y tiesas. Sobre sus labios gruesos aparecía un bigotillo movedizo. Me empezó a contar historias. Se refirió al bosque, a la tierra y a los animales. Me aseguró conocer su lenguaje. Para demostrármelo, se dio a imitar las voces de los toros, de las culebras, de los pájaros y de los baguales de la sierra. Lo hacía sin la menor inhibición, como quien está solo y acostumbrado a la convivencia con la naturaleza.

En sus cuentos, los animales, los hombres, la hechicería y el encantamiento, se mezclaban. Los duendes, los diablos y los brujos, tomaban formas de animales para presentarse a los seres, convivir con ellos o producirles el mal y la muerte. Decía que los brujos no podían devolver bien por bien. Nunca, por esto, debía hacerse bien a nadie, pues era muy difícil reconocer a un brujo. "Cuando los brujos mueren —me dijo—, no tienen cielo ni gloria. No se van a otra parte, se quedan en el bosque y se transforman en animales".

Me contó la historia de un brujo llamado Mailef.

"Hace mucho —comenzó—, había un brujo viejo que se llamaba así. Vivía en el bosque, debajo de una ramada. Su poder era tal que podía destruir con un pensamiento. La gente iba a verle para que les curara el "mal de ojo" o para que el "meico" les hiciese algunos "trabajos". Le llevaban "las aguas" para que diagnosticara la enfermedad, también trozos de ropas o cabellos de enemigos, a los que se deseaba hacer "un mal". Mailef conocía todos los secretos medicinales y poderes venenosos de las yerbas y raíces. Como pago por sus trabajos sólo aceptaba comida o entrañas palpitantes de animales muertos. Un día pidio que robaran un niño. Decidió que sería su discípulo. Los secretos del "arte" se transmiten verbalmente, de generación en generación, en forma cruel, despiadada. Mailef quiso que su discípulo fuera ciego, para desarrollar mayormente su visión interior. Quemó con carbones encendidos los ojos del niño, quien creció atento a las palabras del viejo brujo. Pasaron los años. Murió Mailef. Su alma, que no tendría cielo ni gloria, se transformó en un sapo gordo y feliz, viviendo en un pantano de las cercanías. La fama del viejo, la heredó el discípulo, Afquinlao. A él iban ahora a comunicar sus cuitas los aldeanos. Un día, por encargo, debió

hacer un "mal". Deseando que su hechizo fuera poderoso, buscó por la selva un animal útil. Como era ciego, se arrastraba en cuatro patas. Así llegó al pantano donde vivía el sapo, que antaño fuera Mailef, su maestro. Sin reparar en ello o quizá por venganza, Afquinlao le dio de comer hasta hartarlo. Le cosió la boca y demás orificios, pensando en la persona a la que iba dirigido el mal. Luego, lo enterró en un lejano rincón del bosque, a donde llegó guiado por su vista interior. Poco tiempo después, en el fondo de la tierra, el sapo reventaba. Con la explosión, brotaron raíces de todos lados. En ese lugar, empezó a crecer una araucaria inmensa, la que cada año se acercaba un poco más al cielo. La araucaria era muy negra, porque estaba alimentada con la sangre del brujo Mailef. Cuando el pueblo lo supo, fue allí en peregrinación. Llevaban tortas de maíz que depositaban junto a las raíces; creían que la araucaria crecería un día hasta el cielo. El árbol tenía, además, la propiedad de devolver la vista a los ciegos. Afquinlao, el discípulo, la recobró y junto con él muchos que iban a apoyar la frente en su corteza. Sin embargo, hoy se ha perdido el derrotero para ir al lugar donde se encuentra la gigantesca araucaria. En vano se la buscaba en el bosque".

Tal vez Trabalaira la andaba buscando, porque dejó de hablar. Terciándose la manta y haciendo un guiño, se perdió fácilmente entre los árboles.

Al paso de mi cabalgadura regresé meditando. ¿Cuál es el origen de este mundo y el de la raza que habitó el bosque virgen? Tal vez urgando en estos desperdicios se descubran los recuerdos borrosos de una sabiduría antigua, grotescamente deformada, aunque visible debajo de la cáscara de la superstición, de la hechicería y la leyenda. En cualquier lugar donde levantemos un poco la superficie, nos encontraremos con los restos de un universo desaparecido que desea traspasarnos una sabiduría. ¿Qué es esa vieja araucaria que crece indefinidamente, como la columna del templo de la magia? Los que sobre su corteza apoyan la frente, recuperan la vista. ¿Qué vista? Los que para la magia viven, no tienen cielo ni gloria, es decir, no mueren, se transforman. Tampoco se debe hacer el bien a nadie —menos aún el mal—, pues se atrae el dolor. Y en el la transformación en un animal hay quizás el recuerdo rudimentario de una creencia en la reencarnación. La araucaria, por la que se sube al cielo, es el nuevo camino. En el llamado "mal de ojo", pudiera también encontrarse una interpretación popular, guardada por

la memoria colectiva, de un poder superior que obtienen aquellos que se mantienen impasibles "sin hacer bien ni mal". Las "tortas de maíz" que los hombres llevaban junto al árbol gigantesco, que crecería hasta el cielo, recuerdan a la civilización incaica y un pasado grandioso y desconocido en que la civilización de los incas y de los mayas tuvo su origen. ¿Qué vida de oro floreció entonces? ¿Qué sol vivo corría por las venas de la tierra? Los habitantes del sur del mundo parecen recordarlo. El pueblo, las razas moribundas, esclavas de la tierra, agentes del poderoso Ser que las venció, guardan en los corpúsculos de su alma colectiva los retazos del recuerdo lejano. La luz se fue y sólo quedó la sombra, el recuerdo adulterado de los últimos tiempos de un mundo sumergido en el misterio. Pero en el pueblo, como en las profundas capas de la tierra, se guarda el secreto del pasado.

Del mismo modo que Trabalaira, yo busco la gigantesca araucaria. ¿Dónde se encuentra hoy el camino perdido? ¿Acaso en medio del bosque impenetrable? ¿O sobre las cumbres nevadas? Puede que ni en una ni en otra parte, sino al final, al fondo del sur, en los lejanos oasis de los hielos.

Hoy el alma del pueblo se hunde en lo animal. Un perverso placer la empuja a repetir el pasado. El mal demoníaco se apodera de algunos hombres. El espíritu de la raza vencida es manejado por los hilos de su pacto con el demonio. Los hombres mueren y se deshacen en la maleza, su corazón es comido por los buitres y su sangre da vida a las lechuzas y a los lagartos. Nada crece ya más alto que las yerbas húmedas. En las rucas alguien apalea furiosamente los toldos durante la noche; se ha oído el canto del chuncho y la fatalidad anda rondando. Ese pájaro es el diablo que viene a anunciar desgracias con su chillido.

En la cocina de alguna casa, junto al fuego, la india Quirimaya cuenta historias de brujos y aparecidos. Bajo su falda, estregándose en sus pies dezcalzos, el gato negro hace brillar los carbones de sus ojos.

Cuando los grandes ríos se desbordan, arrasando los poblados, se pierden vidas y cosechas. Los trabajos del hombre han sido inútiles. Las aguas suben, las márgenes crecen. ¿Este mísero hombre, volverá a empezar desde el principio de las cosas, levantándose con las fuerzas de su resignado fatalismo?

Su corazón está duro y vacío como una piedra.

EL TRIGO

En las praderas del sur ondula, como un mar amarillo. Cruje. En la cordillera, en sus faldeos mórbidos, en los valles, hasta el límite del bosque, semeja el tierno vello de la tierra; o bien, una blonda cabellera, agitada por un viento que baja del sol. Lo cortan con amor y con sudor, con profunda ansia. En la guadaña, o en la hoz, que pasa por los tallos del trigo, hay como un signo que recuerda que su existencia no es de este mundo, que es un don de otra humanidad más sabia.

Las espigas suben, se afinan, crecen puras, impropias de la tierra; las moldearon ciclos cósmicos, batallas y triunfos de otra luz. Su luminosidad no es de aquí, procede de muy lejos. Por ello, quien cultiva el trigo, también no es completamente de aquí. Participa de su amor.

Antes, sobre las gabillas esparcidas, galopaban yeguas sudorosas. El grano se desprendía. Arriba, el sol brillaba y los torsos del animal y del hombre despedían el vapor de la carne. Era antes de la máquina.

¿Quién puso el trigo en la tierra? ¿Quién nos hizo el don? Este grano delicado no puede ser producto de una selección natural; ha sido ayudado en su evolución por la inteligencia. No se encuentra el eslabón, ni sus semejantes; la tierra carece de edades para llegar a la pureza y perfección de su existencia. Su mutación es un trabajo de otros mundos. Lo trajo algún misterioso ser o un viento de fuego atravesando las heladas regiones y cayendo en remolinos de nieve sobre las altas mesetas de la tierra.

En las praderas del sur se mece el trigo.

LA MADERA

En los aserraderos giran las sierras circulares, penetrando la vida torturada de la madera y esparciendo en el aire de los bosques su sangre pulverizada.

Dentro de la selva, la madera vive. La madera es también el paisaje de Chile. El raulí, el avellano, el mañío, el ciprés, el alerce, el roble. Debajo de la lluvia, crece. Un diminuto sol jugoso la acompaña. Su conciencia está envuelta en una niebla

substraída de la profundidad acuosa de la tierra. Más allá de la dura corteza, la dulce savia se desliza, emotiva y sensible, impregnada del recuerdo del origen del tiempo. Acaba de pasar por el corazón del ángel caído y ha visto cómo su forma se deshace en la creación.

En una época lejana, el bosque fue talado, como hoy. En sus claros una antigua raza adoró el sol. La madera fue trabajada y con ella se hicieron sitiales de pontífices. Esas formas perdurables fueron como nudos, parálisis, muecas en la vida de la madera; porque el árbol aspira a subir, a superar su forma, haciendo un esfuerzo dentro del sueño. Sus venas vegetales quisieran alcanzar el rojo sol caliente. Sus ramas se extienden como brazos y pretenden tocar, palpar. Son un simulacro cruel. Pasarán siglos, edades, antes de que el impulso se concrete. La forma busca la forma y dentro de esa niebla densa se sufre, se duele. Es la luz cruzando la sombra y doliéndose al pasar por esa zona.

Mientras tanto, duendecillos, lechuzas, visitan las raíces, donde aposentan sus nidos. Juegan en el bosque y son las imágenes del sueño vegetal. En medio de su trance, la madera también duda y es como el hombre, que yendo hacia Dios se cansa y quisiera volver al origen indiferenciado, disolviéndose. El seno de la Madre la llama y la seduce. Pero la vida de la carne y el sol de la sangre le hacen señas. Gracias al hombre, a veces, participa de esa vida, cuando, transformada en afilada lanza, entra en la palpitante entraña y toca la sangre, donde la idea está a punto de alcanzarse a sí misma.

En la fría humedad, el árbol es derribado. Pero siempre vence al hombre. El bosque sube hasta los cielos. Nada podemos contra él.

Hace muchos años, un titán de la antigua raza cortó un árbol y sostuvo el tronco sobre un hombro, por días y noches. El árbol le dio el poder sobre su pueblo, también le dio la muerte. Junto al patíbulo, vencido por los conquistadores, una pica filuda, de roble vernáculo o de raulí, perforó sus entrañas en el suplicio infamante, recorriéndole hasta los sesos. El guerrero no profirió un quejido; porque sabía que no era el español quien vencía, sino la madera, el bosque, el paisaje.

Y la mujer que a los pies de Caupolicán derrotado arrojó a su hijo, lo hizo como si fuera un pequeño tronco de árbol retorcido.

EL COPIHUE

En la soledad y la quietud, en aquellos lugares donde las hojas y las ramas se juntan, nace el copihue. Su remota campana de sangre suena. Quizá sea la sangre de la madera, del árbol milenariamente tronchado. Es un milagro de belleza y de emoción, nacido cuando un pasado se hundía en la noche y el indio sellaba sus labios con el secreto. Ha venido caminando como un sonido, desde dentro, y llegó aquí para presenciar el drama del paisaje. Su llama quema más que la del fuego. Es una llama metafísica. En el bosque es un juego del espíritu, una flor inexistente.

O bien, es la sangre del indio Galvarino, quien extendió sus brazos al Conquistador para que le cortara las manos. Cuando los muñones se elevaron ensangrentados, fueron como árboles dando roncos gritos. Y la sangre sobre el bosque era la sangre del árbol de la patria. En sus goterones coagulados nació el copihue. Las manos del indio, al caer desprendidas, sonaron como frutos. Sobre la tierra, empezaron a enfriarse. Galvarino se acercó y sobre ellas derramó su sangre. En sus manos solas, nació el copihue.

Ahora, al verlo allí rojo, no resisto a un deseo. Pienso en lo hermoso que sería un copihue sobre el fondo blanco de los hielos. Cerrando los ojos, lo veo sobre un témpano a la deriva, surcando los mares del Antártico. Poco a poco, va cambiando. Es ahora un copihue blanco, como una campana de vidrio, de cristales de sal o de sueño. Es el hielo místico del alma. Ultimo sentido de la tierra y del bosque.

EL VIEJO MANZANO

Un día entré en una antigua casa campesina y estuve caminando por sus corredores sombríos. En una capilla semiderruida se guardaban cuadros de la Colonia; envueltas en el polvo vi unas imágenes de santos de madera, vestidos con túnicas apolilladas. Por una puerta pequeña penetré en la sacristía y de ahí salí a otro corredor. Al final aparecía una luz y escu-

chábanse murmullos. Por el portón entreabierto se veía un patio. En el suelo, sobre las piedras, había algunos arreos y el polvo de mucho tiempo se acumulaba sobre ellos. Crecía también un viejo manzano de ramas nudosas. Por entre su copa se filtraba la luz de la luna, cayendo como un polvillo de plata. Un pequeño fuego estaba encendido y alrededor se movían las sombras de unas mujeres viejas. Conversaban entre ellas y, de vez en cuando, pasaban sobre las llamas unas tijeras. De pie junto al manzano, cubierta con un poncho, se hallaba la indiecita Quirimaya. La luz del manzano le caía sobre el rostro en éxtasis y su pelo suelto se derramaba como un agua negra, hasta su cintura. Una de las mujeres se acercó y extendiendo la mano sobre su cabeza le acarició el cabello. Empezó a sollozar. Las otras también lloraron. Formaron un círculo en torno a la indiecita inmóvil. Vi como una de las mujeres le cortaba el pelo y arrojaba los mechones al fuego. Lloraban extendiendo los brazos. Sólo la indiecita Quirimaya aparecía extática, con una calma que descendía del árbol o de la luna.

Esa noche, junto al viejo manzano, me quedé solo con la indiecita. Mirando ahora su cabeza calva como la luna, le pregunté:

—¿Aún te llamas Quirimaya?

Una emanación delicada se desprende de estas regiones del sur, donde emergen los bosques y se precipitan los ríos. Los volcanes nevados, el Osorno, el Puntiagudo, el Tronador y los grandes lagos invitan a continuar el camino que desciende más al sur, yendo a una zona que ya pierde el contacto con todo lo conocido: una gran isla que bien puede ser el resto sobreviviente de un mundo sumergido.

Pero el camino es lento y aún nos apegamos a las cosas de esta tierra.

Navegamos las aguas del lago Llanquihue como las últimas que aún no hielan con su frío mortal el corazón.

LOS RESTOS DE LA LEMURIA

Cuando descendí del tren, una lluvia fina caía sobre la ciudad de Puerto Montt. Se puede decir aquí termina el continente; más allá empieza un mundo vago.

Sin pensar en protegerme de la lluvia, caminé al anochecer por calles grises. Nadie transitaba y únicamente un coche de caballos apareció junto a los muelles. Un conductor ebrio azotaba furiosamente al animal que se encabritó y empezó a correr por la calle de asfalto. La carrera desatinada lanzó del coche a uno de los tripulantes que rodó un largo trecho, mientras el otro gritaba y reía sobre el pescante, perdiéndose a lo lejos, bajo la lluvia.

A través de la atmósfera gris y densa, vi la sombra boscosa de la isla Tenglo, primera cuenta de un rosario de islas misteriosas que emergen como las cumbres sobrevivientes de una inmemorial cordillera sumergida.

Al otro día un sol sin fuerza brilló en el cielo. En el muelle subí en un pequeño vapor. El sol frío llenaba de luz y color el paisaje. Islas y más islas, pobladas de casitas rojas y verdes. Botes a vela, pequeños lanchones, lanchas a motor y, arriba, un cielo frágil. En el agua quieta, siguiendo la estela, saltaban las tuninas; sus lomos arqueados y sus aletas afiladas surcaban el agua ondulante. En el canal de Chacao el vaporcito se detuvo frente a una isla y un bote de pescadores se acercó, ofreciéndonos erizos. Comer erizos es tragarse un puerto con todos sus barcos y sus seres; en cambio, el sabor de las ostras es el de alta mar, con la soledad y la quietud de los horizontes, también con sus tormentas. Ese día imaginé que me comía esa caletita pintoresca de Puerto Montt, Angelmó, donde se juntan en gran número las barcas de los pescadores, con sus redes y su intenso colorido.

Al atardecer, sobre cubierta, miraba el agua. Aunque quieta, espanta. Tiene esa consistencia dura de las aguas demasiado heladas. Si alguen cae en ella de poco debe servirle saber nadar. Quizá por esto el chilote, gran marino, que surca los mares en sus débiles "dalcas", alcanzando a veces hasta Panamá, no sabe nadar. El avezado y audaz marino, que no teme al agua sobre su barco, una vez caído en ella no le opone resistencia, se entrega fatalmente a su destino, con la misma resignación con que antiguamente lo hizo la tierra.

El agua quieta, ya tiene algo de esa consistencia de goma o de caucho que refiere Poe en las "Aventuras de Arturo Gordom Pym", quien navega el sombrío sur del mundo, arrastrado por una corriente interminable de pesadilla que le empuja hacia el Polo.

Al atardecer, apareció la gran isla de Chiloé. El vapor ancló en el puerto de Ancud. Un viento furioso empezó a soplar y los botes en que descendimos eran zarandeados como débiles cáscaras.

En el dialecto huilliche Chiloé quiere decir tierra de pájaros, tierra de chelles. Los chelles se parecen a las gaviotas; viven sobre aceitosas balsas de huiros mecidas por las corrientes. La Gran Isla es una tierra restante, enmarcada al oriente, más allá de los canales, por las crestas nevadas de los volcanes, donde las olas golpean contra los Andes; las islas pequeñas, que la circundan, son cumbres de la cordillera de la costa que continúa debajo del agua en el canal de Chacao. Al oeste se extienden colinas boscosas, con sus alerzales y cipresales. Las quilas y los boquis surgen de la tierra. La bauda, pájaro negro, sube de pronto del suelo, graznando como si fuera la sombra de la humedad que ha adquirido forma en el transcurso de los siglos.

Todo aquí es extraño. Parece como si el paisaje se redujera de dimensión, en verde y en rojo. Las casas, las colinas, los animales son estampas reducidas.

En tiempos antiguos, cuando los españoles arribaron a estas costas, seres de túnicas blancas les recibieron. Hoy son pequeños individuos huidizos que viven en casas empinadas sobre zancos de olivillo. Se entregaron al español y con él permanecieron hasta el último. Chiloé fue el reducto leal a España. Por eso el idioma español conserva aquí más su pureza. Suena extraño oír a esos indígenas de tipo polinésico hablando un lenguaje más castizo que el nuestro, con una entonación melódica. En la capital de Chiloé, Ancud, se destacan las siluetas en ruina de los viejos fuertes españoles. Entre los helechos y la maleza se conservan los cañones mohosos, que antaño dispararon salvas por su rey.

La estatura pequeña del chilote débese seguramente a la falta de cal del suelo. Es un ser curioso. Emigra a menudo a la Argentina en busca de trabajo; vuelve vestido de gaucho y se encierra en su casa a tomar mate durante todo el invierno. Quien trabaja en Chiloé es la mujer. El matriarcado preserva el germen. El varón parte a otras tierras, como repitiendo el suceso de una emigración prehistórica. Es su única rebelión dentro de un ánimo manso y oblicuo. Mas, en estos seres existe una inquietud que indica una angustia, un descontento esencial, refrenado en sus comienzos, desde tiempos antiguos, por la fuerza fatal

de los elementos naturales y luego por el dominio de los españoles. El chilote es fatalista, pero no es resignado; de ahí esa mansa e hipócrita humildad, junto a un orgullo imponente, nacido de alguna oscura conciencia de ser el guardador de la memoria del comienzo del mundo. Se sabe lejano, muy antiguo y nos mira como a recién aparecidos. Su inquietud sin límite hurga, busca para ver si alguien es capaz de reconocerle. Vive pendiente de lo que sobre él se diga y se escriba, esperando la palabra que habrá de reivindicarlo. El chilote necesita que le revelen su verdad.

Para penetrar la interrogante de este mundo hay que empaparse con su orín y su podredumbre arcaicos. Sólo participando de su drama podrá alumbrarnos la intuición.

Sobre la isla de los chelles, el chilote nos espera. Como por un mandato, se mantiene en su angustia de existir, mezclándose sólo con los suyos, para que la raza no desaparezca. Aun cuando degenerada, guarda su legado. Antes de sumergirse en los pantanos sobrevivientes deberá entregarnos las claves.

LA SERPIENTE CAI-CAI

¿Cuál es el secreto? El de siempre: una serpiente. Envuelta en la oscuridad del principio de las cosas, preserva la luz difusa del recuerdo.

Los bosques, los pantanos, los helechos, las plantas monstruosas, como vellos o hebras de la infancia de la tierra, perduran sobre este último atolón de un mundo desaparecido. Más abajo de las aguas, en el centro, ahí donde las tinieblas son fosforescentes, ondulan las corrientes. Despiden destellos y llevan cabezas de serpientes. Se cruzan, se entrecruzan y sus ojos malignos y astutos alucinan a los Polos. De ellas depende mucho, quizá todo. Reptan, prisioneras, multiformes, raíz de potencias tremendas. Sus poderes son fatales. La historia se repite: un día el agua —la Serpiente del agua— sumergirá la tierra. Y así hasta la consumación de los siglos.

He aquí el secreto. El recuerdo está en la base de los mitos y leyendas de Chiloé. El agua inundó a las tierras. En el idioma huilliche, Chacao viene de chagcán, que quiere decir desmem-

brado. Una planicie inmensa, un continente fue destruido y sólo sus restos perduran como cumbres a través del mar; islotes, mesetas, retazos, miembros dispersos, presencias fantasmales del primer horror. Eso es el sur, Chiloé y Chile en su conjunto. El mar enfurecido pule aún las costas, juega, se entretiene con los restos de su presa, mientras digiere lo ya depositado en su vientre.

La leyenda chilota cuenta que hubo dos serpientes. La Serpiente Cai-Cai, señor del mar, y la Serpiente Ten-Ten, señor de la tierra. La primera es hoy un cerro de las costas de Chiloé y la segunda un cerro de las islas Chauques. Cai-Cai contenía el ímpetu de las aguas del Océano. Irritada, dejó de hacerlo un día, permitiendo que el mar inundara la tierra. Los hombres pudieron salvarse gracias a Ten-Ten, fuerza antagónica, que al final detuvo las aguas, logrando salvar del desastre algunos restos.

Desde entonces, cuando suben las mareas, los chilotes temen e imploran: "¡Detén, Ten-Ten!"

¿De dónde viene este recuerdo? Chiloé no puede ser el origen. El mito habla de serpientes en una región donde no las hay. La serpiente del agua, visión de navegantes de la prehistoria, no ha existido en nuestro mundo. Pertenece a otro anterior a la tierra actual. Las grandes serpientes reptaban junto a los lagartos alados y a los monstruos de la Lemuria, en el aire caliente, donde el agua del mar hervía a borbotones. ¿Cuál es el origen de la raza chilota? Todo coincide para creer que llegó a esta meseta isleña desde las islas del Pacífico, navegando en "dalcas". Las túnicas blancas y sus mitos nos hablan de una edad sabia y brillante que desapareció.

El chilote, oriundo de un mundo desaparecido y de una gloria remota, se siente extranjero en la "nueva tierra". Nada le es común ni querido. Se desahoga, en parte, partiendo como lo hizo antaño. Sólo la mujer, por ley fatal, continúa el cansador trabajo. El hombre le ha entregado el dominio del hogar, del bote y de la isla. A él nada le interesa, es un náufrago de una edad sumergida.

Hace mucho, mucho tiempo, hubo un continente único, central. Y todos los mitos de la tierra seméjanse porque son una memoria que tuvo ahí su origen. Antes de su hundimiento y también antes que Ten-Ten detuviera a Cai-Cai, algunos hombres partieron en el Caleuche, donde hasta los muertos se salvaron, pasando a la otra orilla, a la otra época, a la otra tierra. El Caleuche navega bajo el agua, con todas sus luces encendidas y llega

a un misterioso lugar, que es la Ciudad de los Césares, o el Oasis que existiría entre los hielos de la Antártida. El mito Tolteca de la Serpiente Emplumada, Queltzalcoatl, tiene su símil chilote en el caballo alado que transporta a los seres del Caleuche. Ten-Ten detuvo el agua; pero alguna vez, de nuevo Ten-Ten será vencida y Cai-Cai sumergirá el mundo. Es que sólo Qeltzalcoatl podrá vencer para siempre a las serpientes, remontándose con sus alas. Sólo El, que desapareció por el Oriente, hacia el mar. Y a la Serpiente le crecerán alas. Y nunca más el agua sumergirá la tierra —el fuego de la tierra— ni la tierra volverá a estar en lucha con el agua.

En las tardes grises, mientras llueve interminablemente, cuando suben las mareas, el chilote sale de su casa edificada sobre pilares de alerce o de olivillo y contempla el agua. Son las mareas las que rigen su vida; ellas controlan los nacimientos, los matrimonios, las muertes de los ancianos y la enfermedad de las mujeres. El mar también se enferma, es femenino, es "la mar" y, a veces, deja una espuma roja sobre la arena.

Junto a las ostras, a las pancoras y a los quilmahues, el chilote come sus "curantos". Sobre piedras recalentadas, mezcla las cholgas, los choros, las papas y el maíz. Une la tierra y el mar por medio de sus seres y de sus frutos, logrando, por así decir, que Cai-Cai y Ten-Ten se armonicen otra vez, se fundan y se apaciguen en el interior de su propio cuerpo.

LOCAS EN LA NOCHE

En Ancud conocí a dos hermanas que vestían permanentemente de luto. Tenían cabellos amarillos y ojos azules. Dueñas de una casona antigua, con un patio con naranjos y flores mustias, permanecían solteras. Sus rostros se veían consumidos y pálidos. Me invitaron a su casa la primera noche de mi llegada. En el patio y bajo una luna inquietante, comenzaron a preguntarme por mi vida.

Una vieja empleada trajo fuego y se sentó en cuclillas en el suelo, mientras la hermana menor comenzó a interpretar las líneas de mi mano:

—Joven, veo tu camino; qué difícil es. Te vas; pero volverás... No nos olvides. Yo soy buena y mi hermana es mala. Esta vieja tiene la culpa. Mira la luna sobre la isla, extiende tus brazos, expónle tu cuerpo. Mi hermana y yo nos desnudamos en las noches y nos bañamos en su luz. La luna nos hace crecer los brazos, nos aclara el pelo y los ojos y nos hunde el pecho. ¿Quieres que nos desnudemos? El cura se enojará; pero, ¡qué importa! Pobre niño; te irás, pasarán los años y no nos podrás olvidar. Estás perdido, si la Pincoya no te ayuda; tú serás como el Invunche, porque un día, en la prueba final, volverás el rostro y ya no marcharás más de frente, sino que con la cara vuelta. Te irás y volverás; pero sólo cuando tengas un Maestro... Tú defraudarás a tu Maestro... Te perderás por tu corazón. El Diablo lo sabe y trabaja a través de tu corazón...

Me reí. Entonces la otra hermana comenzó a gritar:

—Dices que soy mala, en cambio los brujos afirman que yo soy la mejor. ¿No es cierto, ama? Joven, te convido al aquelarre. ¿Te atreverás? Espera que la luna suba un poco más en el cielo y que el humo del fuego llegue a tu nariz, entonces saldrás gritando: "Tue, tue, tue", y volarás, como la bauda. Al llegar a la caverna de la cumbre, donde nos esperan los "hermanos", le darás un beso en el trasero al que cuida la entrada y comenzaremos la fiesta. ¿Quieres que te inicie? ¡Vieja, pásame el plumero!

Y se abalanzó sobre mí armada de un plumero. Su hermana la detuvo. Mientras tanto, la vieja no se movía del suelo y miraba la escena entre divertida e impenetrable. Pensé que estas mujeres estaban locas. Pero seguí la farsa, aparentando interés por sus predicciones.

—Díganme —les pregunté—, ¿cómo viven aquí tan solas ¿Qué esperan de la vida? ¿Por qué no viajan hacia el norte?

Se miraron entre ellas con un gesto de complicidad y de compasión.

—¿Quién te ha dicho, niño, que estamos solas? Espera a que la luna suba...

—¡Qué extraño! —exclamé—. Ustedes tienen los ojos celestes. ¿Hay algún extranjero en su ascendencia?

Se rieron.

—Sí, un viejo con pipa, un pirata rubio que vivía en el Caleuche. Ese era nuestro abuelo. Vino y se fue. Nos dejó esta casa y una fortuna. ¿Quieres que te demos oro?

—Cómo, ¿en el Caleuche?

—A ver, ama, cuéntale a este joven lo que tú sabes del Caleuche y de nuestro abuelo.

La vieja abrió la boca:

—Estas gentes de Chile son muy ignorantes, niñas. En el "continente" no se sabe nada de estas cosas. Sería mejor no hablar; pero como este joven volverá algún día por esta isla y seguirá más lejos, en busca, quizá, de esa ciudad donde el Caleuche detiene su camino, conviene que le instruyamos, no sea que lo vea y no lo sepa, que lo encuentre y no lo reconozca. El Caleuche se llama también el Gualtecas y está en todas partes de nuestro mundo, nos rodea como el agua y está debajo del agua. Joven, abre bien los ojos, no te dejes nunca engañar. Cuando, yendo por los canales, veas algunas vez un atado de huiros flotando a la deriva, sabrás que es el Gualtecas, que en el día se transforma y se disfraza. Sólo en la noche vuelve a ser un buque; enciende sus luces y navega. Dentro de él se oye música celestial y los hombres rubios danzan y cantan. Sus luces apagan los reflejos de la luna. Si ves un lobo de mar reposando en la playa, no lo perturbes, porque también puede ser el Gualtecas que descansa en espera de la hora de zarpar. Nunca le hagas daño a planta ni animal, vigila tus pasos, porque el Gualtecas lo sabe todo y los que en él viven te vendrán a buscar y te llevarán en su barco a una zona oscura, donde tu alma penará. Así le pasó una vez a un hombre que mató a una loba con sus hijuelos... También el Gualtecas te premia, y los que en él viven te dan el oro. Aquellas casas que tú ves siempre con las puertas cerradas y en las que sus moradores son muy ricos, es porque comercian de noche con el Gualtecas. El buque premia a aquellos que saben del "arte" de la magia, que a los ojos del día son locos y a los de la noche son sabios. Mi hijo se fue... Yo tenía un hijo... Estoy segura que se encuentra en el Gualtecas... El ha tenido más suerte que yo, que soy mujer y no puedo irme. El abuelo de estas niñas era un tripulante del Gualtecas. Le llamaban "Corsario"; vino un día en el buque y se detuvo frente a esta Isla Grande. Sólo unos días estuvo y después volvió a partir; pero dejó la isla llena del color de sus ojos. Míralas, ellas aún le recuerdan; los ojos azules son "desveídos" porque es el color de los ojos de los muertos, que navegan dentro del Caleuche... Si tú, joven, buscas el puerto donde está anclado el Gualtecas, es que tu alma está endemoniada. Muchos lo

han buscado antaño y nunca nadie lo encontró. Es sólo yendo dentro del Gualtecas y no de a pie, o en otros buques, como podrás un día descubrir esa región.

La vieja enmudeció, porque el fuego se había apagado. Las hermanas se pusieron a entonar una melopea gutural; subiéndose las mangas de sus trajes negros, extendieron sus brazos flacos a la luz de la luna. Le imploraban al astro que con su substancia impalpable, con su fuerza creciente les diera un gran poder. A mí, me pidieron que no las olvidara. Sacaron del bolsillo una tarjeta en que estaban impresos sus nombres y me la pasaron, escribiendo ahí la siguiente frase: "Para que no nos olvide, para que vuelva".

.....

Después de tantos años, así ha sido. He vuelto. Pero en busca del Caleuche.

EL CALEUCHE

La leyenda vive y se alimenta de una emoción profunda. Un acontecimiento que afecta la raíz de la imaginación, sobrevive expresándose en símbolos que atraviesan las edades. En el más lejano pasado de este mundo hubo de seguro una catástrofe que desmembró las tierras. Algunos hombres se salvaron en barcos por la acción de la Providencia. Tal vez una primitiva "dalca", que pasó la mayor parte del tiempo cubierta por las olas embravecidas, navegando casi bajo el agua, fue el Arca de la salvación. Y aquellos que se salvaron verían flotar embarcaciones tripuladas por muertos, arrastradas por las corrientes del Océano.

Pueblo de navegantes, el chilote vive sobre el mar. Su evasión es el viaje. Explotado en la Colonia, sirviendo a la fuerza en los ejércitos y olvidado por los gobiernos centrales, su única escapatoria es el Caleuche. Vivir en el Caleuche es no tener preocupaciones, es ser rico, es participar en una eterna fiesta de corsarios. A las playas de Chiloé llegaron buques de piratas holandeses; en ellos el chilote vio la realización de una vida de libertad y de grandeza que sirvió de alimento a la leyenda. Los

corsarios venían quién sabe de dónde y se iban a lugares ignorados. El Caleuche se pierde en el horizonte nocturno y ancla en la misteriosa Ciudad de los Césares.

La Leyenda de la Ciudad de los Césares se agrega a la del Caleuche. El padre Mascardi buscó la Ciudad por los lagos y los montes del sur. ¿Podrá alguien encontrarla? El Caleuche navega como un submarino. ¿Cruzará bajo los hielos del Polo Sur? ¿Será ahí donde se encuentra la inmortal Ciudad?

El chilote viene de vuelta de un mundo muy lejano. Los que en su tiempo se salvaron, "se fueron" en el Caleuche. Los que hoy sobreviven son restos que se mantienen aún para traspasarnos el secreto, tal vez como delegados de los hombres-dioses, que habitaron un continente donde el Mito del Caleuche tuvo su origen y donde se conoció el comienzo y el fin de su última morada.

Junto al reinado de las aguas, el símbolo es un barco. En el bosque, será un árbol. Los que viven en el Caleuche son eternos, están más allá del tiempo. El Caleuche se transforma durante el día. Puede llegar a ser un atado de huiros, de algas o un pez sobre la arena. La realidad no existe, está sujeta a mutaciones, cambia según los ojos y la fe del que mira. La realidad es como un kaleidoscopio. Hoy es una cosa; mañana, otra. Sólo el Caleuche existe más allá de lo sensible. Como el árbol en la selva, es aquí el símbolo de un poder superior que da la inmortalidad. Desde la hondura de los mundos desaparecidos, nos llega un mensaje insistente: "Vosotros también pereceréis. Sólo hay un medio para la salvación de los elegidos. Un medio extraño, difícil, en pugna con los astros y con el destino: el Caleuche".

LOS HELECHOS

Desde Ancud a Castro se puede ir en un autocarril que corre a veces por una angosta galería cercada de helechos gigantes. Sus ramas se extienden como los verdes tentáculos de pulpos prehistóricos, o como las cabelleras enmarañadas de cabezas sumergidas. Estirando la mano se los puede tocar. Son una flor que creció en el aire caliente, envuelta en las neblinas y en los vapores de los pantanos de la creación. Aún parece trasudar el

vaho de otra edad, y en su penumbra hay enredadas escamas y grandes alas de murciélagos. Las garras y el fuego del dragón mitológico también han dejado ahí su marca.

Más allá, cruzando el gran Océano, se encuentran las islas del Japón, que se parecen a estas tierras porque tienen un mismo origen, siendo las cimas del otro extremo o los bordes occidentales del mundo antiguo desaparecido. También las sacuden volcanes y terremotos, como estremecimientos póstumos. Los japoneses se nos parecen; conservan aún vivo el recuerdo del dragón de fuego, que avanzaba en los pantanos, elevando sus alas gelatinosas. El dragón de oro está bordado sobre sus túnicas blancas.

En la larga soledad de este sur, en las islas, el helecho crece como la flor lejana de la Lemuria. A pesar de su antigüedad, se conserva más fuerte y joven que esa otra planta moribunda: el hombre. Ambos se acompañan en su calvario.

DONDE LAS PAPAS SE PUDREN

En Castro volví a tomar un barquito que me llevó a una región más hermética todavía. En la tarde anclamos frente a Chonchi. La marea estaba alta y las olas golpeaban el bote que me llevó a tierra. Pero no fue precisamente en la tierra donde puse el pie. Una escala colgante me subió a un muelle que era más bien el pórtico o terraza de unas casas pobres, levantadas sobre el agua en pilotes de madera. Penetré en las casas, luego salí por un pasillo hasta alcanzar unas veredas también de madera. Desde ese instante tuve la sensación de que ya no saldría del interior de una casa y de que toda la ciudad se hallaba edificada sobre el agua.

Caminando de noche tropecé con unos objetos duros y pequeños. Eran papas mojadas y podridas. Esparcidas en el suelo servían de alimento a las ratas. En Chonchi y en toda la isla se había sembrado ese tubérculo en gran cantidad, al conocerse la escasez de papas en el norte; pero se había carecido de la ayuda del gobierno central para conseguir fletes. El alimento se pudría ahora sobre la tierra misérrima.

Chonchi es también una ciudad de parientes. Las familias se han mezclado entre ellas. Los Vera, los Andrade, los Bórquez,

son los dueños de la isla. Esa noche estuve en la casa de un Vera y bebí la tradicional mistela, sentado en el salón principal. Vera no se sacó la manta negra y peluda, mientras me narraba historias de la región. Me habló de las papas, precisamente de las mismas que se pudrían. En el patio, sobre un brasero de cancagua se quemaban las brasas de pelú.

Tarde salí y me puse a recorrer la ciudad solitaria por la orilla de los muelles. Penetré en una zona vaga. No recuerdo de qué manera llegué a encontrarme a medianoche en una miserable choza de la playa, sentado en el suelo sobre unos choapinos rojos, con una joven chilota a mi lado y una vieja de cabellos lacios y sucios, que me servía unas limonadas y hablaba de la miseria del año transcurrido.

—Sólo papas hemos comido. Esa desgracia débese a que el congrio rojo, que es el pescado del diablo, ha abundado en los canales.

La chilota joven bebió limonada en mi vaso.

—Estas muchachas —continuó la vieja, señalando a la joven—, son las novias del Trauro. Tienen el Trauro adentro. Ten cuidado, chileno.

—¿Qué es el Trauro?

—¿No lo conoces? —me preguntó la muchacha—. Anda entre los boquis y las quilas, salta en los alerzales y lleva una falda corta de ramas. Nos persigue a las mujeres y nos "voltea". Al Trauro le da lo mismo que la mujer sea joven o vieja, que sea una o diez. El Trauro no se cansa nunca.

Un sátiro con pollerín polinésico, pensé, un dios Pan, desterrado en esta isla gris.

Los ojos de la vieja y de la otra mujer me cansaron; eran demasiado astutos y oblicuos. Se reían de todo, no creían lo que decían y sólo estaban atentas a las realidades menudas y prácticas: la vida difícil sobre la isla, el precio de la limonada, las papas comidas por las ratas.

A través de este nublado recuerdo, comienza mi historia en la Isla de Chiloé.

Me refugié en el hotel, un tugurio, y me dormí con un sueño pesado.

Al amanecer abrí de par en par la ventana. Sobre los techos bajos, casi al alcance de mi mano, se posaban unos grandes pájaros negros, de picos curvos, que miraban fijo las blancas nubes sobre las colinas y permanecían estáticos, como tétricas

sombras esculpidas. En la mañana de sol las casas pobres de la ciudad adquirían color y dimensión. Mientras tanto, por los caminos de las colinas, empezaban a ascender unas mujeres descalzas, cubiertas con chales negros. Sobre sus cabezas, a veces sobre sus hombros, portaban canastos con cholgas y mariscos. Eran las mujeres de Lemuy, que venían a vender sus productos. Marchaban lentamente, a un mismo ritmo, balanceándose bajo el peso de su carga, mientras el borde de sus chales negros, semejando mantos, rozaba sus talones desnudos y dejaba una huella sobre la tierra. Esta escena parecía arrancada de una estampa de algún libro arcaico. Me vestí y bajé a la playa.

En botes, sobre el agua, encontrábanse las mismas mujeres. Algunas tenían rostros hermosos. No se veía un hombre. Me hallaba, así, en el dominio de un pretérito matriarcado. Les hablé y me respondieron sonrientes.

—Si en vuestra isla de Lemuy no viven hombres, llevadme con vosotras.

Asintieron, risueñas o coquetas. Después, me quedé observando cómo partían, cubiertas con sus chales, de los que asomaban los brazos morenos. Eran las amazonas del bote, que volvían a su isla de Lemuy.

Esta escena, que contemplé hace tantos años, debe repetirse hoy en todo el archipiélago y en los puertos de la Isla Grande: Quemchi, Queilén, Quellón, Chonchi, Castro, Ancud. Como ayer, hoy y mañana. La mujer reina, la mujer trabaja; el hombre huye, parte, no hace nada, sueña, se deshace. La tierra paupérrima empobrece, envuelve en atmósfera letal, en un clima de disolución y prehistoria.

Chonchi tiene tres colinas, una después de otra. Es difícil, dicen, llegar a la tercera, pues sus amables habitantes atienden al viajero ofreciéndole sus mistelas, un licor del tiempo de la colonia. En la segunda colina el visitante ya está tan borracho que no podrá arribar a la tercera. Sin embargo, logré subir las tres y fui invitado a la casa de la iglesia por el cura. En su comedor conocí a un personaje, de apellido Murúa, quien me propuso cruzar la isla de Chiloé hasta alcanzar las grandes olas del Pacífico.

Murúa era una especie de gigante que hablaba a gritos, con vozarrón de trueno, porque era sordo. Desarrollaba una actividad increíble en medio de este paisaje y de estos seres abúlicos.

Comerciaba con los puertos, al mismo tiempo que administraba haciendas y aserraderos. Era nortino, nacido en Iquique; odiaba a la gente del sur, principalmente a los chilotes, a los que destinaba los peores epítetos, asegurando que eran ociosos, ladrones y sucios, gente digna de ser extirpada en forma radical y científica de la superficie del planeta. Me pareció que el secreto de su actividad, curiosamente impermeable a la influencia aplastante del clima, se hallaba en su sordera. Esta le permitía vivir sin sentir, sin "oír" el paisaje, casi sin verlo. Aislado en sí mismo, se mantenía en esa febril y cruel actividad, casi con odio y rencor. Montado en su caballo blanco, Murúa pasaba al galope a través de la isla, de día y de noche, sin ver ni oír, pendiente sólo de su obsesión: ganarle la partida a este enemigo mundo del sur.

Detrás de él y de su caballo blanco, partí en busca de las grandes olas del Pacífico.

Mi caballo era huilliche, peludo y petizo como los aborígenes de la isla. La montura tenía un solo estribo y las riendas eran abiertas en su extremo, a la usanza argentina. El galope de mi caballo era corto y aplastante. Murúa no lo podía soportar y al galope epopéyico del suyo, se perdió en el camino. Le vi desaparecer envuelto en una nube de polvo y ya no le encontraría hasta la noche, cuando molido y zarandeado me desmonté para comer algo y descansar en una hostería, en la vecindad del lago Huillinco.

Murúa me miraba sonriente mientras comía sin hablar. Después, con su voz ronca, me contó su vida. Quería vencer en esta tierra empobrecida, en este mundo en el que nadie trabajaba, extraer la riqueza del suelo, para volver poderoso a su ciudad natal. Soñaba con el norte, en él pensaba, mientras se afanaba en este purgatorio; quería volver rico y triunfante del mal del mundo, imponiéndose al resto de sus compatriotas. Murúa ha sido el único ser que yo he conocido en esta zona de la tierra que no sentía la sugestión del sur, que no vivía para dejarse arrastrar por la corriente que empujaba a sus extremos. Y será por lo que he dicho: porque era sordo; porque no "oía" el paisaje.

Dormimos en una misma pieza. En mitad de la noche, sobre su lecho, comenzó a vociferar. Gritaba y se quejaba, lanzando puñetazos al aire. Con su gran voz expresaba una angustia reprimida. Temía no poder volver antes de que la muerte se le

metiera en el corazón. Con inflexión tierna, nombraba a Iquique, su ciudad. En medio de una fortaleza aparente, el gigante sufría, con temor de ser vencido por el contorno. Tal vez, en el sueño, su oído interior se abría para escuchar el sur, y su conciencia profunda percibía los estragos acaecidos en su alma.

Me levanté del lecho para socorrerle en su delirio. Como no oiría mi voz, le desperté golpeándole en el poderoso pecho. Al fondo de ese cofre me respondió un sonido hondo, como el eco en un universo distante. Y Murúa despertó. Sin conocerme, seguía defendiéndose de una sombra que parecía sujetarle. La nombró varias veces, diciendo que era el demonio de la tierra, que habitaba en esa región maldita del sur, deseando encadenarle. Pareció recuperarse por un instante; mas, al mencionar nuevamente su ciudad, se puso a sollozar con su gran voz de sordo y de gigante.

EL LATIN EN LA LEMURIA

El lago Huillinco se extendía terso y claro en la hermosa mañana de sol; únicamente en sus bordes las aguas reflejaban las manchas verdeoscuras de los bosques. El sol era un milagro suave entre nubes dispersas.

Cuenta la leyenda que a este lago llegan las almas de los muertos y en sus riberas suben a un bote tripulado por ángeles. Son transportadas a las arenas del Pacífico, donde podrán remontarse a los cielos. En las orillas del lago esperan —como las almas lo han hecho siempre a través de los siglos— hasta que el sonido argentino de unas campanas celestiales anuncia la aparición de la embarcación con seres alados. El cielo está en los confines de esta isla transitoria, de esta balsa de los náufragos; allá, donde antaño se extendió la primigenia patria, el mundo desaparecido.

Como los muertos, Murúa y yo esperamos esa mañana a la orilla del lago.

Y fue una lancha a motor la que se aproximó, trayendo como único tripulante a un ser de una edad indefinida. Curtido por los vientos, tenía ojos celestes, y su pelo debió ser rubio alguna vez. Era el barquero de este lago. Por una pequeña tarifa llevaba pasajeros. El Gobierno también le fijaba una suma anual

por transportar la correspondencia. Se llamaba Emil Brix. Danés de origen, su historia era la de los emigrantes: lucha y esfuerzo. Radicado primero en el sur argentino, en la Bahía de San Julián, donde Hernando de Magallanes casi muere de hambre y frío con toda su gente, logró adquirir posesiones y fortuna; pero un incendio lo destruyó todo. Y Brix se mudó a Chile con su mujer, instalándose en Chiloé, en medio de este lago, en una pequeña península que apodó "Contento". Encontraba mucha similitud entre su tierra natal y los canales del sur. Vivir cerca del agua era para Brix una necesidad; aquí se sentía como entre sus "fiords". Sin hijos, el matrimonio dirigió todo su afecto a la naturaleza y puso su entusiasmo en el ideal del cumplimiento de una misión. Algo característico de la raza nórdica y que en Emil Brix encontraba expresión, por ahora, transportando aborígenes por sobre las aguas del lago Huillinco. De este modo relacionaba a Chonchi con la antigua población minera de Cucao. Creía que este mundo del sur era idéntico a su Mar del Norte. Con esta absurda idea quizá lograba preservarse de los impactos destructures del paisaje. La providencia no le deparó el hijo que habría sido arrastrado a la catástrofe.

A poco de habernos embarcado en su lancha, en medio de las aguas del lago, el cielo se nubló y la lluvia comenzó a caer. Emil Brix se cubrió con un pesado capote y un gorro impermeables y dirigió la embarcación hacia la orilla, donde se escuchaba el ruido de sierras mecánicas. Unos hombres esperaban y nos invitaron a buscar refugio mientras escampaba. En medio de un claro se había instalado un aserradero. Por todas partes, árboles cortados, maderas a medio trabajar. El olor penetrante se desprendía de la tierra y de los árboles tronchados. Los hombres vigilaban el trabajo de las sierras. Uno de los empresarios había sido antaño muy conocido en la capital. Talaba aquí los bosques, transportando la madera a Alemania. La guerra interrumpió el plan y los cargamentos quedaron paralizados en los puertos. Su voluminosa figura se destacaba junto a los árboles sobrevivientes. A su lado se hallaba un hombrecillo delgado, de perfil incisivo y melancólico, de apellido italiano; era el guía, conocedor de la región, también desterrado voluntariamente desde hacía años. Su nombre era famoso en toda la zona como experto cazador de lobos marinos y de focas. Un Mayor de Ejército les acompañaba, observándolo todo con atención. Su uniforme ponía una nota extraña en este paisaje.

Como la lluvia no cesara, el danés nos invitó a subir a su lancha para proseguir la travesía. De nuevo el ruido del motor de la embarcación se deslizó débil sobre la sabana gris del lago, bajo la lluvia fina. Ibamos silenciosos, observando el horizonte, hasta que apareció una puntilla hacia la que enfiló la nave. Era Contento, el lugar elegido por Emil Brix para levantar su casa, cercado por las aguas del lago Huillinco. Entre las copas de los árboles se destacó un techo rojizo. Poco después descendíamos en el muelle construido con la meticulosidad de una paciencia europea.

El lugar llenaba sin duda el corazón de contento. Desde la empinada casita era posible ver ambos extremos del lago y también descender hasta unas playas reducidas, cubiertas de algas. La casa era confortable y estaba arreglada con buen gusto. Había libros, revistas, brújulas. También había flores y costuras, pues la dueña de casa era una mujer hacendosa y cordial. Tenía el pelo entrecano y sus ojos eran tan azules como los de su marido. Ardía fuego en la chimenea. Antes de sentarnos a comer nos calentamos y bebimos un licor reparador. Después de lo vivido últimamente, este ambiente en el interior de la casita de Contento se me hacía demasiado extraño, casi artificial. No podía comprender bien cómo en medio de este mundo hostil y primitivo surgía este oasis de civilización. En el almuerzo se sirvió entrada de mariscos, verduras, tomates rellenos y luego carne cocida en salsa de licores. A miles de kilómetros, en medio de las aguas de un lago sagrado, envueltos en la leyenda, los bosques y los helechos, había hombres que parecían hacer abstracción de todo ello. Bajo la influencia del almuerzo y del ambiente, la conversación adquirió un tono especial. Empezó Murúa refiriéndose a su tema favorito, la ignorancia de los chilotes.

—Hace algún tiempo —dijo—, uno de estos indígenas compró en la pulpería de Cucao una lata de arvejas en conserva. A la vuelta de unos meses volvió a presentar un reclamo, porque las había sembrado y no producían.

Luego, el militar narró otras historias oídas en la región. Aldo, el dueño de los aserraderos, expuso proyectos grandiosos. Los demás le oían y aprobaban, aportando su grano de arena para mantener la ilusión.

—Cortaré todos los bosques de Chiloé. Un millón, dos millones de pesos, diez, veinte si fueran necesarios. Los conseguiré. Los buques cruzarán el Océano y llegarán a Europa, oliendo

a madera recién cortada, a alerce, a ciprés nuevo. Este contratiempo de la guerra será breve; esperemos algunos meses hasta que Alemania triunfe. Después veremos.

El lobero se sirvió vino y, con los ojos brillantes, dijo:

—¿Te acuerdas, Aldo, cuando marchábamos en cuclillas en el bosque, hasta alcanzar donde se encuentran los más hermosos y grandes árboles? Tú no creías, pero pudiste comprobar después que juntos éramos incapaces de abarcar sus diámetros con los brazos extendidos.

—Sí, lo incómodo fue tener que andar a gatas en la penumbra, por debajo de esas ramas. ¡Pero los cortaremos, los cortaremos todos! ¡Tienes razón, lobero!

La señora de Emil Brix permanecía silenciosa en el extremo de la mesa; en sus ojos había un destello. Observaba con ternura.

Murúa había terminado su almuerzo; estaba cerrando los ojos y cabeceando. Para él no existía conversación; su vida era un monólogo hablado a gritos. Los demás eran imágenes gesticulantes sobre un paisaje móvil. Poco a poco el entusiasmo de la charla fue decayendo y la tristeza empezó a apoderarse de los comensales. Era como si todo lo dicho hubiese sido una defensa subconsciente frente al paisaje, pretendidamente ignorado y que se imponía penetrando por los intersticios de este refugio.

Emil Brix nos invitó a pasar a la sala, donde aún ardía el fuego. Con unos catalejos miramos el lago a través de las ventanas. El cielo comenzaba a despejarse y un sol enfermizo extendía mantos de luz sobre el agua. Una mano me tocó suavemente el brazo. La dueña de casa estaba junto a mí.

—¿Le gusta este lago? —me preguntó.

También en ella creí adivinar la amarga desesperanza. Un rato antes yo había visto cómo los hombres se engañaban, imaginando empresas y, en el fondo, alegres con todo aquello que les impedía realizarlas. La guerra era el pretexto. Se alegraban de la guerra.

Nos sentamos junto al fuego. En la chimenea vi grabada una inscripción en latín, con letras grandes y góticas. Me admiré de no haber reparado en ella antes. Decía: *Ubi bene, ibi patria.*

Emil Brix, que había seguido la dirección de mi mirada, explicó:

—"En donde me encuentro bien, está la patria". Así ha sido siempre para mí.

Me levanté y salí de la casa sin ser notado. El sol seguía en lucha con los negros nubarrones acumulados al oriente. Busqué un sendero entre los helechos y descendí a la playa. Observé las conchitas y las piedras multicolores sobre la arena fina. Con el pie las empujé hacia el agua. A lo lejos, en el horizonte, una mancha gris se extendía. Era la tierra. *Ubi bene, ibi patria,* estaba aún frente a mis ojos.

El latín en este mundo era algo también extraño. De nuevo me alcanzó la comprensión de que la tierra era un ser vivo. El idioma sagrado del Occidente, que en su atmósfera produce vibraciones mágicas, aquí, en esta zona restante, desperdicio de siglos hundidos, se hacía ineficaz y hasta exótico. La tierra no dispone en todas partes de idéntica atmósfera. Vibra distintamente. El rítmico compás de la frase latina, carece de poder en el sur del mundo; su peculiar estremecimiento no coincide con su "éter". Por eso, tal vez, la religión católica se paganiza en América. El ademán "sagrado" que a esta zona del planeta corresponde es el del antiguo brujo o hechicero, del "machi" indio. Los "mantrams" deberán ser dichos aquí en el idioma que se perdió con el mundo sumergido y no en una lengua que es sagrada en otra zona de la tierra. El latín es el idioma mágico de Europa, tal como el sánscrito lo es de una zona de Oriente. El de este mundo oscuro aún no reaparece, no se redescubre. La tierra es como un gigantesco electroimán cuyas radiaciones se escapan por sus polos. En ciertas latitudes, las cualidades de su "aura" serán distintas. Para impresionarla se necesitan gestos, ademanes propios. Un ritual elaborado. Y las palabras mágicas destinadas a modificar el sentido de los hechos, a cambiar el Destino, produciendo un equilibrio entre alma y paisaje, deberán ser también palabras vernáculas. El latín, en cambio, rebota aquí sobre las aguas de los lagos, produciendo un ruido como de un vidrio que se quiebra.

Sentado sobre una roca, veía cómo el sol se cubría otra vez de nubes pesadas; a través de ellas sus rayos caían verticales, formando caminos de luz entre agua y cielo.

CUCAO

Esa misma tarde nos embarcamos en dirección a Cucao. Emil Brix volvió a su península y nosotros nos internamos en la noche.

En los caminos de ese pueblito encontrábanse abandonadas grandes máquinas; parecían los esqueletos herrumbrosos de animales prehistóricos. Cucao había sido un poblado minero. Sus lavaderos de oro le aportaron otrora una vida intensa, aunque efímera. La esperanza fue breve; sólo quedaban hoy estos fierros amontonados, junto a algunos locos que se obstinaban en encontrar pepitas de oro en el río, para ir a venderlas a la pulpería.

Envueltos en la luz crepuscular entramos en el caserío. Una mujer se aproximaba. Sus ojos grandes nos contemplaron, mientras una cabellera rubia se mecía sobre un cuello albo. Su mano delicada se posó en las nuestras. ¿Era, acaso, una aparición? ¿El fantasma de la leyenda áurea, con su pelo cubierto por el oro en polvo de los lavaderos de Cucao?

Aldo la presentó como a la esposa de un joven italiano. Toda la familia vivía en la pulpería. Habían llegado a la región durante la fiebre del oro, cuando se pensó que Cucao sería un Copiapó del sur. Instalaron la pulpería y se quedaron allí vendiendo alimentos a los nativos y comprando las pepitas que algunos extraían en los bajos del río. Gente con fortuna y relaciones en Europa, vivía ahora en este fin del mundo, en lucha con el clima y el mortal hastío. Otra bella mujer esperaba en casa, donde nos detuvimos un instante. Aldo y el Mayor fueron invitados a alojar. Murúa y yo partimos en dirección de la habitación del lobero, donde pasaríamos la noche. Pero Murúa no pudo aguantarse más, hizo que le ensillaran otro caballo, también grande y blanco, y partió a plena noche, en dirección del "más al sur" y del Pacífico, donde nos encontraríamos. Me hallaba cansado y seguí al lobero a su casa.

Nos sentamos junto a una mesa, con una botella de vino y nos pusimos a cenar. Largo rato permanecimos en silencio. El llenaba un vaso tras otro. Yo aprovechaba para observarle. Poseía una nariz larga y afilada, boca chica, de labios apretados, y unos ojos negros bajo cejas espesas. A medida que el nivel de la botella descendía, el rostro del lobero se iba poniendo más rojo y sus ojos más brillantes. Su boca se entreabrió para preguntarme:

—¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿A mirar? Es bien triste, se lo aseguro. Al menos para nosotros, que no deseamos presentarnos en espectáculo.

No esperaba estas palabras en boca del lobero, así es que tuve que esperar antes de responderle:

—No he venido a eso... ¿Quién puede decir por qué vamos a una determinada parte del mundo? Usted mismo, ¿por qué está aquí?

Me pareció que se tranquilizaba, que tomaba confianza.

—Sí. ¿Por qué estoy aquí? ¿Puede alguien decírmelo? ¿Por qué estoy persiguiendo a tiros y a palos a esos lobos en sus cavernas del mar? Yo, que podía vivir en Santiago, dedicado a pintar cuadros, con un taller en la Escuela de Bellas Artes...

—No sabía que a usted le interesaba la pintura.

Un signo de tristeza apareció en sus ojos.

—No hablemos de eso. Hablemos de por qué estoy aquí.

Se levantó y trajo otra botella de vino.

—Estoy aquí porque esto se parece más al infierno. Si la tierra es la antesala del infierno, es preferible vivir ahí donde sea más auténticamente ella misma. Esta tierra no es más que un escalón al infierno. Aquí nadie puede ser feliz.

—¿Lo cree usted? ¿No se puede lograr un instante de pura alegría?

—No, joven, eso es imposible; por su misma condición la tierra nos niega todo lo que se parezca a la gloria. Piense usted, ¿quién es feliz? ¿El rico? Es prisionero de su fortuna y, cuando no lo es, carece de espíritu para tener conciencia de la felicidad; no siente el mundo, ni su propia vida. En esta tierra el dinero se le da a los tontos. Y cuando el hombre no es tonto, entonces, tiene otras ambiciones que le hacen infeliz... ¿El amor? ¡Ah, el amor! Ni siquiera podemos amar. Amor realizado es amor perdido. Para poder amar hay que renunciar al objeto amado. ¡Gran problema! Mire usted a Aldo. Amaba a su mujer; ella le abandonó por otro hombre y él se vino a enterrar aquí. Ahora ama en la forma más perfecta que es dada en esta tierra, en el recuerdo. ¿Y ella? Le abandonó, tal vez para sentir remordimientos. Se ama el amor, y el amor no se alcanza nunca. Lo que se realiza cansa, hastía, y lo que no se realiza hace sufrir. Entonces, se goza en el sufrimiento. Y todo es una misma cosa: la aspiración del corazón a algo que no está aquí. ¿Dónde está? ¡La tierra es un infierno! El arte, me dirá Ud., el placer de la

creación. ¡Esto!.. Quizás..., pero es una evasión, una marca de fuego, como en un vacuno... No he querido ser un vacuno marcado... ¡Pobre Aldo! Aldo está triste...

Se sirvió otro vaso.

—¡Ah! La solución no está aquí... Hay que pasar, aceptar el infierno. Por eso nos hallamos en este lugar. ¡Joven, pase luego, huya, pise como sobre ascuas en Chiloé! No sea que se quede y que se lo coman los helechos y la lluvia.

Afuera se oyeron voces de alguien que se acercaba cantando. El lobero proseguía:

—La amistad es también irrealizable, como el amor por los padres y los hermanos. ¡Cuánto nos hace sufrir! Palabras que no se dicen, que nunca se dijeron, o palabras que se dicen y que no hubiéramos querido decir jamás. El cariño a los animales, que nos son fieles hasta la muerte, es sin palabras y más perfecto, porque se realiza sin nuestra atención, en forma casual. ¡Ah, mi amigo! ¿Sabe Ud. lo que nos impide y nos limita? El cuerpo, el mundo del cuerpo. Por eso, mientras vivamos aquí, no hay felicidad... ¿Y dónde la puede haber? ¿Hay acaso otro mundo? Nunca nadie ha vuelto para decírnoslo... Han venido, sí, algunos muy grandes han venido; pero no han vuelto. ¿Entiende Ud.? *Nadie ha vuelto.*

Estaba un poco borracho. Yo permanecía silencioso. Entonces se abrió la puerta de calle y dos nuevos personajes hicieron su aparición dentro del cuarto. Uno venía cantando y traía al otro casi a empellones. Al verles el lobero cambió su expresión, tornándose repentinamente alegre, como si se colocara una máscara. Sin levantarse de la silla hizo las presentaciones. El que cantaba era un hombre de estatura mediana y de rostro inteligente, de apellido De la Barra. El otro, muy pequeño, de rostro amarillo, con todo el aspecto de un chilote, era el médico de Chonchi. De la Barra me lo presentó de la siguiente forma:

—He aquí el "rascacielos" de Chonchi, el único "rascacielos"; además, es médico, especialista en matar sanos, en recetar yerbas y venenos.

El doctor sonrió apenas. Se veía que le disgustaban estas expresiones. Pero De la Barra no hacía ningún caso de ello y, durante el resto de la velada, se dedicó a zaherirle con pesadas bromas, obligándole a beber.

De la Barra había venido a Chiloé desde Concepción, para explotar también unas inmensas extensiones de bosques en los

alrededores de Cucao. Había en su personalidad ese dejo socarrón, tan propio del chileno. Mas, bajo su aspecto dicharachero y alegre, también se adivinaba una oculta tristeza, una amargura.

Nos pusimos a conversar. De la Barra habló de su ciudad. Luego se refirió a Aldo:

—Este gordo es tonto. ¿Qué significa eso de enamorarse de las mujeres al extremo de no poder olvidarlas? A las mujeres, si no las dejamos, nos dejan. Hay que tratarlas mal, mi amigo, y, de vez en cuando, "correrles su puñete". Es la única forma de que nos quieran. ¿Y para qué sirven, después de todo?... Ud. sabe, para poca cosa, para "ensartarlas", mi amigo; asunto sencillo y prosaico. Cuando estemos viejos, para que nos pasen la bacinica y nos cuiden. Esto es todo: ¡triste destino!... ¡Pero el doctor sabe más que yo de estas cosas!

Como todos los hombres pequeños, el doctor era muy sensible. Le veía ponerse rojo de emoción mal contenida. Su susceptibilidad aumentaba en presencia mía, llegando a considerarse como humillado ante un extranjero. Por lo mismo, De la Barra aumentaba el número de sus bromas. Había crueldad en ello, algo por desgracia corriente en el carácter chileno y que no revela fortaleza ni salud.

—Este galeno ha sostenido verdaderas guerras con los "machis" de la región. El vende sus píldoras y sus garabatos y ellos venden sus yerbas, sus lagartos disecados y sus fórmulas mágicas. Es una pelea por el cliente, aunque este "rascacielos" diga que lo hace por la ciencia y otras grandes cosas. Yo estoy con los machis; curan mejor las enfermedades.

—Lo extraño —dijo el médico— es que esta gente de la región se mejora con esa medicina infame. Yo no sé qué cosa rara sucede. Donde no hace efecto una aspirina, actúa el meado de una mujer. Si yo no fuera racionalista y científico, diría que es cosa del diablo.

Los otros soltaron una carcajada. El médico hablaba en serio cuando ellos sólo querían divertirse.

—Hay cosas más raras todavía —dijo el lobero—. ¿Por qué no le cuenta, doctor, sus experiencias a este caballero

Yo era consciente de que estos hombres estaban hablando para que les escuchara. Se colocaban al margen de mi persona y no me hacían objeto de sus chanzas; me necesitaban extraño, como si les fuera imprescindible un espectador. Querían a alguien ajeno al drama que ellos representaban, para que pudiese

comprenderles. En el fondo de esos seres había un deseo de ser reconocidos. Pretendían dejarme fuera y, por desgracia, yo no lo estaba, pues mi angustia también va creciendo con los años. Soy igualmente una víctima del paisaje, de este "clima del alma".

El lobero empezó a contradecirse:

—Por muy desgraciado que sea Aldo, duerme en este instante en la misma casa de ella...

Los hombres se callaron. Sirvieron más vino y permanecieron con la vista perdida en el techo del cuarto. Afuera se escuchaba el ruido del agua y del viento silbando. Con los ojos húmedos, De la Barra dijo:

—¿Has visto, "rascacielos", algo más puro que esa mujer? Es un ángel, una visión del Paraíso.

El médico mostró una sonrisa ambigua.

—¡Ay! —suspiró el lobero—, su pelo rubio es como un crepúsculo. La piel de todos los lobos del mundo se haría poca para extenderla a sus pies.

Aquellos hombres, que hace sólo un instante se mostraban duros y descreídos, de pronto se volvían inconsecuentes. Soñaban con la mujer y con su blonda cabellera, enredada en los helechos del fin del mundo.

Me levanté diciendo que me hallaba cansado y me fui a la pieza vecina, donde estaban las camas. Ellos siguieron bebiendo y alborotando hasta después de la medianoche. Me dormí. Pero fui despertado por un gran ruido. De la Barra casi derribó la puerta de un empujón y entró a la pieza abrazado del médico. Venía cantando a voz en cuello:

Ella tenía un refajo.
¡Ay, qué lindo refajo tenía!
¡Y debajo del refajo,
algo más lindo todavía!

El doctor, que ahora también estaba borracho, mostraba su risita oriental. Miró hacia mi cama y se llevó el dedo a la boca como para imponer silencio; después se dejó caer sobre una silla y comenzó a sacarse los zapatos, doblado hacia adelante. Podía ver su calva, cruzada únicamente por un mechón peinado en forma cuidada. De la Barra exclamó al verlo:

—Tienes cabeza de escritura pública. Hasta con firma y rúbrica. Sólo falta la estampilla... ¡Espera, te la voy a poner...!

Y tomó impulso para dejarse caer sobre el galeno, dándole una fuerte palmada en la calva. Ambos rodaron por el suelo. Y esta caída debe haberles despejado un poco, pues se fueron a tender sobre sus lechos. Y ahí estuvieron quejándose y hablando fuerte, entre sueños, hasta el amanecer.

Vi cómo el alba gris, lechosa, penetraba a través de las ventanas y rodeaba a la Isla Grande con una neblina densa, plúmbea.

PIRUTIL

Monté mi caballito chilote. El lobero me indicó el camino: debía seguir siempre en línea recta. La neblina se balanceaba en un aire delgado. De pronto, se despejó el horizonte y una espuma blanca se elevó hasta el cielo.

Era el mar, el gran Océano, donde las almas de los muertos comienzan su ruta ascendente. En media hora llegué junto a las olas, de diez y quince metros de altura. Aquí, pensé, termina la balsa de los náufragos y comienza el gran terror, la siempre viva amenaza, el Océano insaciable. En la arena crecían nalcas gigantescas y sus hojas se abrían como manos enormes de brazos enterrados. Mi caballo levantaba el cuello hacia el horizonte húmedo. Lo dirigí hacia el sur y me puse a galopar por la playa. Pájaros negros revoloteaban y descendían sobre mi cabeza. Tenían el pico y los ojos rojos. Después de un tiempo, unas siluetas imprecisas aparecieron sobre la arena. Eran rocas batidas por la resaca. Alguien permanecía sobre ellas. Detuve el galope y me acerqué. Con sorpresa vi que eran las mismas mujeres con mantos negros y descalzas que había visto en toda la región. ¿Qué hacían en estas soledades? Una de ellas apretaba sobre el pecho un atado de huiros. Al aproximarse más, vi que ese atado era un niño esquelético que estaba chupando un cochayuyo sobre el pecho de la madre. Las mujeres hurgaban en las rocas y sacaban algas marinas, fantasmas del mar. Después, se los comían. No me vieron, ni siquiera me miraron. Sus ojos estaban fijos en el agua, perdidos en un horizonte interior. Al final de las

rocas, una imagen solitaria permanecía en cuclillas, cubierta la cabeza con un chal. En su regazo iba juntando conchitas y estrellas de mar. Seguramente no tenía rostro, y las olas venían a estrellarse sobre su cuerpo, como encima de una sombra de espanto y lejanía. Su imagen se hacía huidiza en la niebla. ¿Sería la Pincoya, hada tenebrosa y marina, que colecciona peces y conchas? No debía mirarla. Me alejé con la vista fija en el sur, en el más al sur. Hasta que en la distancia apareció una tierra gris.

Pero las rocas siguieron emergiendo en mi imaginación. Toda la playa estaba llena de ellas. Resistían el golpe de las olas y asomaban sus negras espaldas chorreando agua y espuma entre la niebla. Sobre ellas había un gran número de sombras destruidas, sin rostros, sosteniendo en sus brazos esqueléticos niños de pesadilla, que comían algas o chupaban los pechos fláccidos. Las mujeres portaban en torno a sus sienes coronas de cochayuyos y trenzas aceitosas de huiro. Las tejían con sus manos huesudas y coronaban a las que permanecían solitarias, sin hijos en los regazos, desplumando unos pájaros negros y abriéndoles el vientre con sus uñas, para devorar sus entrañas. Podía ver los picos y los ojos rojos de estos pájaros, colgando sobre las rocas, mientras su sangre y sus intestinos eran alcanzados por la espuma del mar. Y al final de todo, donde la playa termina y comienza el vacío, siempre la misma imagen sin rostro, huidiza, haciendo ahora un monte con conchas marinas, con espinas de pescados, con caracoles, con piedras y estrellas del Océano.

A lo lejos, la tierra gris seguía aproximándose. Era la punta de Pirutil, donde Murúa seguramente me esperaba. ¿Habría pasado también por estos sitios, sin oír, sin ver nada?

LOS QUESOS DE QUILAN

Grandes, hermosos quesos blancos se producían en la hacienda de Quilán. Extendidos bajo galpones, que los preservaban de la lluvia, su agrio olor llenaba las dependencias y alcanzaba hasta el bosque. Un matrimonio joven, descendiente de alemanes, con dos hijas pequeñas, arrendaba la hacienda por el verano, con derecho a la explotación de la lechería. Oriundos de Valdivia,

trabajaban la quesería con fervor. Acariciaban los quesos, seguían sus formas, tocaban sus cortezas. Después, los empujarían para que echaran a correr, alcanzando hasta las urbes del norte. Y aquellos que habrían de comerlos no sabrían que vienen de una tierra sobreviviente, donde los helechos y la lluvia reinan.

Aquí pasé varios días, los últimos de Chiloé. Comía con los moradores en una mesa rústica, servida con frugalidad; en las tardes, iba a caminar por el bosque. La lluvia caía siempre fina, constante. Las niñas jugaban cubiertas con mantas de colores, con los pies desnudos. Los padres paseaban abrazados entre los árboles y los helechos.

Una tarde me interné largo trecho en el bosque, encontrando una salida al mar. Las grandes olas golpeaban sobre una playa angosta. Allí crecían frutillas silvestres, junto a nalcas de hojas extendidas. La lluvia se deslizaba con suavidad. Me senté debajo de un árbol y contemplé el Océano. Sobre su horizonte, hacia el norte, imaginé ver surgir la isla extraña de Rapa Nui, hermana distante de esta otra, resto y cumbre de un pasado lejano. Tepito te Henúa, "Ombligo del Mundo", enseña del misterio. Sobre sus laderas reposan los gigantes Mohais, esculturas de piedra trabajadas por una raza desconocida.

¿A quiénes representaron? ¿Qué raza los esculpió? Adoradores de sí mismo, los Titanes Lunares existieron un día sobre la tierra. ¿Acaso esos hombres-dioses? Cuentan las leyendas que los Titanes de la Luna existieron en una tierra sin sol, blanda, opaca. Sobre ella levantaron grandiosos monumentos que reproducían sus propias efigies. Un día se les anunció la venida del sol. No lo creyeron en un comienzo, burlándose de las profecías. Y cuando el sol apareció, recluyéronse dentro de las montañas, donde aún se guardan, a la espera de una nueva tierra y de un nuevo tiempo. Ahí, en el seno de los montes albos, fueron aprisionados. Sostienen la tierra sobre sus espaldas.

Así debe ser, porque recuerdo mi viejo sueño, cuando dentro de los montes vi dos formas gigantescas, enmarcadas con vetas doradas. Una se inclinaba vencida; la otra, elevaba hacia las cimas sus brazos implorantes.

EL CONTINENTE DESAPARECIDO

El continente Indooceánico, perdido en la sombra de la noche cósmica, se extendió sobre todo el globo. Mapas míticos indican que la Patagonia, Tierra del Fuego, Australia, Nueva Zelandia, son restos de esa época. Donde hoy se encuentra la Isla de Pascua, surgía entonces una isla-continente, en cuyo centro se elevaban montañas en las que se oficiaba un culto a la efigie del Hombre-Dios. El Japón aparece sólo al final de la edad perdida. La Antártida, hoy cubierta de hielos eternos, puede haber sido esa gigantesca isla continente, o un trozo principal del mundo antiguo, lentamente trasladado hacia el polo.

La Lemuria fue un mundo gris, envuelto por vapores de agua y neblinas calientes. Ahí crecieron los helechos, antepasados de los pinos y de las palmeras, y en sus lagos interiores, entre los vapores del abismo y la explosión de sus fuegos fatuos, reptaban las serpientes. Aún antes, la serpiente reptaba sobre el agua (sobre el haz de las aguas) como una luz purpúrea. ¿Tiene aquí su verdadero origen el mito del Caleuche? El Caleuche es el Espíritu de Dios, es la Serpiente Alada. Como una luz flota sobre el abismo. Del reptil y de la serpiente surge el ser alado. De los largos cuellos, que flotaban en el agua, llegan las aves del aire. Pero son seres espesos, con alas de murciélagos. A las cosas reptantes se añaden seres con vértebras. Dragones del abismo, sierpes voladoras, monstruos anfibios. Los plesiosaurios, los ictiosaurios, sumérgense en las lagunas mesozoicas. Se secan las aguas y el enorme reptil llamado dinosaurio se arrastra a través de la noche. Pero sólo el pterodáctilo vuela, oscuro, gelatinoso, como una creación de los infiernos. Mas, algo ha surgido —mucho antes ya—; es el hombre. Alguien le ha traído a esta tierra central; como el trigo, tampo procede de este mundo. En la Lemuria caminaba oscilando; de una estatura gigantesca, de casi cinco metros, sus brazos no tenían articulaciones y se guiaba en la bruma vaporosa por medio de una membrana alargada, un órgano sensible, sobrepuesto en la frente. Este "hombre" podía caminar igual hacia adelante que hacía atrás, pues sus talones estaban extendidos, formando como un doble pie. Era, además, andrógino.

Sobre las altas cumbres, bajo cascadas de fuego, escuchó apenas el trueno de los torrentes de lava. Su vista estaba vuelta hacia

el cosmos interior, hacia el Padre, y recordaba su voz original y los signos celestes de la creación vibrando en su propio ser. Por ello, fue aquí también dios y elevó ciudades ciclópeas, vaporosas, que fueron testimonios de su inmensa estatura. Los milenios endurecieron a los Mohais.

Por si estos signos no bastaran, están las leyendas y los mitos. ¿Cuál es el origen de los mitos? ¿Dónde se encuentra su patria original?

El Invunche de la leyenda chilota, que camina con la cara vuelta, ¿no es un recuerdo de ese ser con talones alargados que podía ir en ambas direcciones? ¿Y el dios Jano y Baphomet y los Cíclopes con su ojo frontal, esa membrana única? Hubo un punto, hubo un centro, donde la leyenda y los mitos nacieron.

En las crónicas de los Conquistadores se hace mención de una leyenda existente en las regiones del Ecuador, la que refiere que en tiempos muy antiguos llegaron ahí unos hombres de estatura gigantesca. Venían del Océano. Como no encontraron mujeres, se hicieron sodomitas. Fueron destruidos con el fuego.

Y así sucedió en efecto. La Lemuria no fue destruida por el agua, sino por el fuego. Los volcanes vomitaron su lava y torrentes encendidos sepultaron las efigies y los templos. Sólo después vino el agua a apagar el fuego y a extender el olvido sobre lo que ya no era.

Los Titanes de la Luna eran andróginos. Sólo con el fuego pudo romperse la unidad y separarse los sexos. Sólo con el fuego se podrá también recuperar la totalidad perdida. Una parte lejana, entrañable, nos ha sido arrancada y hoy la vamos buscando por el universo. La vida era perfecta, la vida era total. El sol no aparecía aún afuera, porque estaba adentro. Sólo en el amor mágico podemos presentir, en parte, lo que aquella unión fue.

La Atlántida y nuestra tierra actual fueron y serán destruidas de la misma suerte. ¿Qué gran caída hubo en el universo? Parece como que la tierra es una escoria, que nuestro mundo lo es. Se dice que el pecado de la Lemuria fue la unión de los dioses con el animal-hombre. Un eco de la Creación misma. Caída, primero, involución. Dios se enamora del Angel, y éste se enamora del hombre. El Angel, primer Titán andrógino, modela la forma de la mujer (por ello la mujer fue primero), suavemente la modela. Viéndola reposar sobre el primer monte sobreviviente, el Monte Cassuati, donde cinco hombres se salvaron del Diluvio,

descubre reflejos del cielo. Dentro de esa creación está también su mundo; pero más duro, más espeso, más lleno de dolor. Y el Angel cae, como primero cayó Dios. ¿Qué de extraño, entonces, que el hombre repita el pecado nefando? Somos un eco a través de los abismos. Hemos invocado al fuego para poder crear. Y el fuego nos destruye. Entonces vendrá el agua. Y el olvido.

El mono baja, sigue bajando al fondo de la Lemuria, rezagando a la vez su forma. Viene la horrible planta carnívora, con lechosa sangre. Y el vegetal desciende al mineral.

Sobre las playas de Chiloé se encuentran grandes carbones. El carbón es el vegetal petrificado, involucionado. Es en las tierras más antiguas donde se lo halla. La Antártida posee las más grandes reservas de carbón, señalándose así que ese continente muerto cometió el Gran Pecado.

Quién sabe si el universo es como una suprema digestión, que desprende escorias, formas vanas, destinadas a la disolución y a la nada. Más allá, ¿habrá otra luz?

En las playas de esta Isla sobreviviente, junto a las grandes olas del Pacífico, a las nalcas y a los carbones de fin de mundo, recitemos la plegaria del agua:

"¡Oh, tú, Ten-Ten, detén! ¡Tralok, dios del mar, protégenos!"

LOS HUESOS DE LA LEMURIA

El hombre-dios, que habitó esa tierra central, caminaba oscilando. Sus huesos eran gelatinosos. Los restos de esa tierra sobreviviente, a pesar de las edades, conservan su letal atmósfera. Emanaciones sulfúricas se desprenden de su suelo y son inaptos ya para el hombre actual. Ni en todo un sector de Australia —isla continente, casi despoblada— ni en Chiloé, ni en el sur patagónico, ni en Tierra del Fuego, es fácil vivir. Hay algo que descompone el alma en su organización moderna, retrotrae e impide el advenimiento del espíritu. Humos venenosos y sutiles surgen de la humedad. Falta la cal, porque en el mundo hundido, de huesos blandos, no era necesaria. La estatura del hombre se reduce en Chiloé.

Y en todo el arco, que como un anillo de fuego, rodea la inmensa olla del Pacífico, donde antes hubo una tierra que conoció la gloria, hoy elevan sus crestas nevadas los volcanes. Se estremecen, arrojan lava, fuego y muerte, como en memoria de los últimos días de una luz soberbia, que venía cayendo fatalmente en los abismos.

LA BRUJULA DEL ALMA ESTA MARCANDO EL SUR

Contemplando las olas del Pacífico, sentí la atracción de esa corriente poderosa que tira hacia más al sur.

En aquellos años, muy poco sabía yo de la Antártida. Sólo reconocía de pronto en mí ese deseo de dejarme arrastrar y de ir a recorrer una región sombría. Era como si desde algún punto, allá abajo, alguien me estuviera llamando por mi nombre, una voz me gritara en medio del viento. Y esa voz venía del sur, del más al sur. Mi alma era una brújula que señalaba el misterioso sur.

Pero entonces, aún no estaba preparado. Tendrían que pasar años antes de que pudiera navegar esas aguas mortales.

Aquella vez, debí volverme. Concentrando mis fuerzas, me sobrepuse a mí mismo para poder remontar las aguas en el sentido inverso a sus corrientes.

LA TRANSFIGURACION DEL PAISAJE

Llegamos así al final de este relato de un viaje inconcluso hacia los extremos. Hemos hecho lo posible por entender las razones que llevan a la tierra y a las generaciones a desear la sublimación.

La patria está donde el destino nos hizo nacer, por muy mal y desgraciados que allí nos sintamos. Nuestra misión es penetrar su sombra, envolvernos en su drama, hasta que de nuestro es-

fuerzo un día surja una claridad. Este es el sentido místico de la tierra. Muchos huyen de sus destinos. Hay países, continentes enteros que se escapan de ellos mismos. Los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo, que han perdido el hilo de su desarrollo, desconectándose de la tierra profunda y de su aire. Hoy el mundo siente idéntica sugestión, aspirando a norteamericanizarse.

Pero Chile no podrá hacerlo; porque es demasiado hondo su destino y es dramática la zona del planeta en que reside. No hay, es cierto, aquí la alegría del futurismo y la fe en el mañana, sino una atmósfera destructora. El peso de la sombra y de la noche nos dobla las espaldas. La época más oscura aún no ha pasado. Pero no es huyendo de esta realidad como la superaremos, sino que penetrándola valerosamente, aceptándola en su verdad. Por ahora, no hay más camino que cruzar la patria, llegar a su confines, como a los extremos de nosotros mismos. Después, allá lejos, sobre las llanuras blancas, puede que encontremos el Oasis.

La zona baja del mundo es dura y gris. En ella residen las fuerzas generatrices; circulan, reptan, como serpientes purpúreas y fosforecentes. Son las productoras de la forma. Y cuando la época de Acuario venga, cuando su tiempo llegue, surgirá aquí la raza polar, que trae un signo inconfundible.

Por ahora, sólo intentando el cruce a través de sí mismo, o el viaje por la patria interior, podríamos conquistar una salida. Es este el camino del descubrimiento de la patria mística, única forma de nacionalismo aceptable para un alma que se despose con el Espíritu.

Desde antiguo, el hielo ha sido el símbolo del Espíritu.

Víctimas fatales de la tierra, los chilenos transcurren aún como un río ciego. Desconectados de una ley profunda, carecen de sabiduría y fuerza para trasformar el destino. Son devastados, como un árbol, por el aluvión de la montaña. El paisaje los deshace y los maltrata, encontrando sólo la resistencia débil de un espíritu occidentalizado y ajeno que no lo comprende, ni lo interpreta.

El paisaje de Chile, el del sur del mundo, es un paisaje psíquico y moral. Quienquiera que viaje por el sur sentirá que sus peligros no son físicos, sino morales. La selva aquí no es la tropical, infestada de reptiles venenosos, animales feroces, pantanos y lianas pútridos. No hay salvajes ni caníbales, ni pigmeos

asesinos. Hay sólo la vegetación solitaria, el paisaje extático, la cumbre inmensa. Sólo la lluvia, el aire sutil, insinuante, la soledad. La tierra, por lo general, es caminos; aquí abajo, en Chile, es final. Nada comienza ya, nada prosigue. Todo se acaba; termina la vida. La lluvia cae. El agua crece, circula, se inmoviliza. La nieve se extiende sobre las cumbres. Y el árbol sube y expande su empapada vida de ramas ondulantes. Debajo crecen las raíces, las pastosas callampas, los hongos y los musgos; ínfima vida, comienzo del camino. Y la roca impresionante se retrotrae por todas partes al primer momento de la creación, o al último de todos. Es el país del fin, más que del principio. Del fin de la vida física. En cambio, hay una luz sublime sobre los montes, una señal, que impulsa a soñar con un destino superior. Es por eso que el paisaje de Chile es finalista y religioso. Si aquí termina la vida en este mundo físico, duro e imperfecto, el alma la prolonga en otra realidad. Sólo por el Espíritu el hombre se podrá salvar en este universo del fin y de la disolución. Deberá inventar una vida del alma, que comience donde termina la del cuerpo, o el paso a una raza de formas más sutiles y radiantes, compuestas por los más delicados elementos del aire que nimba a los volcanes.

El peligro está en el agua, símbolo del inconsciente y de los terrores íntimos y profundos, y la salvación en los hielos, patria del Espíritu, donde resurgirá esa raza polar del futuro. Desconectados de su tierra en el presente, sin órganos para compenetrarse del paisaje, los chilenos mueren y penan, intuyendo un posible y lejano camino de salvación. Carecen de la educación necesaria para comprender, adaptándose al contorno remoto en que viven. Sus organismos psíquicos, obstaculizados por la imposición de un espíritu ajeno, no son aptos para evolucionar y sobrevivir. Sólo aclimatándose en los hielos, en los aires polares y extremos, podrán los hombres adquirir las condiciones para vencer la tierra.

Que esto ha sido así desde antaño, lo comprenderemos al encuentro con las razas primitivas que habitaron el sur de Chile y que pudieron sobrevivir gracias a su contacto con los hielos.

En la literatura y en el arte chilenos no se ha expresado el paisaje anímico del sur del mundo. Es nuestra generación la que trae el deseo de levantar la cabeza hacia las cumbres de los montes. No con espíritu extraño, sino desde nuestro suelo, desde

el fondo de todo lo que aquí sufre y señala un tiempo más lejano. Para que el Espíritu advenga, el alma debe penetrar muy hondo, casi al final de las cosas y, ahí, arrebatar los materiales con que tejerá su túnica de novia, para desposarse con el Espíritu.

Los peligros son morales, porque el alma puede quedarse para siempre prisionera en esas tremendas regiones, imantada dentro del círculo mágico del paisaje. El hombre se convertirá en un hongo, en un ser vegetal, sin voluntad, sin inteligencia, con sólo vivencias y sensibilidades extremas, monstruo de corazón húmedo.

El camino de la superación es único. Se halla en la religión de la tierra transfigurada, en la magia del destino superado. En Chile no deberíamos seguir girando en los círculos concéntricos de una historia acaecida en las corrientes fatales de la tierra. Es necesario elevarse a la conquista de un espíritu propio, en el área que en el mundo de los valores y de los arquetipos está reservada a los Aventureros del Sur. Hay que abrir el seno de los montes y descubrir los nuevos dioses que esperan. Redescubrirlos.

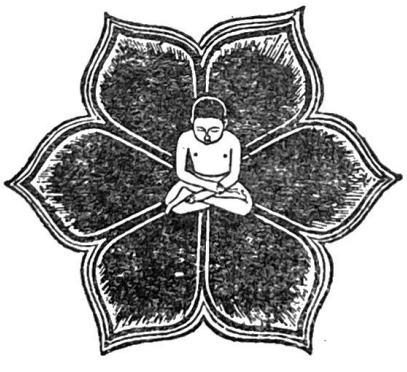
Cuando un hombre, que es la flor última de la tierra, siempre manteniendo los pies desnudos sobre el suelo, abra su frente y extienda sus brazos al firmamento, para ser traspasado por el fuego del cielo, el rayo no se detendrá allí, sino que descenderá hasta las profundidades de los infiernos.

El advenimiento del Espíritu, por medio del hombre, produce el milagro de la transfiguración del mundo. El paisaje cambia, se interpreta, adquiere sentido. Todo se ordena, se equilibra. Aquello que fue muerte y aniquilamiento, será ahora vida y creación. Los volcanes apagarán sus fuegos, los ríos no desbordarán sus cauces, los temblores no destruirán las ciudades y las olas serán detenidas en los acantilados. Los muertos, los héroes, los suicidas, resurgirán de sus tumbas, sacudiéndose la noche y las sombras. Reanimados por la luz del milagro, redimirán su historia.

Todo esto es un bello sueño, que cae como un peso sobre mi vida, si no prosigo el camino que lleva a los confines. Debo descubrir las corrientes submarinas que me conduzcan al Oasis que existe entre los hielos.

Hasta que no lo encuentre, no seré libre.

Este libro se continúa en
QUIÉN LLAMA EN LOS HIELOS,
donde el viaje mítico y *sincronístico*
alcanza hasta los hielos
de la Antártida,
en busca de los misteriosos Oasis
de aguas templadas y de la *entrada*
al mundo de la tierra interior.



INDICE

Introducción 7
Prólogo a la edición argentina 1979 15
Prólogo a la edición chilena de 1950 18

NI POR MAR NI POR TIERRA. Historia de la Búsqueda en una Generación.

PRIMERA PARTE: Las Razones del Alma 19

Algunos antecedentes del viaje — El viaje se prepara desde dentro — La llamada — Las tres noches del hielo — El Maestro me habla del Polo Sur — Decido el viaje — La partida.

EL MISTERIO DE UNA GENERACION 31

El gran enemigo del paisaje — La aparición del Titán — Las glorias de la noche — Héctor Barreto — Se desnuda el héroe — Hasta la hora soberbia de los esqueletos — Los de allá — El pasajero del sueño — "Mi soledad, flor desesperada" — Los sesos en el muro — Lirios blancos para las tumbas de los héroes.

SEGUNDA PARTE: Las Razones de la Tierra 77

El personaje que todo lo domina — Cómo sucedió la catástrofe en el sur — La liebre — El extraño personaje — La provincia — La tierra sola — Hacia la Araucanía — El trigo — La madera — El Copihue — El viejo manzano — Los restos de la Lemuria — La serpiente Cai-Cai — Locas de la noche — El Caleuche — Los helechos — Donde las papas se pudren — El latín de la Lemuria Cucao — Pirutil — Los quesos de Quilán — El continente desaparecido — Los huesos de la Lemuria — La Brújula del alma está marcando el sur — La transfiguración del paisaje.

ILUSTRACIONES

Foto del autor don Miguel Serrano 4
Mapa de Stevens (1505) 12
Mapa de Waldseemüller (1507) 78